

J. Francisco P. Alvarez
Calles 2791.

EDUARDO ACEVEDO DIAZ (hijo)

LOS NUESTROS

(ESTUDIOS DE CRÍTICA)

✻ Rosas y su Tiempo. — La
Gloria de Don Ramiro. — Del Ré-
gimen Federativo al Unitario. —
La Guerra Gaucha — La Restaura-
ción Nacionalista. — El Cascabel
del Halcón ✻ ✻ ✻ ✻ ✻



MARTIN GARCÍA
LIBRERO - EDITOR. — RIVADAVIA 581.
BUENOS AIRES

1910

Cr
6-4-32

LOS NUESTROS

ADVERTENCIA——

El lector encontrará una fe de erratas en las últimas páginas del libro. Se salvan omisiones y errores que no pudieron ser corregidos por el autor, en razón de haberse editado la obra en Europa con gran urgencia.

Fué anhelo suyo, que ella viera luz en el año del Centenario, con todo el carácter de un homenaje al fasto glorioso.

Buenos Aires, Noviembre de 1910.

1810
EDUARDO ACEVEDO DIAZ (HIJO)

LOS NUESTROS

(ESTUDIOS DE CRÍTICA)

EL GRAN TRÁGICO ARGENTINO.—LA
ESPAÑA DEL CREDO Y DE LA CONQUISTA. — EL UNIPERSONALISMO POLÍTICO ARGENTINO. — LOS CENTAUROS. — EL ESPÍRITU DE NUESTRO PASADO Y EL IDEAL DEL PORVENIR. — EL POETA DE LA EMOCIÓN.



MARTÍN GARCÍA
LIBRERO-EDITOR.—RIVADAVIA, 581
BUENOS AIRES
1810

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL 15 SEPTIEMBRE DE 1910



Es propiedad literaria del autor.

INDICE

	<u>PAGS.</u>
Palabras Proemiales	7
El Gran trágico argentino	18
La España del Credo y de la Conquista	83
El Unipersonalismo político argentino	121
Los Centauros.	163
El Espíritu de nuestro pasado y el ideal del porvenir .	201
El Poeta de la emoción	221

PALABRAS PROEMIALES

Nos presentamos sin maestro propiciador de nuestra obra. No hemos querido encomendar á pluma ajena la labor de escribir el prólogo, conjeturando que este designio nos favorece, por cuanto nadie mejor que nosotros podría explicar el pensamiento íntimo del libro y poner en la mano del lector, la clave de su interpretación.

Habíamos pensado editar en volumen, artículos que escribiéramos sobre tópicos de orden general.

Considerando incompleta una presentación en la forma que meditábamos, concebimos el plan de un libro de crítica, de la vastedad que nuestro escaso tiempo lo permitiera (1).

Se titula «*Los Nuestros*». Con ello quiérese significar, que hemos abandonado todo interés por la literatura y la ciencia exóticas, al consagrarnos á estudiar las obras de los autores argentinos, que han los merecimientos necesarios para ocupar puestos de honor en la librería extranjera más afamada.

Es el interés primario del libro, el nacional; segundo en grado, el extranjero, cuando se tratare de influencia de esta literatura sobre la propia.

(1) Antes de ahora firmamos producciones de índole literaria y jurídica, que vieron luz en revistas y periódicos, con nuestro antiguo nombre y apellido, Eduardo Acevedo Cuevas.

Ha tiempo que poseemos hombres de letras y de ciencia, razón harto poderosa para que se hable exclusivamente de ellos, de «*Los Nuestrós*».

*
* *

Dos son los métodos que seguiremos, según fuere el carácter de la obra criticada. Si ella se consagra á la literatura pura, la psicología será la base y fundamento de nuestra crítica. Se examinará entonces tanto el libro cuanto el sentimiento estético y la imaginación del autor en sus relaciones con aquél. Nos domina el prurito de buscar las causas y tal vez pequemos de extremosos en algún momento; pero no concebimos el estudio de la producción sin el de la facultad creadora del artista. La crítica que no encuadre en este canon está destinada á caer en falacias, puesto que olvida antecedentes necesarios, que pueden ilustrar el juicio ulterior.

No pensamos como Saint-Beuve, que el crítico ha menester monografiar al autor, como previo requisito de un sesudo análisis, investigando de esa guisa sus costumbres, sus gustos é inclinaciones. El carácter del escritor, á nuestra opinión, nada influye sobre la estética de la obra. Posible es que oriente su tendencia moral que, por otra parte, poca relación guarda con la estructura artística.

La etología del literato, no aporta, pues, un método de crítica.

En cambio, puede descubrir en las mismas páginas del libro, sin necesidad de conocer al autor, sus facultades artísticas, tanto imaginativas como afectivas.

Desde ya advertimos que usaráse la terminología propia de la ciencia psicológica y que muy á menudo nos referiremos á sus conceptos más generales.

Este método, que lleva á estudiar la emoción es-

tética de los autores, se ha adoptado en el análisis de «*La Gloria de don Ramiro*», «*La Guerra Gaucha*» y «*El Cascabel del Halcón*». Veráse, además, aplicar la psicología en el estudio de los personajes y ligeramente, cuando llegue el turno al ambiente social, los modos de investigar de la sociología.

Toda producción de arte literario tiene por objeto el hombre y los actos del hombre. Para conocer el espíritu de aquél, es necesario acudir á la psicología; y sólo las ciencias sociales pueden proporcionar el medio de investigar sus actos, vale decir, su obra.

Razones son éstas, que nos convencen acerca de la utilidad que reporta la aplicación de las disciplinas científicas al arte literario.

No siendo la obra de índole artística, observaremos el método propio de cada investigación. «*Rosas y su tiempo*», «*Del régimen federativo al unitario*» y «*La Restauración nacionalista*», se proponen resolver problemas de orden sociológico y en el examen de cada una de ellas nos impondremos idéntico criterio.

Estos son los lineamientos generales.

En modo particular, se hará exposición de las ideas de los autores para procurar el concepto más amplio de la obra, se juzgarán ellas luego, y, por último, expondremos nuestro punto de vista en caso de disparidad ó insuficiencia.

En algo nos apartaremos de este método en la apreciación de «*La Restauración nacionalista*», y «*Del régimen federativo al unitario*». No hemos podido resistir á la sugestión de los problemas que ambos libros encaran.

En muchas ocasiones, entonces, desarrollaremos el tema por nuestra cuenta.

«*Rosas y su tiempo*», en razón del carácter histórico de muchas de sus páginas, nos impuso la labor de investigar en archivos la documentación pertinente. Aun cuando su autor realizó tal tarea lucida-

mente, creímos prudente acometerla, fuera para corroborar nuestras aseveraciones ó para confirmar las suyas.

A menudo se reproducirán fragmentos del texto original, con el doble propósito de ilustrar y de probar las afirmaciones que se hagan de las cualidades de los autores. Nos ha parecido éste el procedimiento que guarda más respeto á la sinceridad y á la altura de la verdadera crítica.

Que nuestra confesión sea plena. En el estudio particular que precedió á nuestros juicios, háse seguido en un todo el precepto de Guyau : hemos procurado excitar en nosotros mismos el entusiasmo por la obra. Fundándose la crítica, según frase del eminente sociólogo, en la simpatía y en la sociabilidad, para llenar en mejor forma nuestra misión, pusimos empeño en eliminar todo aquello que fuera prevención y fuente de antipatías. No nos ha sido difícil la consecución de ese propósito. Habiendo dialogado en dos ó tres ocasiones con uno solo de los autores, objeto de nuestros comentarios, no nos vincula á ellos ninguna clase de sugestión, ni menos guíanos el interés amistoso, único y supremo móvil que obliga á escribir sobre el mérito ajeno en nuestro ambiente.

Esa circunstancia asegura toda la imparcialidad de juicio de que es capaz un hombre.

El plan que nos propusimos realizar fué más vasto. Comprendía el estudio de la «*Teoría y Práctica de la Historia*», del señor Juan B. Justo, «*La Simulación de la Locura*» y «*La Anarquía Argentina y el Caudillismo*» de que son autores respectivamente, los señores José Ingegnieros y Lucas Ayarragaray. Mas, compromisos apremiantes de orden diverso, han obstado al cumplimiento de aquel objetivo, que nos hubiera sido tan placentero.

Resta ahora recordar á los que se sientan afectados por algún fallo, que la actuación de los hombres que desempeñaron rol en el destino de los pueblos,

pertenece exclusivamente á la historia. Con ello deseamos consignar, que en nuestros móviles no ha entrado el de ofender á nadie, al hacer uso del legítimo derecho de juzgar las personalidades de nuestro pasado y presente.

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ (hijo).

Buenos Aires, julio, 19 de 1910.

EL GRAN TRÁGICO ARGENTINO

La historia le cuenta entre sus grandes estigmas ; los estudios de carácter sociológico, que, por ser tales, vienen con el prurito de alcanzar el conocimiento de las causas que nutrieron el fenómeno, difieren en criterio. Es el último en data, el libro del doctor José M. Ramos Mejía, «Rosas y su tiempo». Rosas, el formidable trágico que templó nuestra raza en el dolor, ha despertado la curiosidad de todos los observadores eruditos. Tipo emblemático, que entenebrece con su sombra cinco lustros de vida argentina, será él quien explique el misterioso problema del caudillaje, que Sarmiento buscara en Quiroga.

Es la figura céntrica, el *climax* del drama. No está él sino hecho á semejanza de su ambiente. De ahí que el epígrafe de la obra de Ramos Mejía encubra este otro : Rosas y el caudillaje.

* * *

Vinculado á su asunto se halla el debatido problema histórico del federalismo y del unitarismo. Contrariamente á lo que pudiera creerse por quienes identifican federación á caudillaje, Ramos Mejía entiende que la tendencia provinciana encauza hacia el unitarismo, hacia la unidad nacional.

El factor cosmológico, con sus variantes de clima, hidrografía y orografía, ha actuado como ante-

cedente primario, irreductible diremos, de la mayor asociación. Bien lo expresa el autor en una de sus páginas más brillantes y convincentes al tiempo :

«Indudablemente, la montaña es más vinculado-
»ra que la llanura. La unidad geológica y geográfica
»determina aquí la unidad política. Uno se siente
»en su seno más acompañado porque el contacto no
»se interrumpe por la interposición de grandes espa-
»cios desolados y silenciosos ; la naturaleza es bulli-
»ciosa y comunicativa, y las dificultades animan la
»voluntad. Poblada de ruidos que la acústica particu-
»lar del valle transforma y que, á las veces, parecen
»imitar voces humanas, diálogos extraños y hasta
»risas alegres, siéntese el viajero y el habitante más
»en contacto con el mundo...» (Pág. 103, T. I) (1).

Esta característica de la orografía provincial ha sido una de las bases, á no dudarlo, de la psicología común que tipifica al habitante de tierra adentro. Pero la vida cohesiva, la mayor asociación, el desarrollo del sentimiento de solidaridad, no se operan, á nuestra creencia, sino en el propio valle. Los grandes murallones milenarios que dividen cuencas y pequeñas pampas, son óbices á una unión general. El espíritu localista se elisa formidablemente y se hace reacio á todo consorcio con vecindades de allende las cumbres.

La historia nos muestra una enseñanza contraria á la tesis del autor, en lo que atañe á este punto. No hay región de mayor similitud orográfica que Grecia. Por ello la psicología del heleno reconocía un tipo ó canon inconfundible ; y no obstante la unidad política fué un ensueño de sus grandes visionarios. En cada uno de aquellos valles profundos y estrechos, circuidos por montañas de ásperas escarpas, se asentaba una nación.

(1) Las indicaciones de páginas y tomos se refieren á la primera edición.

A más, excluidas de la tesis quedan Santiago del Estero y enormes zonas de cada una de las provincias montañosas : el sur de San Luis, el este de Mendoza, el sur y este de Córdoba, el sur de la Rioja, el este de Tucumán y de Salta.

Supone luego el autor, que aquella tendencia unitaria hallaba estímulo en la disposición hidrográfica del país. Las aguas todas del norte y centro de la República convergen hacia el Plata, el río-haz, sobre cuya playa alza sus muros Buenos Aires. Este nuevo factor físico determina un deseo de llegar al estuario. Explica su pensamiento el autor :

«Por otra parte, conceptuaban y con razón, que ese río era propiedad de todas, porque está, en efecto, formado por sedimentaciones grandes y chicas de casi todas las provincias. Cada localidad concurre con su contingente de vida á las gruesas corrientes alimentadoras.» (Pág. 107, T. I).

Si la constitución geográfica juega rol importante en los procesos sociales, no es cuerdo exagerar su acción. La concurrencia de todas las corrientes de aguas á una hoya común, no reviste la importancia trascendental que le concede Ramos Mejía. ¿Acaso son ellos ríos navegables ó navegados, salvo el Paraná y el Uruguay? La influencia social—diremos así,—que ejerce el río, depende del desarrollo de su industria, que no es otra que el transporte, si descartamos las aplicaciones técnicas de que es susceptible la masa líquida en movimiento.

La navegabilidad de los ríos interiores habría, sin duda, transformado los ambientes económicos provinciales, con evidente percusión sobre el proceso evolutivo del país. Pero nada de eso fué real. Conocida es la pobreza hidrográfica de la región mediterránea. Ríos hay que arrastran aguas pluviales y que, en cesando las lluvias de las sierras de donde descienden, se agotan en la llanura. Los más, corren sobre terrenos permeables y arenales sedientos, que absorben sus

linfas; y esto, cuando las aguas no son impropias para beber, en razón de las sales que abundan en sus cauces.

El caso general es el río de menguado caudal y huérfano de afluentes.

Ni en tiempo del coloniaje ni en la era de la independencia, se planeó una política de aguas, que permitiera el uso del río interior después de una canalización adecuada.

Sólo á manera de metáfora podría aceptarse la frase del autor: «... conceptuaban y con razón, que »ese río era propiedad de todas, *porque está, en efecto, formado por sedimentaciones grandes y chicas de casi todas las provincias.*» Lo contrario sería penetrar mucho en el determinismo de las cosas.

Denomina luego, el autor, *patriotismo-nación* á esa tendencia asociativa, cuya célula inicial radica, á su entender, en el valle provinciano y que según su frase: «resulta ser un sentimiento complejo universal y fecundo.» (Pág. 111, T. I).

Doble es la manifestación de aquel sentimiento de solidaridad: la una pasional, cual si se dijera, la forma hipertrófica; Facundo Quiroga surge actor por virtud de ella, el león de los caudillos. Es la otra una expresión diversamente informada, cuyos representantes son los hombres universitarios de Córdoba, que aportan la doctrina en refuerzo de las pasiones populares.

Tal es el unitarismo en germinación. La teoría se apoya en un solo pie: la concepción geográfica de Ratzel (1). Ha descubierto el autor una causación unilateral, grave pecado en materia de hechos sociales, de complejas é interdependientes causas.

Nuestra opinión sobre el caso ha sido emitida en otro estudio crítico.

En pugna con esa aspiración nacional, surgió la

(1) *Las Razas Humanas.*

tendencia designada por el autor con la expresión *patriotismo-ciudad*. He aquí al federalismo. Para su determinación se aplica el mismo método: si la montaña y su valle cuidaron de la célula unitaria, el llano, la rica pampa sin confines de Buenos Aires, habrá de requerir un sistema político diverso, anti-tético. A esta peculiaridad del suelo, aunábanse las facilidades que ofrecía el estuario al intercambio de sus productos. Fuentes fueron ambas características, de la mayor expansión económica de la provincia de Buenos Aires. «Puede, pues, afirmarse este hecho, »cuya trascendencia política fluye naturalmente: que »la mayoría de los porteños, de cualquier condición »que fuera, vivía entonces en sus propiedades.» (Página 154, T. I).

Puede, pues, catalogarse entre las causales del federalismo el hecho económico. Varios pasajes lo corroboran: «Las pequeñas industrias de la sastrería y »talabartería, que ocupan en la ciudad de Buenos »Aires barrios enteros, la armería y elaboración de »alimentos, la curtiduría y salazón de carne, etc., »etc., aseguran la vida fácil y hasta abundante del po- »brerío metropolitano, que va, con su trabajo, á ar- »mar y calzar á todos los ejércitos que Rozas derra- »mará sobre las provincias.» (Pág. 174, T. I).

La relativa prosperidad de que gozaba el porteño, da pábulo á su egoísmo. Por el orden natural de cosas, siendo el provinciano hijo de un ambiente precario, tórnase en su amenaza. «Viven en la obsesión »de qué Buenos Aires es el objeto de la envidia uni- »versal, y que, detrás de todo propósito político, aso- »ma el deseo de poseer su riqueza...» (Pág. 186, tomo I).

Más cercano á la verdad hallamos este concepto del autor. No obstante, ha habido quien lo expusiera, sin entrar en análisis tan prolijo y fecundo; y fué el señor Jose Ingegneros en sus clarísimas síntesis de sociología argentina, al precisarnos las característi-

cas económicas de los estados sociales que preceden al hecho de la consolidación nacional. El desarrollo y circulación de la riqueza—para reproducir su pensamiento,—que tiene más auge en la región litoral del país, determinan un progreso en el desenvolvimiento político y social. Pero, en tanto que una zona de la República inicia su emancipación económica merced al influjo de condiciones geográficas naturales favorables—Buenos Aires,—las zonas mediterráneas restan en estado de estagnación.

A juicio del autor precitado, en términos generales, la etiología del caudillismo se encuentra en la diferencia de riqueza de ambas zonas, esto es, en el desequilibrio de los ambiente económicos (1).

Así como el prototipo del patriotismo-nación fué Facundo Quiroga, don Juan Manuel de Rosas personifica el federalismo porteño ó la tendencia del patriotismo-ciudad.

Creemos condensar en estas pocas líneas la concepción que el autor desarrolla en cerca de cien páginas, nutridas de copiosa bibliografía.

*
* * *

De dónde procede el tirano. Así encabeza el primer capítulo de la obra. Es fruto de la conjugación de las familias Ortiz de Rozas, rama paterna, y de López Osornio, la materna. Está mejor reflejado el ambiente americano en los segundos, quizá por la mayor aclimatación, ya que arribaron primero que los otros á tierra colonial, ora por sus excelentes condiciones de adaptabilidad, según nuestro modo de pensar.

De la reseña que hace el autor, puede inferirse esa afirmación. Los López Osornio son prácticos con-

(1) Revista «Renacimiento», núms. 1 y 2, año I.

sumados, ajenos, por tanto, al visionismo de los ensueños. Ella es virtud primaria de los adaptables y también de los triunfadores en la lid cotidiana.

La absorción de las singularidades del ambiente debió producir el tipo nativo puro en la familia, de ése que se encastilla en la malicia y en la astucia: «Doña Agustina (la madre) es *criollaza* como sus hermanas y su abuelo, venido al Río de la Plata mucho antes que los Rosas, y por consiguiente con mayor arraigo en el suelo y en la naturaleza argentina. El *gringo* es para ella una obsesión, y ser agringado un estigma.» (Pág. 58, T. I, citando á Mansilla).

En esta investigación hereditaria, el punto interesante, es el estudio de la psicología materna. Tanto Ramos Mejía como Mansilla, aseguran que Rosas «era el tipo sintético de su familia materna y de su raza.»

Estúdiense en «La Gloria de don Ramiro» la idiosincrasia del Conquistador, todo espada y todo fe; ceñudo, insensible á la queja y al llanto, trágico en el amor, como si hubiera sido engendrado sólo para destruir; prepotente y despótico en el mando, á modo de sus reyes absolutos.

Esos Pizarros desconocidos, que arribaron á América, apremiados por la miseria que aguardaba en España á los segundones, sin otro mejor bagaje que el acero y el orgullo, debieron ver centuplicar todas las fibras de sus pasiones, en la soledad y barbarie de los campos.

¿Rosas vino de una familia así? Harto se ha hablado de la proceridad de su estirpe. Encomia el autor la pureza del linaje, sin detallar las hazañas que le dan derecho á ser tenido por tal. Esa crónica retrospectiva habría de responder al interrogante, que se abre ante el investigador de esta personalidad de mandón.

Interesa cruzar varias generaciones de abuelos,

en procura del rasgo capital que acentúa la idiosincrasia del nieto.

Bien es cierto, que de su madre bebió la soberbia, cual lo hace notar con acierto Ramos Mejía, y «una verdadera inclinación á la violencia, al ciego »impulso, á la terca tenacidad, se ve figurar con marcada insistencia en esta familia, desde su junción »con los López Osornio.» (Pág. 64, T. I).

Pero el antecedente neuropático no surge de talla entera. Registra el autor casos de suicidio, para probar que la impulsividad ha sido cuño común de la familia. Poco minucioso es en la observación de este rasgo y sólo se limita á citar á Mansilla en la siguiente forma :

«La historia de esta familia presenta entre otras »manifestaciones, suicidios extraños que colman la »nota de lo dramático y hasta de lo extravagante, »porque uno de ellos, por ejemplo, se quita la vida »en una plaza pública en medio de la multitud...» (Pág. 67, T. I).

Plegándose á la opinión de Corre, admite luego el parentesco entre el suicidio y el crimen, hijos ambos del impulso, que, para producir uno ú otro fruto, sufre transformaciones diversas á que no son ajenas como factores determinantes de ellas la época y la educación. Ribot es del mismo parecer (1).

Supone que una de las transmutaciones del impulso es la resistencia : «aquella tenacidad con que »durante veinticinco años, Rosas repite una frase, »un grito, una palabra...» (Pág. 68, T. I).

Permítele, entonces, la filiación común del crimen y el suicidio, dar base neuropática á aquella insensibilidad moral que atribuye al dictador.

En estudio de tan grandes alientos como el suyo, hubiéramos deseado ver figurar ese antecedente, no como teoría, muy respetable por cierto, sino como

(1) *La Herencia psicológica*, trad Rubio, pág. 130, en nota.

hecho: el antepasado amoral que orientó su atavismo hacia don Juan Manuel. Una familia tan bien blasonada como lo asevera la heráldica, estuvo en condiciones de producir en España varones de *acción social*, esto es, de actuación histórica distinguida, cuyos recuerdos por fuerza debieron recoger las leyendas y los archivos. La hidalguía hispana nació al amparo del hecho glorioso.

Aconsejaba esa investigación el verdadero método.

En Rosas es axiomático el impulso, la ausencia de poder inhibitorio ó refrenador de la actividad ideo-motriz del acto volitivo. Su voluntad está predeterminada por un solo grupo de motivos, ya que aquellos otros que intervienen como refrenadores, tales los que proporciona la norma consuetudinaria ó de costumbre, y la norma ética, no pesan en la balanza. La lucha de motivos y móviles en pro y en contra que remata en la determinación, se opera entonces en condiciones anormales.

El señor Ramos Mejía ha escrito un hermoso capítulo de psicología. No quita nada á su estructura científica, nuestra exigencia manifestada ha un momento.

*
* *

Procede luego á estudiar el ambiente generador del tirano. No es posible negar que aquellos tiempos de su adolescencia, templaban, con el sacrificio sangriento, el corazón menos dispuesto á ello.

La guerra de la independencia, á nuestro juicio, despertó, cual acontece en todas las eras de grandes revoluciones, los sentimientos antisociales. Aquel continuo batallar, en luengos años de esfuerzos puso el encono en las almas y la barbarie de la lucha sin cuartel, en el ambiente.

Rosas vivió su juventud en los dos lustros que cubrieron el espacio que media entre la fecha de la emancipación, y el famoso año de la escandecencia caudillesca. La atmósfera, retemplada por ecos bélicos, era de borrascas. De los campos de combate, fuera de los confines del país, tornaban ejércitos enteros y, á su contacto, la masa popular se sugestionaba con el recuento de las glorias, y con la exhibición de la altisonante soberbia del guerrero victorioso. En las montañas de Salta se pugnaba aún con el adversario realista, al tiempo que el sacrificio, practicado en tal forma, enseñaba al gaucho la clase de estrategia que habría de practicar en la revuelta intestina en futuro no remoto.

No era entonces difícil, que la exaltación de las pasiones, borbollantes en todos los centros populosos con más viveza que en las campañas, llegara á su extremo punto trágico. Recuerda el autor la ejecución de Alzaga : «Tenía catorce años cuando conoció á don »Martín de Alzaga, posiblemente un homónimo suyo »fracasado por la fatalidad. Su muerte, llena de trágicos detalles, produjo, hasta en España, honda »impresión.» (Pág. 21, T. I).

En nuestro concepto, mayor caudal de influencias tuvo en la acentuación del carácter, la vida de estancia. La facultad de adaptación, tan ampliamente desarrollada en él, perfiló su imagen moral, á la manera de la idiosincrasia gaucha. Hubiera sido interesante de todo punto, un estudio detenido de los días vividos por Don Juan Manuel en el campo.

Ramos Mejía concede importancia prevalente al hecho, y hablando de su vida rural escribe : «Metido »en ella desde antes que el bozo le sombreara el »semblante, podía decirse que era por mucho su hijo adoptivo.» (Pág. 75, T. I).

El capítulo que se dedica al punto, es digno de ser recordado elogiosamente. Pasan bajo su pluma los tó-

picos de la economía, de las normas jurídica y ética, de la campaña porteña de aquel entonces.

La tierra, *res nullius*, en zonas inmensas, da asidero á una fácil apropiación. Luego los ganados alzados, proporcionan carne al gaucho vagabundo, que no sueña con la propiedad del retazo de campo.

El duelo á cuchillo sancionaba tal orden de cosas. Surge, entonces, el culto del valor personal, según la expresión de que hace uso el autor. Al propio tiempo, los núcleos de autoridad vanse formando. El estanciero de muchas leguas de campos, reclama para sí una forma característica de vasallaje, á trueque de la protección que dispensa contra la amenaza de la revuelta.

Si el ambiente no es de epopeya, pocos toques le faltan para alcanzar ese grado de brusquedad primitiva. La horda indígena constituye el peligro común. Los intereses se cohesionan bajo la égida de los más prestigiosos; y esta consolidación del principio de autoridad en razón del temor, torna más eficaz el empleo de las fuerzas colectivas.

El habitante de la campaña se habituaba al peligro de muerte, ante el panorama de los incendios sin confines, de la hecatombe del asalto furtivo, de la dispersión del ganado, á la aparición de los corceles del desierto. No podría ser menos compleja ni menos trágica la emoción que se enseñoreaba del alma del gauchaje.

Incendio, degüello, destrucción, constituían los tres grandes capítulos del malón de indios.

Como si no bastaran estas causales para formar la entraña fiera, la naturaleza desplegaba sus fuerzas con prepotencias extrañas. Soplan en la llanura porteña vientos huracanados, casi cotidianamente, secando los jugos de sus pastos; los cielos tormentosos, se anuncian con lujo de ruidos y flamas; lluvias continuadas del invierno, anegan la cuenca del Salado, ocultando la comarca bajo las aguas. Lue-

go su clima voluble, llamado hermoso por sus geógrafos, azota las campiñas con años y años de sequía. Los herbales, no muy pletóricos de gramillas, desaparecen, dejando al descubierto la agrietada tierra sedienta. La grey vacuna perece y el animal caballar escarba el terreno con los vasos, para descubrir las raíces cuando no opta por devorar los terrones.

Viene entonces la miseria de los pequeños propietarios, que en un invierno vieron desaparecer sus ovejas en medio de las corrientes de la inundación y, en algún otro año, fueron castigados por la sequía. La emoción era propia para endurecer el ceño y la fibra. Así fué el medio que actuó sobre la idiosincrasia de Rosas.

Las páginas que lo describen son profusas en detalles. Ha puesto en ellas el autor una información esmerada, que en verdad muestra el cuadro con su plenitud de destellos y de sombreros, la *vida animal*, instintiva, de que había de ser reflejo el gran trágico. Remata tan conceptuoso capítulo: «Instintos llenos de singulares experiencias, vigor de salud intacta y floreciente, capacidad y completa destreza en el movimiento natural de defensa, plenitud de la belleza física, discreción y reposo: eso era Rosas cuando entraba á actuar en la vida pública.» (Página 96, T. I).

Consideramos que el autor no ha concebido, dentro de la obra, nada mejor engarzado en la serenidad científica; y quizá pueda venirle en perjuicio de su pensamiento matriz, puesto que, habiendo planeado el problema en términos tan precisos, fuerza es exigir una solución así correlativa.

Se verá más adelante que el propósito de hallarla, desfallece en medio de la difusión de los cuestionados accidentales. No habremos de reprochar este defecto de lo difuso, en obra que, por su índole, nos ha llegado después de larga y fructífera gestación.



Sarmiento, que era un pensador profético, si los hay, se apercibió cuando puso su mirada en la contemplación de la lucha caudillesca, que ella poseía un resorte inicial: el antagonismo de la campaña y de la ciudad.

La observación de este hecho irreductible en su faz general, ha dado margen á interpretaciones de distinto color. Hubo alguno que supuso motor de ese antagonismo, el hecho económico; la raza preocupó á otros, y las influencias geográficas á los menos.

Sin que pensemos penetrar como ellos en el causalismo, en el factor ó factores, mejor dicho, que originaron esa lucha, en última síntesis, puede expresarse que ella denuncia, desde el primer instante, que el choque se produce entre dos civilizaciones de distinta contextura.

A poco de estallar el movimiento emancipador de mayo, ya revelóse el cisma. Los hombres de la ciudad actuaron en el gobierno con una inflexible rigidez de principios. Se impusieron la ardua labor de perfectibilizar aquello que encontraron reacio á la tendencia política de que fueron banderas.

La época era de ensayos y, más que de ellos, de enseñanzas. No así lo entendieron los políticos, que usaron de recursos extraños á la índole de su medio ambiente.

Aquella política del ideal absoluto convirtiéndose en una obsesión, desde el primer triunvirato hasta el Directorio. El academismo arraigó en la clase dirigente, como un credo religioso. Denomínase, á nuestro entender, academismo, á la política idealista que por serlo prescinde del hombre y de su medio.

Así fué que se chocó con Artigas. Representante

este caudillo del *americanismo nativo*, por oposición al doctrinario, que llevaba divisa europea, tuvo en el académico su antagonista natural. Andando el tiempo, una y otra tendencia trocaríanse en federalismo y unitarismo.

La disputa con aquel caudillo fué, más que de diatribas é injurias, un conflicto entre dos tendencias. Los políticos del entonces, no supieron substraer de la rencilla las personalidades y contemplar la verdadera imagen de la cuestión. La guerra á Artigas trajo por consecuencia la formación de un nuevo Estado. No otra cosa que un sentimiento de nacionalidad, surge de comunes sacrificios, aspiraciones y glorias, impuesto todo ello por la emoción de las largas guerras que, agostando lo físico, retemblan lo moral.

He ahí cuál fué, á nuestro entender, la causa de la separación de la llamada entonces Banda Oriental. El patriotismo del académico no le impuso el sacrificio de un mínimum de la doctrina de civilización que preconizara en Congresos y leyes. Muy al contrario, azuzó las pasiones y el encono. Artigas batióse solo contra la invasión portuguesa y sucumbió después de años de batallar continuo. Esta derrota y la dominación portuguesa señalan en la historia del Plata un hecho: la consolidación del espíritu de nacionalidad del pueblo uruguayo, que había empezado á esbozarse como simplemente localista en la guerra civil, ó federal, mejor dicho.

Acierta en su apreciación un actor de aquellos dramas. El general Antonio Díaz, uno de los siete jefes engrillados remitidos al caudillo después de la caída de Alvear el año 1815, para que los acuchillara por antiartiguistas, condensa su juicio en las siguientes palabras:

«Tratándose de Artigas, se debe decir, que entre lo mucho que sería necesario escribir sobre el notable caudillo para justificarlo ante la historia, debe-

«ría tenerse en cuenta que los Gobiernos de Buenos Aires fueron causa de sus desaciertos, cuando pudieron utilizar al hombre en provecho de la política americana, creando uno de sus más varoniles y poderosos defensores.» (1).

Los académicos por profesar el credo de los altos ideales, salvaron el país del naufragio. Si ellos fracasaban en la política interna, que se sentía bien servida por un señorón de espuelas y látigo en diestra, en lo tocante al conflicto internacional, marcaron la pauta que permitían los acontecimientos.

Años después Rivadavia, el más preclaro de los académicos, habría de ver derrumbarse su portentosa obra de cultura.

Rosas, como tipo representativo que fué de su época, colmado de sus instintos y aspiraciones, advino en una hora oportuna. Dominado antes, hubiera hecho peligrar el éxito de la jornada de la independencia, al subvertir su idea y sentimiento, por el culto de su persona.

La disputa con Artigas no se hubiera producido quizá, entronizado Rosas en Buenos Aires. Había en la tendencia política de este último, mucho de americano, para que disintiera en el concepto *sui generis* del federalismo.

Tal creemos que fué la idea de gobierno, y tal el ambiente.

*
* * *

El caudillo rojo es el neto representante de la aspiración de la campaña. De ahí, á nuestro enten-

(1) El general Díaz, á la sazón Mayor Comandante de los Húsares Guías del ejército, cayó prisionero con las fuerzas del general Alvear, á quien era adicto. Cita tomada de sus *memorias inéditas*. El señor Eduardo Acevedo, reproduce la opinión en su obra *Artigas*, tomo I, pág. 180.

der, que armonice con la plebe de las ciudades, por natural afinidad de sentimientos. Piensa el autor que esa armonía fué aparente, pues tras de ella estaba el poder de simulación de don Juan Manuel.

La acción combinada de ambas características, aseguraron su bárbara prepotencia.

La población negra fué objeto de la adulación del tirano. Asistía á sus candombes y le dispensaba todo género de consideraciones. Así el negro, «constituía un verdadero receptor de todas las grandes y pequeñas emociones del vecindario: por el órgano del *pastelero*, que espiaba las puertas, sentado distraídamente en el cordón de la vereda, por el *venedor de escobas* que entraba hasta las cocinas en las casas... y sobre todo, por el ama de leche, que podía hasta sorprender, durante el reposo de la noche, el pensamiento más secreto, traicionado por la emoción que se traduce en la palabra accionada y febril de la pesadilla.» (Pág. 191, T. I). El material bibliográfico acumulado sobre este tópico, y los demás que integran el capítulo, ponen en evidencia, ya por su abundancia, fuere por su calidad, paciente labor de años, hurgando archivos y bibliotecas. Complácenos repetir la observación, siquiera sea en premio á los desvelos de un laborioso tan bien dotado como el autor.

Los gremios de la pequeña industria, única entonces viviente, allegaron á la tiranía su concurso decidido. Tercia una razón de índole económica, puesto que florecieron á expensas de las guerras de Rosas. La producción de la curtiduría, de la herrería, de la platería, tuvo su auge cuando más duras y protervas fueron aquéllas. Los numerosos ejércitos federales requerían repuestos de monturas, herrajes, armamentos; los talleres porteños se amañaban para satisfacer la orden más premiosa. En verdad que el auge gremial no es fruto de la astucia de Rosas. La necesidad de la guerra adobó este

sedimento de la dictadura, sin intervención premeditada del caudillo, pese al propósito que palpita en todo el curso de la obra, de presentarle inspirando acciones y reacciones, perfectamente consciente de los resultados á obtenerse. Alentado por aquella idea, que es convicción en el autor y página especial de su tesis, argumenta: «Como Rosas »había sacado fuera de su provincia los efectos de la »guerra, llevándola al resto del país, sus milicias »hacían, como he demostrado, un servicio militar liviano y fácil, organizadas de manera que sólo en »casos extremos pudiera serles realmente molesto.» (Pág. 229, T. I).

Nos parece que este empeño de hacer motor al tirano de cuanto ocurre en torno, lleva la consecuencia de negar el determinismo de los hechos. En el caso presente, no fué sólo la voluntad de Rosas la que decidió que la guerra se realizara en el interior. Conviene anotar circunstancias varias, entre otras, la falta de elementos y la organización deficiente del ejército de Lavalle, su carácter de muchedumbre heterogénea, sin afinidad entre el soldado y el dirigente.

Las descripciones del ambiente de la tiranía rebosan de tintas. En ocasiones, el lector descubre el deseo de grabar la impresión que se busca, más con el calor y vehemencia del estilo que con el razonamiento. De esa índole son las palabras que consagra á los gremios enriquecidos por la guerra, y al comerciante de campaña, proveedor de la indiada amiga.

*
* *

Ramos Mejía dedica un capítulo al estudio de las costumbres del populacho urbano.

El exceso era la ley. En las fiestas tumultuosas,

hallaban expansión los peores sentimientos, y de ahí que la plebe venerara el carnaval de Rosas, que daba anuencia, con el pretexto político, para «entrar »en las casas hasta los dormitorios, manosear las mujeres, cortar los faldones de las levitas y castigar »la soberbia de señoras y cajetillas.» (Pág. 218, tomo I).

La enfermedad del criterio y la exaltación pasional que lo envelaba, como en todo tiempo de revuelta, constituyeron las notas propias en aquellos sacudimientos y conmociones sociales.

Se convierte entonces en función popular el terror. El espionaje coadyuva al desenlace del drama ; organízase una fuerza que ha de disciplinarlo con el refinamiento del crimen, y viene con tales propósitos la *Mazorca*, que oficiaba en los degüellos : «Cada »jefe de categoría ó caudillo, tenía sus *degolladores* ; »así se decía : «el degollador del coronel González»... (Pág. 330, T. I).

Es entonces cuando el Restaurador limpia de obstáculos el escenario. Sin que busque los tipos que han de ser victimarios en la tragedia, ellos surgen y colaboran.

Un atavismo de horda vibra en los cerebros de los verdugos. No ya se limitan á ultimar, sino que procuran rodear de mayor honor la escena patibularia, que remeda detalles de atroz canibalismo.

El puñal de filo mellado, elegido á propósito para prolongar el degüello ; la decapitación por la nuca, investigando torpemente las junturas de las cervicales ; la música con que se lugubrizaba el acto, son simples detalles que pregonan que una barbarie tal, no ha sido sobrepujada en ningún pueblo, envuelto en parecido turbión de sangre.

Esta página dramática del libro, minuciosamente documentada, ofrece centenares de episodios, frutos de la delincuencia más perversa. Sin su mención, el lector que los ignore, no habrá de apreciar con

critorio cierto, los ultraísmos del terror. Como simples casos ejemplificativos, que dan su tono á la época, citaremos algunos.

«Un carcelero de Catamarca—dice el autor,—
 »quien queriendo dar muestras de particular afecto
 »y haciendo honor á cariñosas recomendaciones, pro-
 »metió al señor doctor Villegas, que «cuando le to-
 »cara, lo haría degollar con el *paraguayo*», un dies-
 »trísimo aficionado fuera de toda ponderación «para
 »no hacer penar á la gente.» (Pág. 329, T. I).
 «Las cabezas así desprendidas del cuerpo y con todas
 »sus crispaciones, no causaban horror á los ejecu-
 »tantes. Habíase establecido una especie de toleran-
 »cia sensitiva que les permitía manejarlas como cual-
 »quier objeto de uso común. Se jugaba con ellas á
 »*las bochas...*» (Pág. 321, T. I). «La presencia de
 »cabezas en todos los sitios, acabaría por afectar
 »probablemente las proporciones de una dolorosa
 »alucinación colectiva aún cuando desde 1840 adelan-
 »te, empezaron, en efecto, á verse en todas partes
 »como si se viviera en pleno cuento fantástico: ca-
 »bezas en los mercados, según las versiones corrientes,
 »cabezas en los fierros de la pirámide, cabezas
 »hasta ofrecidas en venta ambulante como *buenos*
 »*duraznos del monte.*» (Pág. 323, T. I). «...cuando
 »no practicaban la alta cirugía del cuello, mantenían
 »su celo, en la castración de vivos y de muertos co-
 »mo en el caso del teniente coronel Monasterio, en
 »la batalla de Arroyo Grande, de junio en 1841 y otros
 »muchos; sacando lonjas para manecas ú otros usos;
 »cortando la lengua ó afeitando la barba con la piel
 »por usarla en la forma heterodoxa de la herradura»
 »(á la moda unitaria). «Castigos de menos peligro
 »existían en la legislación del Terror... el cepo de
 »cabeza y de pies, el «acollaramiento con grillos»
 »ambas víctimas, los grillos de pies y manos... En
 »casos aislados, existieron todavía hasta los medios
 »de ejecución más exóticos: el fuego en la de Mar-

»tínez Eguilaz, á quien se le dió muerte introduciéndolo en un barril de alquitrán, dándole fuego después de una imperfecta decolación...» (Págs. 330 y 331, tomo I).

No es esta exaltación de los instintos criminales, sino una androfobia, un odio al género humano. La sombra del tirano alcanzaba á cubrir todos los confines de la escena. Alguien interrogará si fué él el motor de tan extraña delincuencia. Pensamos que, siendo el más poderoso actor del drama, se complacía las más de las veces en dejar hacer. Pero en documentación oficial, su pluma ha dejado indicios de complicidad.

Comentando el autor las matanzas de los años 1840 y 1842, dice: «Debieron afectar proporciones muy grandes los sangrientos sucesos, pues Rosas mismo, que los había ordenado, se vió en la necesidad de dictar un decreto, suspendiendo las matanzas bajo la amenaza de severísimos castigos, no sin declarar al propio tiempo, que «ellas eran la expresión laudable y ardorosa de vehemente patriotismo», «expresión del ardor santo con que los federales se habían lanzado contra sus enemigos, al ver conculcados sus más caros derechos.» (Página 332, T. I).

Página es ésta, que perfila sintéticamente la psicología de los tiranos: el uso de la farsa y de la mentira, como antifaz de nobles propósitos y sentimientos.

En prevención de alguna duda, es menester hacer constar que el autor documenta en las notas, escrupulosamente, las referencias que hemos reproducido, mencionando nombres, circunstancias y el origen de la información. En las más veces inserta copias, por entero, de decretos, cartas y demás papeles, conducentes á comprobar sus afirmaciones. No es nuestro propósito cargar la tinta del rasgo trágico, al dar sitio en nuestras páginas á tales detalles. Con-

viene ello á las miras ulteriores que llevamos, y lo exige la lealtad del crítico, que no puede prescindir de los hechos que presenta el autor.

Actuando en tal forma el terror, tuvo por efecto capital, producir la uniformidad y disciplina del ambiente, dotándolo de una moral y sentimientos nuevos. La emigración, que, según palabras de Ramos Mejía, salvara á la sociedad argentina de la decadencia, coadyuvó á ese resultado. Montevideo recintaba á sus miembros más altivos, que habían de organizar el país, luego de caída la tiranía. Los más pasivos permanecieron en Buenos Aires, para enfermar de la epidemia del dolor prolongado. «Casi todos tenían el corazón realmente enfermo... A los diez años de tiranía, casi toda una generación, que por una razón ó por otras había permanecido en la ciudad disciplinada, acabó por claudicar, agobiada casi físicamente por una senilidad precoz.» (Página 35, T. I).

Página ésta que habría sido interesante bajo la pluma de un neurólogo del poder del señor Ramos Mejía, á no dudarle, si le hubiere concedido mayor espacio y atención. Aquel ambiente de bárbara subversión moral, reflejaba su nota extraña y macábrica en la religión. Rosas se decía muy católico, y así lo evidencia el autor. Si lo tuvo, su culto fué mezcla de *self-feeling* y de sentimiento religioso. El estudio de esta incidencia del despotismo, es quizá lo más curioso que nos ofrece su psicólogo. Había transformado la moral ambiente, en las horas de mayor paroxismo del crimen colectivo y su sombra, que cubría todos los ámbitos, descendió hasta el rito de la religión. Bajo su dictadura, hubo nuevas liturgias y nuevas iconolatrías. Las conocidas fiestas del retrato, dieron margen para que aquel culto idólico por la persona del tirano, trascendiera á la mayor exaltación. «Los frailes endemoniados que en 1840 proclamaban desde el púlpito de Montserrat y de la

»Piedad, la divinidad de Rosas y el exterminio de sus enemigos...» (Pág. 267, T. I). De tal estirpe era el cura Gaete. Su fervor federal inducía á cometer actos de extraordinaria herejía. Los santos de su iglesia aparecieron ataviados de trapos y divisas rojas; y puesto en la cátedra sagrada, de ordinario prologuaba sus sermones con estas ó parecidas frases: «Feligreses míos, decía levantando el brazo con unción amenazadora, si hay entre nosotros algún asqueroso salvaje unitario, que reviente. ¡Cruz Diabla! y se persignaba diciendo: *por la señal de la Santa Federación*, porque, como es sabido, Rosas había ordenado que se hiciera así.» (Pág. 268, tomo I).

El oráculo del confesionario constituía, en manos de tales sacerdotes, uno de los resortes de la propaganda del despotismo. Por medio de él, la moral ambiente se incrustaba en los sentimientos femeninos, avanzando hasta lo último en busca de la delación, y un nuevo órgano del espionaje regimentábase bajo la influencia del sacerdote venal y corrupto.

Aquella época de la tiranía se caracterizó por la subversión total de ideas y sentimientos. Entre los secuaces del tirano, los hubo religiosos en grado sumo. Se ha citado siempre como ejemplo de ellos al coronel Vicente González, por apodo popular, Carancho del Monte, por mote de su tirano, Conde de la Calavera. No es difícil hallar la intención de ambas expresiones.

Este personaje, célebre por su aptitud criminosa, oficiaba de verdugo en Guardia del Monte, al tiempo que ejercía el comando del Regimiento 5.º de Milicias. Había mucho de bufón en esa alma proterva y no fué caso extraordinario el mencionado por el autor, conocida la psicología del sujeto. Reproduciremos por entero el episodio, que vale por páginas enteras de bien urdida historia de la época:

«Así fué que un buen día de 1839, «durante una
»función religiosa solemne en la capilla del Monte»,
»dice un testigo presencial, «en que puede decirse con-
»curría allí todo el vecindario, observando el coman-
»dante González (que hasta entonces había permane-
»cido muy devoto), que escaseaban los fieles para ve-
»lar al santísimo sacramento, de manifiesto en este
»momento, juzgó prudente activar la *reserva*, lo que
»comunicó al cura señor don José Leanes, quien se
»opuso con demostraciones propias de su carácter sa-
»cerdotal.» Pasaba esto cerca del altar mayor, donde
»la voz de ambos resonaba entre protestas y graciosos
»latines de aquél. «Pero el coronel que poco caso
»hacía de la resistencia del pobre clérigo horrorizado,
»cortó la dificultad exclamando en voz bien alta :
»*sépalo padre que yo soy el sumo sacerdote de San*
»*Miguel del Monte, sepulcro de los tiranos y que*
»*mando en su iglesia como si fuera de ella.* Y toman-
»do la sagrada custodia y santiguándose con ella la
»introdujo de nuevo bruscamente en el tabernáculo,
»guardándose la llave en el bolsillo del tirador.» Su-
»be en seguida al pulpito «y dirige al pueblo que lle-
»naba el templo una exhortación en que habló del
»misterio de la Santísima Trinidad y del Restaura-
»dor de las Leyes. Así como el angélico doctor y san-
»to filósofo Tomás de Aquino, decía, fué el marti-
»llo de la heregía, así los montarases habitantes del
»Monte, dirigidos por mí, lo serán de la impía lo-
»gia de los unitarios.» (Pág. 90, T. II, citando
la Revista Nacional.)

Caída la tiranía, el coronel González entró á un convento.

El autor presta atención á la influencia de la dictadura sobre la religiosidad de la época. Cree encontrar las exaltaciones de las epidemias religiosas. La intervención de la persona del Restaurador en el culto divino, uniendo dos idolatrías, había de ser causal de aquel estado de altruismo católico.

En concepto nuestro, no reviste el hecho las características de las epidemias psíquicas, para emplear el habla de la psicología colectiva.

La idea y el sentimiento, en consorcio—y de ahí que se diga,—estado ideo-emotivo,—operan el contagio (1). A su influjo la muchedumbre se disciplina, bajo el imperio de un solo pensamiento y de una sola emoción, que abraza á todos sus componentes. Esta unidad de miras, de acción, de sentir, constituye lo que Le Bon intitula ley de la unidad mental (2).

La epidemia psíquica puede hallar por causa, pues, un sentimiento. Son frecuentes los casos de epidemia religiosa, antaño más que en la actualidad, por razón de la mayor cultura, que á nuestro modo de ver contribuye á producir la idealización de los sentimientos. La fuerza ciega del instinto adquiere, en esa transformación lenta, los caracteres del acto reflexivo, quedando, desde luego, menor campo de influencia á la sugestión colectiva.

¿Incubó la época rosista estados psíquicos semejantes?

«Yo diría—responde el autor,—que se hallaba en »*inminencia de idolatría*, estado mental que desemboca en el misticismo epidémico de las épocas de »guerras religiosas...» (Pág. 261, T. I). «Esta adoración por la persona de Rosas en toda su enormidad, no era, en parte, sino una expresión derivada »del fanatismo religioso...» (Pág. 260, T. I).

Se encarga de explicarnos la etiología del movimiento colectivo, la segunda de las frases reproducidas. La base de la exaltación no fué el sentimiento religioso, sino el motivo político coercitivo de la tiranía. Las fiestas del retrato parecerían explicar, con sus detalles extravagantes, una fermentación religiosa anormal. «Clérigos y obispos, generales porteños

(1) P. Rossi, *Psicología Colectiva Morbosa*.

(2) *Psicología de las muchedumbres*, trad. Navarro Palencia, pág. 23.

»vencedores de los mejores soldados del mundo, disputados, jueces de paz, antiguos congresales, magistrados, coroneles, comisarios, alcaldes y corchetes que empujaban hacia el altar la hermosa imagen del Restaurador.» «Las fisonomías tenían gestos extravagantes; lloraban y reían al mismo tiempo y el entusiasmo entraba fácilmente en convulsión.» (Pág. 257, T. I). Pero el autor en el examen de este punto, se apoya en una fuente de imparcialidad sospechosa. Cita al pie de la página «La Gaceta Mercantil», periódico del tirano escrito por plumas venales. Cónvenia á los propósitos de incensación de sus cronistas, adulterar los hechos. Sabido es cuán deformes y caricaturescos aparecen ellos, en tratándose de halagar la vanidad de los mandones.

No dudamos que la idolatría hiciera presa de las conciencias no sombreadas por el despotismo. La fe en expansión enorme, tornaría en válvula de escape de las congojas de la humillación, del dolor contenido en largos años de extenuamiento moral. Pero esta circunstancia no era propicia para engendrar una epidemia religiosa, dado que su publicidad estaba vedada. El contagio colectivo no habría de realizarse en condiciones así desfavorables.

La onda religiosa que vibró en el ambiente de los años terribles de la tiranía, no presenta los rasgos propicios de la epidemia mística. No narra su historia, hechos de mesianismo, ni de profetismo, tan comunes en las religiones de incompleta evolución. Tampoco están representados los estigmas del sentimiento religioso, que ofrecieron en las grandes epidemias medioevales, con la demonopatología por capítulo proemial.

El cruento despotismo, despertando el terror alucinante, dejaba poco margen al miedo del castigo de ultratumba, base de toda religión. Hartos peligros poblaban el infierno de la dictadura.

El elemento religioso no fué, entonces, fuerza in-

tegrante de los desvaríos de la época. La iconolatría rosista era una fórmula, ni menos ni más farsaica que el recetario de vivas y mueras. La nueva liturgia no simboliza ideal nuevo alguno. Sólo consagró, dentro del templo, las vulgaridades de esta tiranía plebeya.



Corresponde, después de haber presentado los hechos, explicarnos los motivos de su acaecimiento. A primera vista, no escapa á la mirada, que ellos son concomitantes en el país entero. Si preside Rosas en Buenos Aires la necrolatría, el culto á la muerte, Quiroga en las provincias del Noroeste, Ibarra en Santiago del Estero, en Santa Fe, López, Aldao en Cuyo, son los pontífices máximos del sadismo ó necrofilismo político. La delincuencia es sintomática entonces de un particular estado social de las provincias argentinas. Todas ellas tienen ambientes condensados de amoralismos, que favorecen la acción criminal, encubierta y santificada por el pretexto político.

Surge el primer problema : ¿ Usaron los tiranos el crimen como arma política ó por impulsos del propio temperamento? Nos decidimos por lo segundo.

La faz sangrienta del caudillaje ó del federalismo histórico, si se quiere hacer sinonimia, ha sido deficientemente considerada en todos los estudios que pretendieron proporcionarnos las causas del fenómeno. Descartada queda, por de pronto, la influencia monocéntrica del factor económico (1). Explicaría él las líneas generales de aquella evolución política,

(1) « Ninguna interpretación monista de la humanidad es posible. » — Edwin. R. A. Seligman, *La Interpretación económica de la Historia*, trad. Posada, pág. 237. Véase *La Crítica del materialismo histórico*, de Clemente Ricci, artículo publicado en « La Revista de Derecho, Historia y Letras », tomo XXIX, pág. 93.

pero el capítulo del drama no entra en sus planes etiológicos. Menos explícito es aún el sistema de atribuirlo á causas prevalentes de orden físico ó geográfico. Con minuciosidad ha referido Ramos Mejía cuáles fueron en Buenos Aires las más determinantes de la tiranía. Hemos recogido en síntesis su información, en lo que se relaciona con la provincia precitada y las mediterráneas, representantes según su pensar, de la unidad política.

Vióse en aquel instante que que ambos ambientes físicos son diametralmente opuestos. Se trata por una parte del llano, por la otra de la montaña. ¿Cómo explicarse, entonces, el rol de la causa física en la producción de la racha criminosa que sopló en la tiranía?

La causa física que actuó en La Rioja, difiere, por cierto, de aquella que es propia del ambiente de Buenos Aires. No obstante ser esto axiomático, en uno y otro paraje se aclimató la tiranía, con iguales características trágicas, salvos detalles personales de sus mandones.

La observación del hecho neutraliza toda la construcción científica del autor en cuanto á los propósitos teleológicos que tuvo en mira. Las zonas recubiertas de serranías, habían de nutrir el ideal unitario, encerrado en aquella fórmula *patriotismo nación*. Y no obstante ese espíritu de afinidad ó ese prurito de cohesión, que le atribuye, germinó en ella el despotismo sangriento.

El hondo análisis de la época autoriza al autor para realizar, á modo de utílogo, la psicología del tirano en las últimas páginas de su extensa y ruidosa obra.

Sobre dos considerandos gira todo el engranaje de su construcción: la voluntad prepotente y la sensibilidad moral, habiéndose encargado antes de decirnos, que es el tipo más original de los tiranos.

La soberbia, la exageración del sentimiento de la personalidad, el culto del *yo*, cuéntase como capítulo asaz importante de su psiquis.

El autor muestra la verosimilitud de su sospecha en diversas ocasiones y Mansilla ha escrito, que «vi-»ve demasiado dentro de sí mismo para pensar en los «demás» (1). Pero el personaje, á nuestro parecer, no es soberbio en el sentido clásico del vocablo. No hay en él la estructura del orgullo napoleónico, que avasallaba con la frase y con el gesto.

Su plebismo bastardeó indudablemente la rígida soberbia del conquistador español. Rosas no fué un aristócrata, ni por el sentimiento ni por la idea. El ambiente americano que puso en él tantas de sus singularidades, operó, tal vez, aquella subversión del *self-feeling* de sus antepasados.

Hizo el tirano dictadura de carácter plebeyo, por antagonismo de temperamento con el unitario, que reflejaba el blasón colonial, si lo hubo. Razones son éstas, que nos inclinan á suponer que la soberbia, no jugó rol en el orden político.

Si todos los peculiarismos de la época produjeron y dieron el sello á su tiranía, la soberbia ha actuado en plano secundario y no figura como un factor importante en el análisis de su indiosincrasia. Distinto es el caso de Nerón, poseído de estromanía, bajo cuyo influjo pudo dar un acento especial á su despotismo.

El otro de los dos elementos prepotentes en la psiquis de Rosas, fué la voluntad. La hipertrofia de esta facultad le convierte, según frase de Ramos Mejía, en un genio de la acción, de la acción violenta y tenaz. Por eso, agrega, sus juegos tenían caracteres de combate donde se ensayaba el instinto batallador.

(1) Rosas, pág. 31.

Todo ductor y mandón ha de tener por primera virtud, voluntad recia, pensamos. Los hay que prefieren convertirla en instrumento primario de su sistema, acaudillando todos los movimientos colectivos de sus pueblos. A ese orden perteneció Quiroga, que, á nuestro modo de ver, fué el caudillo de mayores impulsiones que registra la historia nacional.

Son éstos los que multiplican sus energías ante el obstáculo. Se explica así la obstinación de Quiroga después de su choque con Paz en Córdoba. No se le ocurría, sino crecerse al castigo, como un toro de lidia de casta fina. Su frase célebre, lo denuncia todo: «voy á hacer un agujero en el pueblo por donde puedan verse los infiernos.»

La voluntad de Rosas nunca alcanzó este nivel. Si el amó los juegos singulares que poseían caracteres de combates—parafraseamos al autor,—nunca hizo una proeza lanza en ristre. No detuvo con ella en Caseros, como Quiroga en Córdoba, á sus soldados que huían. Ante un descalabro, la voluntad se rebajaba. Recuérdese su espasmo de desorientación é incertidumbre, cuando Lavalle estuvo en las cercanías de la ciudad. «Se nos viene el hombre y lo peor del caso es que no hay quién lo detenga.» Juzgábase incapaz de realizar uno de esos juegos prodigiosos que tanto le han atribuído sus psicólogos. Corroborata sospecha la fuga después de Caseros.

Si fué un volitivo, al par de otro tirano, no pensamos que excediera los límites de lo natural. Se dirá, que no otra cualidad sino aquélla, le hizo perdurar en el gobierno por veinte años consecutivos, sin desmayos en ninguno de ellos.

Cuando se examina á un hombre que ha dominado en la historia «á un hombre de acción social», se incurre en la falacia de atribuirle mayor influencia de la que tuvo en su época. Se prescinde, en síntesis, de la urdimbre que entretejen los acontecimientos y que dan en tierra con el mejor estadista.

Es axiomático, que á Rosas le faltaron aptitudes de mano militar y que careció de generales. Pacheco en Caseros, Juan Pablo Echagüe en Caaguazú y Cagancha, Oribe rindiéndose á Urquiza con tropa aguerrida en quince años de combates, prueban á primera vista la exactitud de la observación, si la opinión técnica no se hubiera expresado en idéntica forma, en el prolijo análisis de los hechos.

Pero los acontecimientos tienen más trascendencia que la voluntad de los hombres. Los hechos fortuitos favorecieron á la tiranía en tres grandes ocasiones, determinando por ello su perduración: el general Paz, el único que triunfó de la táctica inorgánica de la montonera, merced á sus talentos de estrategia, cae prisionero en una avanzada por la acción de un certero tiro de boleadoras que trabó los remos de su corcel. En esta ocasión triunfó la montonera usando medios propios. El general Lavalle, llega á las puertas de Buenos Aires indefensa, y en lugar de entrar á ella, contraevoluciona. Se habla de un falso chasque hecho caer en manos del famoso granadero, con el objeto de hacerle creer que Pacheco venía en auxilio de la ciudad. Si esto acaeció, el triunfo pertenece de nuevo á la montonera. El general Paz, vencedor en Caaguazú de Juan Pablo Echagüe, ve disolverse su ejército por el egoísmo de Ferrer y los celos de Rivera. La montonera, de la cual es vástago fuerte la tiranía, coadyuva en esta ocasión á su persistencia.

Favorecido Rosas por los acontecimientos, no tiene sino que emplear el terror como instrumento de sólido predominio. Procede como otro tirano cualquiera, excediéndose á los conocidos, en el vigor y severidad de la aplicación del sistema.

Los veinte años de tiranía no son sólo fruto de la voluntad prepotente del mandón. Es menester aquilatar factores extraños á ella.

Generalmente, la voluntad de acero y el carácter

de una sola pieza, cuentan por auxiliar al valor personal. Los enemigos del tirano le acusaron de cobardía. Esta incógnita no ha sido develada por ninguno de sus biógrafos. Quien posee el valor personal en gran dosis, busca el conflicto, la lucha, instintivamente, como crea, quien está dotado de genio. El momento de peligro vital aumenta la agresividad de ciertos temperamentos, que en ello hallan, á no dudarlo, la satisfacción de un placer.

Rosas no trató de desmentir la afirmación del adversario á pesar de haber sido muchos los lances que le brindaron la oportunidad del descargo.

No amaba el fragor de la acción, á no dudarlo, ni le inspiró aquella impulsión que diera fama de grandes duelistas de batallas, á Lavalle, La Madrid, Olavarría, Suárez, Quiroga y tantos otros.

En la investigación del caso, Ramos Mejía apela al sistema de las presunciones, vicioso medio de inquirir la verdad, que pone en práctica hartó á menudo.

Véase cómo lo extrema : «El concepto que tenía de su mística misión política, lo obligaba á huir del peligro, y se alejaba sin que sintiera miedo. Era más bien una forma de valor : la del coraje para pasar por cobarde cuando le convenía.» (Pág. 339, tomo II).

Viéndole enclaustrado en su residencia, es necesario poner mucho empeño para creer en los juegos hazañosos que realizara.

El autor le atribuye valor físico en alto grado ; de ahí que afrontara por placer los peligros del domador de potros. Se nos ocurre observar, que en mostrando un hombre de gran figuración, aptitudes que no son afines con el rol que desempeña en la historia, ésta tiene por hábito prodigarle por tal concepto, sus mejores entusiasmos. Si la locura de Nerón hubiese sido más discreta, la tradición habría encomiado su vocecilla tenoril, recordando á Orfeo.

Marco Aurelio se presenta al par de los filósofos geniales y Napoleón como un ajedrecista invencible. No hablemos de las habilidades de cerrajero que exhibía el infortunado Luis XVI.

El valor físico de Rosas ha sido exaltado. Tendríasele, á estar al tenor del entusiasmo con que se habla de sus aptitudes de caballista, por un centauro. En algunas páginas de Ramos Mejía vagabundea el mito. No ponemos en duda, que el tirano como hombre que se adoptó á las costumbres de la campaña, fuera buen domador, merced á las condiciones físicas que requiere tal arte: piernas cortas, musculosas y un sentido del equilibrio, desarrollado en proporciones adecuadas. Pero el mito consiste en presentarle como objeto del asombro del gauchaje, para quien tal hazaña no reviste mayor importancia.

La proeza consiste en ejecutar aquello que no es común. No se ha dicho hasta ahora que don Juan Manuel jugara con un toro bravío.

Este hombre, á quien se pinta como un prodigio de energías físicas, se encláustró durante su gobierno, desde 1840 en adelante. En lo físico, pues, fué un tirano poltrón.

Ramos Mejía, que le compara al león en algunas de sus páginas, porque destruye y devora, no llega á darnos la última palabra acerca de su valor personal. Con los elementos que él proporciona, podemos concluir, sin negarle aquella condición, que nunca fué puesta á prueba. Fué un león de gabinete.

El prestigio del caudillo radica en su voluntad y en su valor. Alguna de estas características tiene exteriorización, en lo físico. Se ha dicho que la morfología es fiel expresión del valer de la substancia, principio erróneo, si se le concede valor absoluto.

Los hombres dotados de voluntad prepotente, gobiernan con la mirada y con el ademán. Es patrimonio de ellos la mirada aguileña, nitescente, de fijeza

despótica. Los grandes ductores la poseyeron. El gesto de Napoleón manda, ordena. Sus ojos, entorvando la mirada bajo las arcadas superciliares en extremo desarrolladas, penetran en todos los horizontes, con serenidad de mandato.

El caudillo requiere condiciones de actor trágico: ojos grandes, mirada dura, gesto adusto, voz vibrante y el ademán característico del imperio.

Sin entrar en estos detalles, *Le Bon* presenta dos clases de prestigio (1). El primero es el personal, del que proporciona una explicación harto breve al decirnos que consiste en una facultad que permite ejercitar una fascinación verdaderamente magnética. Cita á Jesús, Mahoma, Napoleón, como ejemplos de grandes directores de muchedumbres. Basta mirar un retrato de Juan Facundo Quiroga para convencerse de que le sobraba tal poder.

En cambio, distinto es el prestigio adquirido ó artificial, del que goza una persona por el solo hecho de ocupar cierta posición.

«Pascal hizo notar—dice el autor citado,—con acierto, la necesidad que tenían los jueces de toga y de peluca, sin las cuales perderían tres cuartas partes de su autoridad.»

Cabe ahora preguntar de qué clase de prestigio se valió Rosas para dominar. La apología que se hace de su físico, proporciona elementos de juicio, que decidirán si poseía él las cualidades externas, que según nuestro pensamiento son peculiares de los grandes caudillos (2). No ha hecho mejor diseño el autor, que cuando se expresa así: «Rosas tenía ojos de ciclo, encuadrados dentro de unas cejas angelicales:

(1) *Psicología de las Muchedumbres*, trad. Navarro, pág. 153.

(2) De Artigas se dice lo siguiente:

«Podíase notar, no obstante, en aquella cabeza, ciertos rasgos que denunciaban nobleza de raza y voluntad enérgica. El ángulo facial, bien medía el grado máximo exigible en la estatuaria antigua. Su cráneo semejaba una cúpula espaciosa, el coronal enhiesto, la frente amplia como una zona, el conjunto de las piezas correcto, formando una bóveda

»los ojos mansos y claros de los Rosas. Sin embargo, »los mismos rasgos que en éstos expresaban dulzura »y mansedumbre, en él, y por influencia interna ine- »ludible, traducían intensa frialdad. La serenidad »cautelosa de la mirada, sugería angustiosas espec- »tativas.» (Pág. 94, T. II).

Los ojos mansos: creemos percibir en aquellos ojos añilosos, un reflejo de burla é ironía. Frialdad, mansedumbre é ironía en la mirada, lo dicen todo; en cambio de ellas, en la mirada del gran dominador, la dureza, el fuego, el imperio, desempeñan el papel principal.

«Poseía, por otra parte, la equívoca placidez del »que trama, combinada con el gesto investigador é »interrogativo de doña Agustina, su madre.» (Pá- gina 95, T. II).

¿Integran tales expresiones un gesto de mando? No, por cierto. El tipo moral del déspota no se refle- jaba en sus rasgos físicos. En sus ojos no se veía la fibra dura del trágico, ni su voz tenía entonaciones teatrales, ni contaba su fraseología aquellas expresiones lapidarias del hombre de autoridad.

Lo sobresaliente de su físico es la belleza. Ahu- yenta toda sospecha en contrario, la iconografía de la época. El autor presta mucha importancia al tipo adonizado de nuestro tirano.

«...Su talla excede de lo general y es esbelta co- »mo ninguna.» (Pág. 430, T. II). «Don Juan Ma- »nuel, era en su tiempo, de un cuerpo excepcional, »pero más por su belleza que por su talla.» «Marcha- »ba en medio de los ministros, erguido en toda su »estatura... entregando á la idolatría del pueblo su »esbelta y magnífica talla.» (Págs. 85 y 181, T. I).

»soberbia. La notable curvatura de su nariz, acentuaba vigorosamente »los dos arcos del frontal sobre las cuencas, como un pico de cóndor, »dando al rostro una expresión severa y varonil; y en su boca de labios »poco abultados, dóciles siempre á una sonrisa leve y fría, las comisuras »formaban dos ángulos casi oblicuos por una tracción natural de los »músculos.»—*Ismael*, pág. 13. Eduardo Acevedo Díaz.

Mansilla se ha encargado de destruir lo que hubiere de mito en la tradición de la belleza de Rosas, al decirnos que : «Rosas no era alto ni esbelto, era algo cargado de espaldas ; el rostro sí, siendo rubio, de ojos celestes, límpidos, traslúcidos, lo tenía bello» (1).

Ramos Mejía afirma que la belleza de Rosas fué un factor de su prestigio, idea desarrollada en una hermosa obra anterior (2).

Lleva su pensamiento hasta incurrir en un error de apreciación. Para explicar la influencia que ejerciera ella sobre las muchedumbres, baste recordar que éstas y la mujer tienen psicologías gemelas. A tal conclusión arriba el autor. (Pág. 96, T. II).

Completa su idea ejemplificando : á Felipe de Crotona se le erigió, por bello, un edículo para venerarle ; Sófocles, por hermoso, mereció que se le confiara la dirección del coro que entonó los himnos de la victoria después de Salamina, y Ulises y Telémaco creían ver un dios cuando encontraban un hombre alto y hermoso. (Pág. cit.).

Autor tan prestigioso como el psicólogo de Rosas, no debiera pecar de modo así grave.

Si las muchedumbres son irreflexivas, volubles, sugestionables, si en ellas predomina la exageración de los sentimientos, no es dable atribuirles aquella emoción que experimenta la mujer ante el varón fuerte y hermoso, el sentimiento estético de su sexo. Jamás una muchedumbre ha derivado de una emoción estética.

Los ejemplos extractados de la mitología é historia griegas, son menos aparentes aún para demostrarnos que la belleza es base del prestigio. No fué asombroso que en Grecia, donde la satisfacción del

(1) L. V. Mansilla, *Rosas*, pág. 27.

(2) *Las Multitudes argentinas*, pág. 269.

placer estético tuvo carácter de una necesidad nacional, lo bello entrara á alimentar la devoción de los más altos ideales. La raza helena, siendo hermosa, se miraba á sí misma para formar la extremada sensibilidad artística que llegó á alcanzar en la generación de Praxíteles.

Con lo dicho, queremos expresar que las condiciones del punto de comparación son distintas. El mismo autor en su análisis del teatro en la época de Rosas, prueba que el gusto artístico de los públicos, era rudimentario y grosero. Si no lo hubo, mal pudo él impresionarse con la hermosa presencia de su tirano.

Desde otro punto de mira; la cita griega disuena. Aquel pueblo que demostró poseer fibra viril en episodios que se recuerdan como de insuperada heroicidad, gustaba más de la belleza masculina. Son inúmeros los casos de desviación del instinto sexual, que señala la historia. Basta leer su literatura para confirmar la creencia de que el hecho llegó á asumir proporciones de epidemia. Ganímedes es, quizá, el símbolo de mejor encarnadura helénica (1).

El sentimiento estético convivía con una voluptuosidad morbosa. De ahí el culto á la belleza del varón. Alcibiades fué el ateniense más hermoso de su tiempo y por ello cimentó gran porción de su prestigio.

Nuestra plebe no gustaba de tales perversiones, razón suficiente para advertir que no concedía valor alguno á la belleza de su tirano. La prosa popular

(1)

Oh muchacho, que miras
 Virginalmente,
 Yo te busco y te sigo.
 Tú no me entiendes.
 ¡Ay, si supieras
 Que de mi amante pecho
 Tienes las riendas!

de la época, no cuenta con expresiones que demuestren la existencia de la pasión que la beldad del tirano encendiera. Nunca se dijo, Nuestro Hermoso Restaurador, el Hermoso ó Bello Americano, por ilustre y gran. Ni en el ceremonial público ni en el privado.

Pese á las conclusiones antedichas, es indudable que Rosas poseyó condiciones de prestigio personal. Si ellas no fueron completas, como en Napoleón, bastaron para conducirlo al poder.

Se preguntará cuáles han sido y cómo han determinado la acción del tirano.

En nuestro concepto, su plebismo, su gauchismo, le proporcionaron el instrumento que habría de dominar al habitante de la campaña y al bajo estrato de la población urbana. El conflicto con la clase culta de la ciudad, con el *salvaje unitario*, nos releva de prueba.

Rosas dominó, porque fué el más gaucho. Su gran aptitud de adaptación, su bagaje de simulaciones, el sentido práctico que lo encaminara con norte fijo por los más escabrosos terrenos, y luego la voluntad privada de la inhibición moral, fueron condiciones todas ellas que confabuláronse teniendo por mira la formación de una unidad de terrible poder ofensivo y defensivo.

De este concierto, escapó el talento. El autor así lo cree y abunda en razones concluyentes. «No dicta una ley—dice,—no funda una institución, no soluciona problema alguno.» En materia de reformas, es criollo neto, arraigado al pasado por el espíritu de la rutina. Rivadavia, que hizo labor administrativa superior á su época, puso en desasosiego á los coetáneos, que no gustaban de innovaciones. El tirano reflejando el sentir general, abrogó leyes y reglamentos, y de ahí que fuera él, el *Restaurador de las Leyes*, que en buen castizo, equivale á decir, restaurador de la barbarie.

Si carece de potencias intelectivas, es un *instintivo*, según el adecuado vocablo que usa Ramos Mejía. Está dotado de la astucia y suspicacia del gaucho, del que no es sino tipo representativo. Como él, ladino, solapado, ensaya una política de interés puramente personal. No se adivina en ninguno de sus actos el vestigio de un sistema político de que fuera inspirador.

El señor Ernesto Quesada, pensador laborioso y fecundo, ha estampado una opinión en contrario. A su creencia, los obstáculos, lejos de amilanarlo, aguzaban su talento singular (1). Reconócele aptitudes mentales superiores. La tesis de este autor, presentada en la forma vehemente de un alegato, adolece de un vicio de lógica. Rosas es flor y fruto de su tiempo; á pesar de ello, se adelanta á la época con conciencia de la finalidad de su política. «Rosas» encarnó su tiempo... Su acción fué perfectamente «conciente... dándose clara cuenta de su responsabilidad histórica...» «La caída de Rosas en Caseros,» fué más bien una retirada deliberada...» (2).

El autor que hemos nombrado, no prueba su conjetura. Caseros fué una fuga, el desastre de la ineptitud. Ramos Mejía está, en concepto nuestro, más próximo á la realidad, negándole talento y visión sintética de los acontecimientos. Atribuye en cambio al tirano, la aptitud para saber elegir al hombre preciso, indispensable para la feliz consecución de sus planes. En esa forma rodeóse de personal selecto y apto para cumplir sus fines. Si hizo elección de la persona de Oribe para destruir á Lavalle, se aconsejó de su conocimiento de los hombres, que le hablaba de la soberbia herida del vencido en Yucutujá por el vencedor de Río Bamba.

Las presunciones, en materia de prueba históri-

(1) *La Epoca de Rosas*, pág. 80.

(2) *Ob. cit.*, págs. 145 y 71.

ca, ofrecen inconvenientes de índole grave. El razonamiento del autor se desenvuelve así: el generalato de Oribe es prenda de seguridad para la tiranía, atendido el extremado odio que guarda éste á Lavalle. Por otra parte, la condición de extranjero del jefe del ejército restaurador disipa los temores de una traición.

Aceptemos de plano que en el cerebro del tirano se sugiriera tal raciocinio. El autor pretende probar, en esa forma, las cualidades de providente del gran *instintivo*. Pero al crítico le es dado observar que las ventajas antedichas, que aconsejaban la designación de Oribe, estuvieron contrapesadas por el inconveniente de su inhabilidad, que preparó la jornada de Caseros y el derrumbe de la tiranía.

Rosas, psicólogo consumado, falló en su juicio sobre el hombre preciso.

El sitio de Montevideo, que aniquilara las fuerzas del despotismo, fué un error militar del segundo jefe de los Treinta y Tres. Lo evidencia así el general César Díaz, que tan brillante actuación tuvo en la batalla de Caseros comandando el ala izquierda del ejército aliado. Censura á Oribe, quien no teniendo en cuenta aquel principio militar de no dejar para mañana lo que puede hacerse hoy, empleó más de los meses en llegar á Montevideo, después de haber lerrotado al general Rivera en Arroyo Grande, el 6 de diciembre de 1842, cuando el chasque portador de a nueva del desastre, salvó la distancia en dos ó tres días.

Si su ejército estaba precisado á moverse con lentitud, por razón de su composición—observa el militar aludido,—no impidióle ello destacar una columna de caballería ligera para que *tomara posesión le la plaza*, que hasta el día que la avistó, 16 de febrero de 1843, pudo entrar en ella si le hubiese permitido, tal era el grado de desorganización de la tropa ecluta y la indigencia de elementos bélicos. Pero

prefirió iniciar un servicio de descubiertas, que prolongóse por espacio de quince días, durante los cuales se terminaron las obras de fortificación y el ejército sitiado pudo aleccionarse en las guerrillas que se sostuvieron con tal motivo (1).

Han sido también objeto de críticas adversas las operaciones militares que determinaron la entrega del ejército rosista á Urquiza. El brigadier general Antonio Díaz, ha hecho un prolijo examen de los hechos que precedieron á la rendición. A su juicio, Oribe pudo impedir con éxito el pasaje del Uruguay por Urquiza. No obstante, permaneció inactivo.

Sus dudas y vacilaciones desmoralizaron al ejército, cuyos jefes encontraban en ello estímulo suficiente para defeccionar. A todo esto, Rosas reiterábale ofrecimientos de refuerzos, que Oribe rechazó en los primeros tiempos, para solicitarlos después con objeto de llenar los huecos que la desertión producía en sus filas (2).

Caseros venía elaborándose desde los primeros días del asedio. Los desengaños y las desilusiones que aparejan los esfuerzos estériles, debieron conmover el espíritu de los soldados federales educados en la victoria. Desde que Oribe se alió con Rosas, Montevideo fué una posición estratégica de valor inestimable. Centro de recursos, aportó á Rivera, contingente de sangre y dinero. La buena táctica aconsejaba la posesión de la ciudad. Rosas ni Oribe tuvieron en cuenta el valor militar de la plaza, en circunstancias en que ella permanecía guarnecida por tropas de guardias nacionales.

(1) *Memorias del general César Díaz*, pág. 55.—Concedemos importancia al juicio de este militar, en razón de haber sido contendor del general Oribe, durante la defensa de Montevideo. Su fama llegó á Europa donde Thiers, hablando de los asuntos del Río de la Plata, dijo de él en la Asamblea: «Le Colonel César Díaz, á la tête de son armée est une espoir par son brillant courage, et ses talents militaires.»

(2) El Coronel Antonio Díaz (hijo), reproduce detalladamente en su conocida obra, la opinión de su padre. *Historia política y militar de las repúblicas del Plata*, T. VIII, pág. 410 y siguientes.

Rasgo, quizá el más saliente de su psicología, fué el histrionismo, su culto á la burla y á la risa, en mira de proporcionar el ridículo á la víctima. Ramos Mejía ha hecho un soberbio estudio de este tópicó. Su sentimiento de lo cómico era pleno. Sin duda alguna, el consorcio de la perversión moral, diluye un tanto el sabor burlesco de sus bufonadas, para prestarles amarguras de tragedia.

Es el histrionismo típico de los tiranos. Organiza la farsa y cuenta para el caso con el auxilio de bufones oficiales y oficiosos.

La bufonería oficial, compuesta de juglares de espíritu raquíptico, proporciona la colaboración más eficaz al sentimiento de lo cómico del amo. El Conde de la Federación, es creación de su fantasía traviesa y maligna. ¡Qué condado aquél del ridículo! Están en la memoria de todos los episodios de que fué héroe aquel pobre diablo, que careció, por cierto, del alma de un Chicot.

Este espíritu burlón, es una singularidad de la idiosincrasia gaucha. No estalla risa más placentera en el hombre de campo, que cuando un caballo da en tierra con el pueblero maturrango. Casos hay en que la malignidad se cruza de por medio, y entonces se elige un animal brioso, muy dado á la maña de corcovear; y nada más gracioso que aconsejar al extranjero, enamorado del pelaje del zorrino, procurarse la posesión del roedor con sus manos (1).

(1) La tradición de la familia del que escribe, cuenta un episodio dramático, que tuvo origen en la retozona burla de la gente del campo.

El hecho acaeció en tiempo de los malones de los indios. Un hacendado vecino de uno de los abuelos, tras de bromear con él acerca de los temores que aparejaría una invasión, se presentó una noche de luna en la estancia, seguido de su peonada, simulando un ruidoso malón, con el propósito confesado de procurar un susto al dueño de casa. Pero éste, reuniendo sus peones á las primeras alarmas, arremetió contra el supuesto enemigo tan infelizmente, que, por propia mano, hizo perder un ojo al cacique fingido.

¡Con cuánto deliquio hubiérase golpeado la boca el agresor, de haber ocurrido los hechos á la medida de sus proyectos!

Mansilla ha observado también este sentimiento de lo cómico, llamando al tirano: «compuesto cómico de taumaturgo y augur» (1).

Los psicólogos no se han puesto aún de acuerdo para explicar las causas de la risa (2). Algunos hay que la atribuyen á un cierto estado de superioridad del sujeto respecto de cosas y personas. Tal vez derive ella de la vitalidad extremada, de lozanía de salud, que fué tan pródiga con Rosas. Sea como fuere, la bufonería del caudillo rojo, no presenta originalidad ninguna dentro del ambiente. El espíritu burlón y la acritud en el juicio fueron siempre peculiaridades de nuestro modo de ser. De ahí, que los hombres de nuestro país se respeten poco, y que se haya tolerado el sistema de vivir á expensas del honor y de la circunspección ajenas, con propósitos de procurar risa á quien lee ó á quien escucha. No ocurren los hechos así en los pueblos sajones, poseídos como están de un sentimiento de recia solidaridad, que los empuja sin tropiezos, por la senda del progreso.

La guaranguería que, en nuestro concepto, no es sino la unión de aquellas dos peculiaridades premencionadas, no habría de concluir con Rosas. Si en tiempo de éste, buscó el episodio dramático para exteriorizarse, haciendo galopar al Conde de la Federación sobre una zanja disimulada por cañas y yerbas, en la ciudad de Buenos Aires de hace dos años, retoñó en la forma explosiva conocida por *patota* ó *indiada*. La broma de la patota se obtiene merced á una agresión colectiva contra un solo individuo, de modo de desfigurarlo á puñetazos, á objeto de mejor reír.

Asoma en Rosas la burla de perfil gaucho. Nótese su habilidad para motejar despectivamente á los per-

(1) *Rosas*, pág. 127.

(2) Dugas cree que el juego y la risa son hermanos. *Psychologie du rire*, pág. 115.

sonajes de su época. Así fué que le llamó padrejón á Rivera, haciendo alusión á sus amores poligámicos y que el vulgo tradujo en el vocablo pardejón, como lo hace constar Mansilla (1).

Huelen á tufo gaucho aquellas expresiones, lomos negros y lomos colorados, por no citar otras.

Fué Rosas hombre poco sensual según el decir de sus biógrafos. Ramos Mejía lo asegura como Mansilla. Este último escritor, á cuya obra no se le ha tributado el homenaje que reclaman sus méritos, dice él, «que por lo mismo que no era sensual debía casarse joven» (2). El hombre tenía el físico, no el alma del Tenorio. No obstante, sus psicólogos han comprobado la obscenidad extremada de que hacía gala. El autor detiéndose en la consideración de este punto. Rosas era obsceno en la forma en que lo es quien furtivamente pellizca en la nalga mórbida. «La frase picaresca ó cruda lo complacía, el ademán lascivo lo embriagaba, y más allá no iba por impulso», escribe Mansilla, que entrevió este signo de la sintomatología gauchesca del personaje (3).

La guaranguería de la época encuentra en el caudillo de las dos décadas, un actor consumado. Ella es fruto genuinamente porteño, que perdura aún, si no recrudece por debajo de la natilla de cultura. Pensamos que la guaranguería es un exceso de risa. No era otra cosa entonces el desprecio por el extranjero, que Ramos Mejía, supone característico de aquellos tiempos, como florescencia del egóismo del habitante de Buenos Aires (4).

(1) *Ob. cit.*, pág. 30.

(2) *Ob. cit.*, pág. 34.

(3) *Ob. cit.*, pág. 34.

(4) El señor Rahola, en un libro que publicara de observaciones sobre nuestro país, no fué cegado por la vanidad nacional indudablemente, al reconocer en los mismos hijos de los españoles, el desprecio de que hacen alarde los criollos, cuando emplean la palabra *gallego*.—«Sangre Nueva», pág. 275.

Subsiste hoy, ya lo hemos dicho. El mote despreciativo con que se bautiza á ciertos extranjeros, denota que el antagonismo no ha desaparecido. Obsérvese que comienza la guaranguería en la escuela, donde los niños afinan sus travesuras para hostilizar á los profesores de idiomas, que generalmente no son nacionales.

El culto del *hombre vivo* ha sido prohibido por la guaranguería. En nuestro patuá, viveza es dañar á los demás, vivir á expensas de ellos, moral de nuevo cuño que legitima en ciertas ocasiones el delito mismo.

Mansilla ha evidenciado el rol que jugaba el odio al extranjero. Las ligas con él—para repetir su frase,—ensanchaban la base de la dictadura permitiéndole exaltar los sentimientos nativos (1).

Un rasgo acentuado de la psicología de Rosas, fué la minuciosidad que llevaba hasta su extremo confín. De ella emerge su aptitud para la reglamentación. Le agrada el culto del detalle y por ello pone mano hasta en las modas, determinando la forma del corte de la patilla, cuando no cómo había de llevarse la levita. En este afán de ceñirlo todo á preceptos imperativos, producía la nota pueril. Con acierto, califica el autor de femenil, esta prolijidad que todo lo ordenaba.

Tal vez, á tan singular condición débese el fuerte espíritu centralizador de su gobierno (2).

En distintos capítulos, el autor confirma su opinión acerca del extraño misticismo que atribuye al tirano, punto de partida de su egolatría. Se cree inspirado por la divina providencia para realizar su misión. (Pág. 431, T. II). No avanzó Mansilla tan-

(1) *Ob cit.*, págs. 156 y 186.

(2) Hemos hallado numerosas órdenes escritas de puño y letra de Rosas, concebidas como la siguiente: «Se nombra á Anselmo Morales para ocupar la vacante de vigilante tercero de á caballo...» (*Archivo General de la Nación*, Archivo de Policía, Ordenes superiores, año 1840, Libro 121, Documento núm. 45).

to, pero dijo de él : «Cree en Dios y en la Iglesia, pero no respeta los altares» (1).

La religiosidad del tirano era á modo patriarcal y nada tenia de común con el fanatismo. Se observa en ésta, como en otras de sus predilecciones, un antagonismo entre su sentir personal y los sentimientos sociales de las clases elevadas. No pudo ser más diabólica su acción antirreligiosa, y, á pesar de ello, está convencido de la honestidad de su creencia y de la alta misión redentora que desempeña.

¿Farsa ó patología del criterio? El autor no resuelve. Empero, el fenómeno es interesante y hubo de trascender. Recuérdese que Vicente González, antes nombrado, realiza una perfecta caricatura de ese peculiarísimo sentimiento religioso.

Por otra parte, la historia cuenta en sus archivos casos análogos. No fué ajeno Nerón á los pruritos de autodivinización.

Integraba su personalidad la aptitud para simular. Merced al empleo de ella, convive con la psicología del negro en sus fiestas. Muestra afán de nivelarse y procura á los que le ven, el ilusionismo de su adaptación. Mansilla contempla el hecho.

La farsa en el lenguaje, la farsa en el hecho y en la actitud, conviértense en sistema. Durante cuatro lustros, invoca ya, «*La sagrada causa de la independencia de América*», ora los altos intereses del gobierno, la salud de la confederación, para enmascarar el propósito criminoso (2).

Como su minuciosidad todo lo reglamentara, no faltó el ceremonial para la farsa. Los vivos y muertas tenían un canon prefijado; constituía el núcleo la expresión «salvaje unitario» y los apéndices, muy numerosos, catalogábanse entre las injurias de la guaranguería : «impíos, logistas, pícaros, inmundos,

(1) *Ob. cit.*, pág. 32.

(2) *Ob. cit.*, pág. 28.

asesinos, asquerosos, sabandijas». La literatura de las frases imprecativas es curiosa y el autor reproduce algunos ejemplos que trasudan comicidad (1).

A pesar de que Rosas fué capaz de perseverar en un plan determinado con tenacidad inquebrantable, en privado abandona la máscara y el léxico federal. Su correspondencia particular con los mayordomos de sus estancias comprueba la aseveración.

Investigando en aquella fuente nos hallamos con estas dos epístolas, dirigidas ambas á don Juan José Becar, mayordomo de su estancia San Martín :

«Bs. Ays. Agosto 8 de 1837.—Mi estimado Becar.—Impuesto de su carta de fh 6 del corrte he dispuesto que mañana temprano se entreguen en las carretas de D. Franco. Albares que deben entrar mañana, los artículos que V. me ha pedido y son los siguientes :

»Para cautivos de ambos sexos	
»Camisas para mujeres, diez.	10
»Cortes de enaguas para íd., diez.	10
»Pañuelos con colorado para íd., diez.	10
.	

»Si el carretero quiere llevar un casal de Pabos reales también he dado orden que vayan en una jaula, cuia jaula debe V. lo que lleguen los pabos reales ponerla á la sombra en lugar seguro donde no sea estropeada, y los pabos reales sacarlos fuera, es decir, largarlos, pero es necesario que los saquen con cuidado para no arrancarles pluma.

.

»De V. affmo. patrón

»(Firmado) J. M. R.»

(1) Así, «mucra el pardejón parduzco salvaje unitario Rivera que de puro bestia se metió á hacernos la guerra.»

Nótase la ausencia de la fraseología característica del despotismo. Pero, en interponiéndose una persona extraña, la farsa resurge :

«¡ Viva la Federación!—Buens. Ays. Dbre. 26 de/837.—año 28 de la Libertad, 22 Inda. y 8 de la Confedn. Argna.—El Patrón—Por una Burra—Orden :—Al mayordomo de la Hacienda Sn. Martín Dn. Juan José Becar—Vista la presente debe V. entregar al portador una Burra parida la mejor y más mansa qe. haya en toda la Burrada, porque es con destino á reparar una importante salud.

»Debe V. mismo acomodársela de modo qe. no sufra en el camino, y que llegue sin novedad—I al mejor efecto debe V. proporcionarle un hombre el mas aparente y capas, y por último facilitarle todo cuanto fuere preciso y conveniente pues qe. me intereso mucho en qe. esta Burra llegue sin la menor novedad.

»Dios guarde á V. ms. as.

»(Firmado) J. M. R.»

Hay farsa en el viva, en las fechas, y en la frase de despedida. Aparte de ello, el primer documento denuncia á las claras cuánto era el amor de Rosas por los detalles. Ambos son escritos de puño y letra del tirano y firmados con sus iniciales (1).

Todos los escenarios prestábanse para esta actuación de la simulación. Caseros, con ser el episodio más dramático en que se viera envuelto, no amenguó la teatralidad de que siempre diera muestras.

Poco antes de abandonar el campo de la jornada, llególe un chasque con un mensaje.

—«De dónde sale amigo?—le dijo. Que buen caballo trae! Notando enseguida que el paisano te-

(1) *Archivo General de la Nación.* — Correspondencia particular de Rosas.

»nía á la cabezada del recado las boleadoras : prés-
 »teme esas boleadoras, añadió. El paisano las desató
 »inmediatamente y se las entregó. Rosas las tomó por
 »los extremos y abrió los brazos para ver si tenían
 »la longitud de regla ; y hallando que estaban un
 »poco cortas, esta no es la medida, dijo : les faltan dos
 »pulgadas. Dirigiéndose entonces al coronel Díaz,
 »continuó : yo antes sabía manejar esta arma. Co-
 »mo ahora estoy demasiado grueso, tal vez no lo po-
 »dré hacer. Sin embargo, voy á probar. Vaya ami-
 »go,—al paisano,—galope para allá un poco, galope,
 »galope ; y cuando el paisano se había alejado á la
 »distancia que él juzgó conveniente, lanzó las bolea-
 »doras por encima de la cabeza de aquel, de ma-
 »nera que al caer, envolvieron las patas delanteras
 »del caballo. Todavía me acuerdo, dijo entonces, y
 »se separó del coronel Díaz para no volverlo á ver
 »más» (1).

Despuntan en la memoria algunos de aquellos hechos extravagantes de Hamlet, cuando procuraba con ellos simular la locura—si no la exteriorizaba,—sin que importe el recuerdo, una intención de establecer paralelo.

En Rosas, la veta gaucha de la capciosidad y de la mendacidad adquiere un volumen desproporcionado.

El doctor Marcelo Gamboa, que defendiera á los autores de la muerte de Quiroga, pidió permiso para publicar su alegato. Véase la resolución que inspiró tal petitorio á Rosas :

«Que solo un atrevido, insolente, pícaro, impío,

(1) Referencia del testigo presencial, coronel Pedro José Díaz, caído prisionero en Caseros en poder del General César Díaz, á este militar, cuyas propias palabras nos ahorran todo comentario de la incidencia. Supone que Rosas hizo ostentación de valor y serenidad, para destruir la reputación de cobarde que sus enemigos habían construído.—*Memorias del general César Díaz*, pág. 313.

»logista, unitario, ha podido cometer el abance de in-
 »terrompír las altas y delicadas atenciones del
 »Gobno., con semejante, tan importuna, como ino-
 »portuna y atrevida solicitud.

»Que solo un unitario tan desagradecido como
 »bribón, ha podido concevir la idea de querer la pu-
 »blicación aislada de la defensa de los feroces ejecu-
 »tores de una mortandad sin exemplo en la Historia
 »del Mundo Civilizado; que solamente un hombre
 »que haya renunciado á toda idea de relig., de ho-
 »nor y respeto al Gobno., y á la opinión pubca, y qe.
 »en consecuencia de su perversidad no alimenta sen-
 »timiento algº de amor y respeto al honor nacional ha
 »podido dirigirse oflmte. al Gobnº, pidiendole permi-
 »so para publicar una defensa semejante, con la idea
 »sin duda de preparar y despertar sentimtºs qe solo
 »pueden abrigar las almas dañadas y los corazones
 »corrompidos de los unitarios, á cuya inmunda lo-
 »gia, él siempre ha pertenecido.

.....

»En su virtud, y en pena de su descarada inso-
 »lencia, en el acto sobre raye pr su propia mano uno
 »pr uno todos los renglones de su atrevida solicitud.
 se le ordena lo sigte.

»Primº.—Que hasta nueva resolución Supºr., no
 »debe salir á más distancia de 20 cuadras de la Plaza
 »de la Victoria.

2º.—Que no debe ejercer oficio de Abogado, ni
 »hacer escrito algº de ningª laya pr más simple é ig-
 »nocente qe sea.

»3º.—Que no debe cargar la divisa Federal, ni
 »ponerse, ni usar en público ni en privado los Colores
 »Federales.

4º.—Que por cualquier infracción de los tres
 »primºs artículos, será paseado por las calles en un
 »Burro Celeste y castigado ademas según el tamaño
 »de la falta.

»5.º—Que si tratase de fugar del País, luego que sea sorprendido, será inmediatamente fusilado.

»(Firmado) J. M. R.» (1).

Guíanos, en el comentario, el propósito de demostrar que su psicología no está integrada por rasgos tales, que le conviertan en el más original de los tiranos.

Mansilla se refiere á esta aptitud de simulación. «Llorará á un perro, y ocultará lágrimas de duelo, porque no lo crean débil, humano.» (2).

Si todos sus biógrafos han coincidido en la apreciación de los capítulos esenciales de su contextura psíquica, ha escapado uno que pudo ser objeto de mayor estudio. Tocamos la cuestión de la neurosis.

Por primera providencia, la iconografía delata que en don Juan Manuel no se conocieron los estigmas morfológicos. Después del derrumbe de las teorías de Lombroso, que reposaban en estudios de la morfología degenerativa, los estigmas de tal especie no presentan más valor que el de indicios. No autorizan, por tanto, las anormalidades de conformación, á juzgar la tara psíquica del individuo; por lo menos, ellas no bastan como elementos de juicio. Bien pueden existir facies de degeneración en sujetos de espíritu soberbiamente equilibrado; y, en contrario, la ausencia de anormalidades, la armoniosa conforma-

(1) *Archivo General de la Nación*.—Archivo de Policía, Ordenes superiores.—Volumen 123, año 1840.—Documento núm. 29, en borrador, de puño y letra de Rosas. Existe otro original del mismo tenor, también de puño y letra, en el expediente de la muerte de Quiroga. Consérvase en el mismo Archivo, la solicitud del doctor Gamboa, testada palabra por palabra, de propia mano, como se le ordenara.—El documento transcrito, pone de relieve cuánta era la farsa del caudillo en la frase imprecatoria.

(2) *Ob. cit.*, pág. 32. Tanto los sentimientos egoístas como los altruistas, sirven de base á la simulación. En el primer caso se encontraba Rosas al simular indiferencia. Paulhan, *La Simulation dans le caractère*, Revue Philosophique, T. LIII, pág. 481.

ción física, son propias, á veces, de individuos afectados de degeneración moral.

¿Se encontraba Rosas en el segundo de los casos?

Ernesto Quesada, que escribió antes que el señor Ramos Mejía, sostiene la tesis del equilibrio mental en el Restaurador.

La teoría de la neurosis es, á su juicio, una excusa poco científica. Entiende que hay cobardía cívica en solucionar la cuestión, eximiéndole en absoluto de responsabilidad. La admisión de tal concepto implica, al modo de pensar del ilustrado publicista, adular irrespetuosamente á un pueblo, al pretender eximirlo, por ese medio, de la responsabilidad histórica que le corresponde como sustentador de su gobierno, pretextándose que ha sido víctima de un demente (1).

Muy loable es el empeño del autor precitado, pero su dialéctica adolece de un vicio. Da por demostrado, invocando una necesidad de orden histórico y político, lo que está por demostrarse. Quesada no prueba su aseveración. Ramos Mejía, cuya orientación científica le habilita para estudiar el caso, deja una impresión que no nos satisface por completo.

Encuentra un foco degenerativo: «Rosas tenía una insensibilidad que asombraba.» (Pág. 451, tomo II). ¿Era un loco moral? El problema queda envelado, aun después del hermoso esfuerzo del psicólogo del caudillo rojo.

Los sentimientos sociales y el llamado moral conviven en un relajamiento patológico. Aquel espíritu, formidable organizador del dolor, desconoció de un modo absoluto la simpatía y la noción de lo justo, elementos ambos de sociabilidad.

No sería de extrañar que, actuando en su alma impulsos contrarios á toda cohesión social, su en-

(1) «*La Epoca de Rosas*» (Págs. 83 y 137).

claustramiento cenobitario hallara en ellos una causa originaria. Explicaríase en nuestro concepto, del mismo modo, la vida agreste que llevó este vástago de una familia que, por su abolengo, tenía el derecho de la sede en la ciudad. Parece que la insociabilidad fué en la raza del dictador, una característica común. Da anuencia para suponerlo el mismo autor, cuando califica á Gervasio, de misántropo por temperamento. (Pág. 50, T. I).

Ramos Mejía admite que el Restaurador practicaba, como tirano que fué, una forma superior de delincuencia, que tuvo por objeto un pueblo, y por medio el delito colectivo. (Pág. 453, T. II).

Antes de ahora había asignado á la hipertrofia de la voluntad, según su decir, un valor preponderante. Aun cuando en alguna otra página exprese que ella es huérfana de poder inhibitorio moral suficiente, creemos interpretar el pensamiento del autor, al suponer que no se refiere á una abulia por exageración de la actividad ideo-motriz, esto es, superabundancia de impulsión.

Pensamos así, aun cuando, al observar los rastros de la herencia, nos dijera que la estirpe materna contaba en su historia con varios impulsivos. Rosas no destruye por propia mano, lo que equivale á decir, que el elemento reflexivo interviene con éxito. El abúlico por exaltación de la función volitiva, procede arrasando todo lo que fuere obstáculo á su propósito. Combínese el impulso desenfrenado con la insensibilidad moral, y el sujeto en quien ambas anomalías se conjuguen, actuará como tipo neto de criminal.

Pero, en nuestro dictador, los hechos demuestran que otra fué su fibra. En él, como en el caso que hemos citado, el acto volitivo no se constituyó á base de determinación y ejecución solamente. El primer momento del proceso de la voluntad, la deliberación, tiene cabida en su espíritu. Hay entonces inhibición,

poder frenador, desde que hay lucha de motivos y móviles. Pero, en cambio, en el debate no pesan ó pesan poco, los motivos morales. La inhibición actúa entonces en forma irregular.

Por más que esta interpretación que nos sugiere uno de los pensamientos del autor se aproxime á la realidad, deja incompleto el capítulo de la psicología morbosa del caudillo. Si él fué así, todos los caudillos provinciales estaban contaminados por aquella falta de ponderación moral.

¿La florescencia de la amoralidad tuvo entonces caracteres de una epidemia social? En otras palabras: ¿eran ellos conductores de muchedumbres criminales?

No puede afirmarse, contemplando los hechos, que en la época de Rosas se organizaran tales muchedumbres. Agrupaciones transitorias, que pasan con la rapidez de un bólido, dejando tras ellas una larga estela de excesos. Las hubo, sí, en los campos de batallas, cuando, después de la victoria al toque de degüello, la soldadesca federal ultimaba las víctimas. Recuérdense las hecatombes de Arroyo Grande, Jammallá, Pago Largo.

La sugestión criminal hizo llevar á cabo, además, actos de verdadero canibalismo. Después de Pago Largo, del dorso del General Beron de Astrada se sacó una lonja. Atrocidades semejantes sólo tienen parangón con los crímenes de los setembristas, que despedazaban á las víctimas, abriéndoles luego los vientres (1).

Bailly, citado por Rossi, narra que algunos soldados «se entretenían en ver cuál de ellos hundía» con más precisión la punta de la bayoneta en los «vidriosos ojos de los muertos que se hallaban tendidos en el suelo» (2).

(1) *Le Bon, Ob. cit.*, Pág. 193.

(2) *Psicología colectiva morbosa*, pág. 193.

Estos hechos obligan á pensar á los autores en la existencia de criminales ingénitos en los ejércitos, de que abundaron los de Rosas, si se recuerda que, en su tiempo, se condenaba al servicio de las armas á los delincuentes menores, que, á no dudarlo, jugaron el rol que les aconsejaba su naturaleza.

La Mazorca no revistió los caracteres de una muchedumbre. Ella tenía contextura orgánica y homogénea. Su función criminal no pudo ser el resultado de la sugestión, el factor motor de la muchedumbre, sino del mandato y del propósito político preconcebido.

¿La montonera fué una muchedumbre criminal?

Cuestiones son éstas que encierran el misterio de las neurosis de los caudillos. ¿Acaso el bastardeamiento de la raza hispana, por la adición de la sangre india y negra, despertó los atavismos de la horda? El tirano se encontraría fuera del supuesto, á estar á las investigaciones de sus biógrafos, que le atribuyen una filiación de prosapia perilustre. Punto es este último que no se discute; pero ya que ello se afirma, púdose estudiar la acción pública y la psicología de los abuelos que quedaron en la Península. Este antecedente era imprescindible para fundar una acertada interpretación de la personalidad neuropática del autócrata.

Exigimos mucho, bien se nos alcanza. Mansilla y las tradiciones de la familia ayudan al autor en sus planes de investigación. Suponemos perfectamente saneadas las informaciones que son base de su concepto. Ramos Mejía las expone y las analiza con maestría que nadie puede discutirle. El tipo resultante, á semejanza de las extravagancias de los antepasados que se recuerdan, no sería el personaje que creó el despotismo más sangriento que recuerda

la historia, sin duda alguna. Con las noticias que proporciona Mansilla construiríamos, «tercos», «impulsivos», «maniáticos», y «estrafalarios», «misántropos», «suicidas», suficiente bagaje degenerativo para armar caballero de cualquier vesania á un postre vástago. (Pág. 64, T. I).

El rasgo que acentúa trágicamente la idiosincrasia de don Juan Manuel, no se halla en la enumeración.

De los enunciados, el estigma degenerativo de mayor trascendencia es el suicidio. No habiendo hallado el autor al loco moral ó criminal nato, que tal vez fué la preocupación primordial de su investigación, trata de vincular el crimen y el suicidio: «las relaciones deben ser estrechas y hasta parecen confundirse en la locura.» (Pág. 67, T. I).

El eslabón de la cadena, que une á Rosas con su pasado hereditario, es el punto difícil y vulnerable. La frase transcripta, muestra al autor ensayando una teoría con el objeto de llenar la laguna.

Bien es verdad, como ya lo demostrara Morel, que el suicidio, la hipocondría, la impulsión irresistible, y las demás psicosis, son frases de un solo y único proceso morboso, la degeneración, contrariamente á lo que sostuvieron antiguos alienistas cuando consideraban todos esos estados como entidades distintas. Han sido aquellos fenómenos, agrupados bajo el título de locura hereditaria, bien discutidos, por cierto (1).

Pero este pensamiento de Morel no puede escudar una investigación que fué menester realizar por otros medios más eficaces y científicos que los usados.

El misantropismo de Rosas es una androfobia, un odio al género humano. Ramos Mejía ha puesto de manifiesto ese afán de anular el mérito ajeno por

(1) Citado por Ribot, en *La Herencia psicológica*, pág. 138.

simple prurito destructor (1). Los sentimientos anti-sociales son los que mejor recortan su perfil moral. Por ello se enclaustró y se hizo hosco en sus afectos familiares. Permitió que el bandidaje que hacía coro á la tiranía, marcara á su hermano Gervasio con una tremenda injuria. Cita Ramos Mejía el brindis del coronel Salomón, que fué un espumajo de insolencia maculante del honor de la familia. Aquel sujeto aseguró que *estaba autorizado* para declarar que Gervasio no era hijo de don León Ortiz de Rosas y Cuadra, sino un *injerto espúreo* de un oscuro portugués Aicardo. De ahí el mote de Gervasio Cardo (2).

Lo que pudiéramos llamar cromomanía de lo rojo, que el señor Ernesto Quesada supone ser un expediente destinado á producir la nivelación de los sentimientos é ideas, conforme á su capricho político (3), representa en el cuadro del psiquismo del tirano, un papel singular.

Todos los despotismos tienen su divisa. Los más groseros optan por el color como medio de representación de un concepto, cuyo significado no comprenden.

La idea federal era el color rojo. Con él se llegaba á sintetizar una filosofía política que nunca se fundó. Pero nada de esto explica la pasión obsesio-

(1) Los deudos del General Juan Ramón Balcarce, solicitaron licencia al Restaurador para sepultar en el cementerio de la Recoleta su cadáver, que conducían desde Entre Ríos. Hubo necesidad de hacer cinco ó más solicitudes, pues don Juan Manuel las devolvía con la anotación «venga en forma». Los interesados suprimieron en el petitorio el título de Brigadier General, en el supuesto de que su enunciación molestaba al Gobernador. No siendo ello suficiente, optaron por interesar á Manuelita, cuya acreditada bondad era la última instancia de todas las desesperaciones. Ella les hizo saber, que su padre deseaba se solicitara permiso para inhumar el cadáver de *Juan Ramón*. Resolvió éste la solicitud, como si el general Balcarce hubiese sido un esclavo sin apellido. La burla póstuma.—Referencia del señor Héctor de Elía.

(2) El subrayado es obra del autor. (Pág. 52, T. I). Todo esto ocurría, porque Gervasio dejaba decir que estaba comprometido en la revolución de 1839.

(3) *Ob. cit.*, pág. 73.

nante que dominara al tirano en todas sus horas. Perdona al salvaje unitario la injuria contra su persona, mas nunca el quebrantamiento de la reglamentación monocromática. El uso de una faja celeste ó verde se tenía por mayor pecado que un delito (1).

En vísperas de Caseros, el teniente coronel Nicasio Biedma, fué llamado por el Restaurador á Santos Lugares, en plena media noche. Quiero—díjole, —que usted me construya un sistema de señales para poder mover el ejército.

El militar aludido, puesto en el conflicto de tener que combinar colores, no hallaba modo eficaz de hacerlo, sino á riesgo de usar el azul y el verde.

La cromofobia del tirano por estos dos colores, había dado por resultado el destierro de ellos en la ciudad. Así fué, que el comandante Biedma se vió en la necesidad de adquirir en Montevideo la lanilla correspondiente.

Construído el sistema, Rosas presenció la primera experiencia y, al izarse el color azul, tuvo frases de contrariedad. Retiróse malhumorado, abandonando la idea de aplicar tales señales en su ejército (2).

Prueba el incidente, á nuestro juicio, que ya no era un pretexto político la abominación del color azul, sino una verdadera obsesión.

Esta monocromomanía, acéptese el vocablo, que

(1) Muchas órdenes de libertad de puño y letra del Restaurador, como las siguientes, figuran en el Archivo de Policía: en libertad á Juan Vidal, á Celestino Cormanal, prisioneros hechos al salvaje unitario Lavalle; en libertad la ciudad por cárcel en su casa, á Carlos Ogorman, preso por el coronel Ciriaco Cuitiño por hablar contra la Ilustre persona del Restaurador de las Leyes, órdenes que hemos leído en la lista de presos que figura en el volumen 122, año 1840, agregada al documento núm. 27.—*Archivo General de la Nación*. Perdona el tirano el delito de armarse contra él en alguna ocasión, pero nunca tiene misericordia para quien usa el celeste aún en forma inocente.

(2) La misma lanilla azul desechada, fué la que sirvió para hacer la primera bandera argentina que tremoló en Buenos Aires, en casa del señor Angel Estrada, después del triunfo de Caseros.—Referencia de nuestro erudito en historia, señor. José Juan Biedma.

pinta la situación real, atrae la mirada del señor Ramos Mejía, en la relación que pudiera tener con la neurosis del autócrata. Ella es una expresión de su herencia neuropática—dice el psicólogo, citando á Ribot y Ballet,—un curioso fenómeno de «individuación coloreada» en virtud de la cual, ciertas personas caracterizan sentimientos é ideas por medio de colores, así como las condiciones morales de los hombres. (Pág. 343, T. I).

La singularidad de la fisonomía moral y política de nuestro caudillo, ha proporcionado ocasiones para que sus biógrafos establezcan paralelos. ¿Quién, como Ramos Mejía, que lo encuentra hecho á la medida de San Ignacio de Loyola? El punto de contacto sería la prepotencia de la voluntad, que en ambos casos construye un sistema de rígida disciplina. La relación es unilateral, según se colige de lo expuesto.

El parentesco de ambas figuras reside en un fondo de común psicología. En el alma de Loyola se había entallado en facetas indestructibles aquel tipo peninsular que cayó sobre América como fruto de una tempestad que vomitara lanzas y sables. El conquistador dormía en Rosas.

A nuestra opinión, tal similitud de psicología fúndase, pues, en la identidad del rasgo español dominante en los siglos de la conquista. Remoto parentesco.

El señor Quesada, que ha escrito una obra de valimiento, presenta dos símiles: Luis XI y Felipe II. Con ambos modelos, nos enseña cuáles fueron las semejanzas en el orden de los medios políticos puestos en ejecución. La astucia gauchesca del tirano americano, es asimilada á la política ajesuitada del adversario de aquel formidable príncipe feudal, que llamóse, por buen mote, Carlos el Temerario. Luego viene á sus ojos la imagen del Austria y piensa, al contemplarla, que las dos tallas son iguales. Nos habla del déspota hispano en lo político y en lo

administrativo. En ambos capítulos, el Restaurador es fiel trasunto.

En éste, como en el caso de Luis el onceno, Quesada prescinde de rasgos capitales de los sujetos en parangón.

Felipe tuvo el talento que le faltó al dictador. Bien saneada, le venía esta virtud por cuna. Su padre Carlos V, reunió el genio y las excentricidades de la raza: heredó el valor de Carlos el Temerario, la astucia de Fernando el Católico, y de su madre Juana la Loca, la neurosis.

Rosas no fué un melancólico del tipo de Felipe, ni éste tuvo la amoralidad de aquél.

Mansilla nos recuerda á Cronwell, para desechar luego el parangón, al apercibirse de que faltan en el tirano las aptitudes del revolucionario de 1648, aquellas aptitudes del «hombre de acción».

Se ha hablado de Nerón. Como metáfora sólo puede admitirse el paralelo. No hay dos personajes más diferentes. Nerón era un loco, á estar á la información psiquiátrica.

Fué el último vástago de una estirpe estigmatizada por las uniones consanguíneas. La *gens* Claudia y la *gens* Julia se unieron para arrojar al mundo á Tiberio, afectado de delirio de las persecuciones en su senectud; á Calígula epiléptico y alucinado; á Claudio de imbecilidad notoria, muerto á manos de su mujer y sobrina Agripina, hermana de Calígula y madre de Nerón, que á su vez acabó con ella, con Británico y con su esposa Octavia, hijos de Claudio.

En este César, más que en tirano alguno, el histriónismo fué una función omnipotente. Sublevado Galba, hizo vestir á sus mujeres de amazonas, con peltas, hachas y los cabellos cortados al rape. Luego se viste de lujo para conmovèr al pueblo (1). Momentos antes de aprestarse al suicidio impuesto por

(1) Renán, *El Anticristo*.

las circunstancias, sus labios están llenos de frases teatrales. La degeneración tocó todos los confines (1).

El asesinato de su madre y de Británico, no le amargaron el espíritu con ningún recuerdo lancinante. Así se explican aquellas orgías de sangre del Coliseo, de que eran fúnebres actores los cristianos.

Esta fué la estela sangrienta de su reinado. Nerón no apeló al terror por medio del vampirismo; de ahí que la sociedad de su época no conociera las escenas lúgubres de cadáveres decapitados, desmembrados y castrados, ni las hecatombes de prisioneros y heridos en los combates (2).

A esta altura del paralelo, puédesse extraer la consecuencia. Pensamos que es impropio parangonar figuras históricas. La utilidad que pudiera arrojar un estudio así comparativo, es ajena á todo interés científico. Si se preconiza como método, ninguno más inicuo que él.

Hemos evocado al trágico César con un solo prurito, y ha sido él, mostrar que, siendo su degenera-

(1) «No le faltó otra cosa por cometer para calificarse por el más abominable de todos los hombres, que la que hizo pocos días después casándose públicamente en calidad de mujer con uno de aquel nefando rebaño, llamado Pitágoras, y usando de todas las solemnidades y ceremonias que se suelen hacer en los casamientos.» Tácito, *Anales*, trad. Coloma, T. II, pág. 255.—Las impulsiones cróticas de Nerón, el uranismo ú homosexualidad en este caso, fueron comunes á los individuos de su familia. Su madre Agripina, no halló medio más honesto para separarle de la afectación de la esclava Acte—dice Tácito,—que ofrecerle su propia cámara y su mismo regazo para encubrirle los apetitos de su juventud. Pág. 112.

(2) La cabeza del coronel Castelli, degollado en la revolución de 1839, figuró por largo tiempo en la plaza de Dolores.

En la batalla de Arroyo Grande, «al coronel Henestrosa, después de haberle cortado las orejas y dádole tajos profundos en la carne, lo castraron vivo; en seguida lo mataron á bayonetazos, y después de muerto le sacaron una larga tira de la piel del cuerpo. El mayor don Estanislao Alonso fué muerto á palos, y el de igual clase don Jacinto Castillo; el capitán don Augusto Martínez y el alférez don Luis Lavagra, á golpes de sable. El teniente Arismendi fué castrado y seguidamente degollado. El teniente Acosta fué desollado vivo.» *Memorias del general César Díaz*, pág. 103. A los prisioneros del Quebracho, San Calá, Rodeo del Medio, se les obligaba á sacar raíces de árboles con las uñas; y mantúvoseles á la intemperie por orden del dictador. (Declaración del doctor Mariano Beracocha,

ción un caso extremo, la época suya fué menos criminosa que la rosista.

Es indudable entonces, que fuera de la personalidad de nuestro tirano, actuaban elementos crimi-nógenos. Así aquellos que estallaron después de las victorias sobre los campos de batallas.

El problema de su etiología queda en pie. Acasc los atavismos de las razas india y negra despertaran en el mestizo instintos destructivos, estimulados por la herencia legada por el conquistador hispano, que adobó su fiereza é impiedad en las guerras religiosas y políticas de la monarquía absoluta. Como simple antecedente tengamos en memoria los ajusticiamientos del Tribunal de la Sangre en los Países Bajos, presidido por aquel caballero castellano que se llamó Duque de Alba (1).

Robustecen la sospecha los estudios hechos sobre la composición étnica de la sociedad argentina en tiempo colonial. Por vía de ejemplo, se dirá «que la ciudad de Buenos Aires contaba, en 1770, diez y seis mil habitantes, de los cuales eran españoles, veni-

oficial de la secretaría de Rosas.) La cabeza del degollado Miguel Llané se colocó en la pirámide de la Victoria. (Declaración de don Benjamín Victoria, Jefe de Policía de Rosas.) Al señor Lucas González le cortaron á cuchillo la piel de la barba el 1.º de octubre de 1840, por usarla á la moda unitaria. El coronel Mariano Maza en parte publicado en la Gaceta Mercantil, núm. 5483, comunica que ha hecho colocar sobre elevadas estacas en la plaza de la ciudad de Catamarca, las cabezas del comandante general Espeche, la de los ministros Dulce y González, y á sus pies una pirámide de seiscientas cabezas pertenecientes á los demás prisioneros. El comandante del Fuerte Argentino, manda al tirano la cabeza del salvaje unitario Domingo Rodríguez bien acondicionada en vinagre y en aserrín.—Correspondencia de Rosas. (*Archivo General de la Nación*).—«Que se cuelgue en un palo el brazo derecho del individuo fusilado Manuel Gu-tierrez», «que las cabezas de los ejecutados Florentino Cubillas, Manuel Antonio Rodríguez y Benito Borda, sean colocadas á la orilla del camino.» Ordenes de puño y letra de Rosas. (*Archivo General de la Nación*, *Archivo de Policía*, Libro 105, Ordenes Superiores, año 1838, orden n.º 2, y Libro 183, Ordenes Superiores, año 1840, orden n.º 5, respectivamente. Citas del autor con indicación de fuente, al detalle por parte nuestra en los últimos casos).

(1) El señor Emilio Sehart se ha especializado en el estudio de estos problemas, que él llama de moral y de historia. «*España fuera de España*». Los Borgia. Artículo publicado en *La España moderna*, tomo 240.

«dos de Europa, mil ; tres ó cuatro mil criollos, de
 «padres españoles, y los once mil restantes, mulatos,
 «mestizos y negros» (1).

Sarmiento ayer, y en el presente el señor Lucas Ayarragaray, han cultivado la tesis del Conde de Gobineau, recogida por los antropólogos modernos.

El famoso autor de *Facundo*, piensa que la mezcla de sangres nos llenó de barbarie (2). Ayarragaray atribuye á la misma causa las instituciones políticas degeneradas y el atavismo moral de que se ha hecho mención (3).

Rosas, rubio, de cutis lacteolado, como un visigodo, representaba la vieja estirpe del conquistador. De la fusión de ambas linfas, bajo un ambiente turbionesco, nació la era trágica argentina : la caudillocracia, gobierno patriarcal, por su simplicidad de resortes y por la tendencia de gobernar con el pasado.

El tirano ejerció la tutela de su pueblo, en lo público y en lo privado. Así se explica su oposición al florecimiento de todo impulso económico que no fuese conocido. Alguna vez se hizo en la ciudad un acopio de trigo, y el Restaurador, quizá para impedir el alza de los precios, ordenó una investigación de los nombres de los autores, con el propósito de castigarlos severamente. Respecto de la tendencia al retroceso de la autocracia, baste reproducir algunas de las citas del autor : suprimió colegios, asilos, la Universidad, y el rubro del presupuesto destinado á costear los gastos de la distribución de la vacuna.

El patriarcalismo es, en nuestro concepto, la fuerte orientación de la tiranía, lo que equivale á decir, absorción y dominio de la vida pública y privada por una sola voluntad.

Veráse en la evolución política posterior de la

(1) Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas en América*, Tomo XXXVII de las obras, pág. 73.

(2) *Ob. cit.*, T. XXXVIII de las obras, pág. 420.

(3) *La Anarquía argentina y el caudillismo*, pág. 281.

República, la transformación del patriarcalismo, al escapar la vida privada de la tutela del gobernante. Entonces entra en escena el unipersonalismo político, característica de la vida pública argentina, que arranca de 1880, cuyo concepto se desarrolla en otras páginas de este libro.



El primer pensamiento que nos sugiere la lectura el estudio de obra tan vasta como «Rosas y su tiempo», no puede estar lejano del ditirambo. Tema tan complejo, y abordado con prioridad por otros escritores, en volúmenes compactos y simples monografías, ofrecía para él empeñoso autor dificultades de todo género, que el ha salvado con perseverancia y amor. Bien se merece la palma.

Si fuera posible condensar en una frase todo un juicio, diríamos que Ramos Mejía planea mucho, para concretar poco. Su obra es de gran análisis. Pese á este mérito inaquilatable de su labor, no nos proporciona el tipo del tirano que tuvo en mira reconstruir, «el más original».

Háse visto que la psicología del dictador es la común de todos los mandones, salvo las peculiaridades gauchescas de que le vistió el ambiente. Voluntad en exceso para imponerse y perseverar sin dudas en la acción; ausencia de sentimiento moral y de sentimientos sociales, añadimos nosotros; riqueza de la aptitud de simulación, que á su vez pone en mano los elementos indispensables para adaptarse á las tendencias dominantes del ambiente, sin perder de vista ninguna faceta; el histrionismo, ó sentimiento de lo bufo, de que están dotados estos grandes trágicos de los dramas del dolor colectivo; la soberbia, que legaliza á ojos suyos la obra que rea-

lizan, convenciéndoles á cada instante de la misión predestinada que desempeñan ; la astucia, que conjura el complot de los acontecimientos, todo ello, y demás rasgos secundarios que nos escapan, se aúna en el alma de los déspotas, con mayor ó menor desarrollo de una ú otra aptitud.

Condiciones de segundo plano fueron su plebismo y la guaranguería, que prestaron tan típica fisonomía á los menores actos de su gobierno. Pero ellas no formaban parte del acervo personal del Restaurador. La tendencia dominante portecía las contaba entre sus más importantes capítulos.

Ramos Mejía ha sido poco afortunado, al dar á la estampa obra que tenía gestada de tiempo atrás, después de los ensayos de Quesada y Mansilla. Este último escritor aportó un serio esfuerzo en pro de la identificación de la época y de su personaje. A pesar de los bríos científicos con que se aprestaba á realizar la ímproba tarea en el prólogo, cae en un empirismo desconcertador. En pasajes y más pasajes, confirma su intención de aplicar un criterio histórico-psicológico, según el tenor de palabras suyas, pero el esfuerzo rendido no se traduce, dentro del desaliño literario, en concepto de ciencia.

Ha tenido el talento de plantear el problema, sin hallarle solución. Es por ello que, dentro de las reducidas proporciones de su obra, nos dijo casi tanto como Ramos Mejía, del carácter de la época y de la personalidad del tirano. De ahí, que hayamos reproducido algunos de sus juicios.

Mansilla se había impuesto, á su decir, un criterio filosófico : «no hay tiranos sin pueblo á la espalda pensando como el tirano mismo, sintiendo, anhelando y queriendo como él» (1).

Exacto. La uniformidad psicológica entre el mandón y su pueblo hace decir en la expresión usual,

(1) *Ob. cit.*, pág. XV.

que Rosas fué fruto de su época. ¿Cómo? La explica Mansilla, describiendo el ambiente, y pintando al tirano. ¿Por qué? He aquí á Hamlet delante de su problema. Mansilla sabe el *cómo*, pero nó el *por qué* de aquel estado social. Su conocimiento es empírico, no científico, entonces.

El autor de «Rosas» no ha hecho uso del método adecuado á la índole del estudio.

Mentalidad tan bien organizada como la de Ernesto Quesada, esterilizó sus esfuerzos, al adicionar á su alegato una buena parte de sentimiento entusiasta. El libro suyo contiene frases de vindicación que mal advienen á la serenidad que reclaman esta clase de estudios. Señalóse en páginas precedentes el vicio de lógica que invalida en cierto modo la tesis de «La época de Rosas».

Quesada habla del tirano como de una consecuencia forzosa de su tiempo. No va más allá en el sondeo social. Dentro de las exigencias del tema, es empírico, y más aún, cuando rechaza la imputación del estigma degenerativo en el Restaurador. ¿Qué causas eficientes alimentaron la montonera y el paroxismo criminoso de la tiranía?

Por fin, Ramos Mejía, si presenta los hechos con los matices que aquellos dos escritores supieron hallar, extrae conclusiones de mejor cuño científico. Desde luego aventaja á Mansilla y Quesada en el análisis psicológico. En esa forma ha integrado la personalidad de nuestro caudillo rojo, con maestría suma, aun cuando no comprobara la premisa que tuvo en vista, detalle secundario á los fines de la obra.

El ambiente físico, factor olvidado por los pensadores primeramente citados, mereció de su parte una investigación prolija. Las consecuencias que obtuviera por medio de tales disciplinas, llevaron al autor á fijar conceptos hiperbólicos. El hiperbolismo es un defecto frecuente en él, sobre todo cuando aban-

dona la seriedad científica por la ligereza literaria. Las páginas dedicadas á Quiroga son ejemplos de ello: «Su barba adusta se parecía á las almas inmensas y lozanas que pasean los canales de la Tierra del Fuego, enredando en sus raíces complicadas un mundo variado de extraña animalidad... ¿No tenía Facundo Quiroga algunas veces, muchas veces, la desolación de esos paisajes aridísimos de la costa patagónica, las luces vivideras y de raros reflejos difundidas en aquellos parajes por el sol al atravesar la niebla y reflejarse sobre el cielo azulado de la montaña cubierta de eterna blancura?» (Pág. 112, T. I). La metáfora llena una página y media. Si con ella gana una estética sin finalidad alguna, pierde la ciencia un concepto que debió fijarse con los elementos que ella proporciona. Así hubiéramos querido el retrato de Quiroga.

Repetimos, la excesiva importancia que concede al factor geográfico llévale á preconizar una *casualidad forzada*, esto es, atribuye efectos, á causas que no actuaron en el sentido que indica, ó que, si actuaron, lo hicieron de modo incompleto.

La tiranía se aclimató en la América, adquiriendo savias nuevas, tanto en el país del trópico, en el templado, como en el llano y montañoso. Fué en todos ellos uniforme la indigente cultura colonial; y entramos, con esta consideración, al examen del medio social, que ha sido objeto de pacientes investigaciones por parte del autor.

¿Es la incultura el foco originario del despotismo? No autoriza á suponerlo la narración histórica. La tiranía tuvo auge, aun en civilizaciones florecientes. En Roma apareció después de los denominados tipos puros de gobierno, como una forma patológica, que así se la ha clasificado desde Aristóteles á Bluntschli.

No es la tiranía, de acuerdo con lo que se ha dicho, una expresión fatal de la incultura política.

El autor, que, al ocuparse del ambiente social, pinta y describe con preferencia el exceso de la pasión y del instinto, apoya su tesis en muy pocos puntales. Olvidó el contingente que pudo aportarle el materialismo histórico y el método antropológico. La nueva raza americana, fruto del descastamiento de la sangre española al contacto con la indígena y la negra, resumiendo así dos civilizaciones de distinto grado, actuó en el escenario, de una manera propia. Mucha parte de la acusación del fenómeno tócale en lote. No de otro modo, explícate que la tiranía y el caudillismo, que es su primera etapa, coexistieran en diferentes países americanos, con la peculiaridad de que en todos ellos, la circulación y distribución de la riqueza se hacía en condiciones de primitiva irregularidad.

Ha visto en el caballo el autor, un elemento cooperante de la montonera. «El caballo cimarrón» fué, á ese respecto, un insinuante inspirador del «gaucho estratega.» (Pág. 92, T. I). Así opinó también Sarmiento.

El caudillismo surgía de las patas de los caballos ; á su juicio, el caballo, tanto en la Argentina como en Venezuela—é hizo olvido del Uruguay,—puso en contacto poblaciones diferentes, contribuyendo de ese modo á la transformación de sus sangres. «La influencia del caballo ha sido tal, que en los países que no lo poseen en abundancia, como en Bolivia y en el Ecuador, las indiadas conservan su carácter secular.» Agrega que las masas de mestizos á caballo, ejercieron en nuestro país la más violenta acción contra la civilización colonial (guerra de la independencia) y las instituciones de origen europeo (federación caudillista) (1).

(1) *Conflicto y armonías de las razas en América*, T. XXXVII de las obras, págs. 285 y 286. La experiencia ha enseñado á los gobernantes uruguayos, que el medio de hacer abortar una revolución se obtiene efectuando una requisa de todas las caballadas del país.

De ahí que el enlace de la raza peninsular con la indígena, ofreciera en América diversos aspectos históricos. Por virtud de la utilización del caballo, el mestizo argentino y uruguayo actuaron con peculiaridades que no registran los anales de Chile, del Paraguay, ponemos por ejemplo.

Rosas sin el caballo, no hubiera realizado las proezas gauchas que, según Ramos Mejía, constituyeron la base de su prestigio en las campañas; y que fué dilatándose por todos los confines, merced á ese medio de comunicación que solidariza á los habitantes de las pampas.

Esta laguna de la obra nos autoriza á opinar que su información científica es incompleta.

*
* *

Escritas las consideraciones críticas anteriores, poco habría que añadir, si el autor no se hubiera propuesto otro fin que el científico. Parece que entre sus cultos figura el de la estética pura. Así nos lo hace presumir el esfuerzo literario que se observa en demasía en su notable libro.

Hacer estilo en ciencia, vale lo mismo que pecar por ausencia de concisión y claridad, graves defectos, que empañan todo el valer de un concepto.

La falta de desapego por el efecto artístico anubla el sentido de muchas páginas. A ello cooperan las imágenes que recargan la narración, tal, aquella extensa metáfora que trata de reproducir el perfil moral de Quiroga; y las descripciones novelescas, que le conducen á aceptar conceptos hiperbólicos.

El autor da venia para hablar de sus condiciones artísticas, puesto que entre sus propósitos parece haber figurado el de realizar una obra de arte.

Excusémosle de su afán por la metáfora, en res-

peto al amor por la belleza que trasciende en toda su obra, con igual tesón y entusiasmo. Su estilo, claro, fluido, de buena vena lexicográfica, si no se mantiene siempre á igual altura, encuentra momentos felices, y entonces rememora la escena sin pérdida de detalle alguno. Mucha espontaneidad y realismo de buen cuño hay en el fragmento que describe el carnaval de Rosas :

«Las mujeres arremangábanse las polleras, el
 »cabello iba á la espalda con caluroso garbo y empe-
 »zaba el torneo. El agua corría á mares ; abalanzá-
 »banse á los carros, enardecidas por las flagelaciones
 »del agua y el bárbaro y obsceno entrevero se hacía
 »general. Todo contribuía á estimular rabiosamen-
 »te los más bajos deseos : los pechos rumbosos de las
 »jóvenes, las caderas y los muslos proyectando sus
 »formas sobre los sentidos á cada instante más voraces ;
 »porque el agua pegaba la ropa ligera al cuerpo,
 »desnudándolo con cierto descuido de insolente im-
 »pudor. La carne mirada así, parecía palpitar con
 »más luz bajo el fresco manto de agua. Caían al suelo
 »rodando entre el barro de los charcos, precipitá-
 »banse vereda abajo, medio asfixiadas por aquel dilu-
 »vio incesante ó en brazos de hombrones musculosos,
 »embriagados por el olor de su cuerpo y de su aliento,
 »iban á la tina á recibir el baño final que indicaba la
 »capitulación.» (Pág. 224, T. I).

No está sugerido el cuadro con primor, porque esta virtud no la reclama el estilo de Ramos Mejía ; mas su frase mórbida y pintoresca evoca el borbollón de la sensualidad que humedece el labio y la mirada.



La palabra definitiva no ha de ser sino ditirámbica. «Rosas y su tiempo», es una condensación so-

berbia de nuestro pasado trágico; y el autor que pudo realizar tal síntesis, y exponer á base de ella, su significación sociológica, ha escrito uno de los capítulos de la filosofía de nuestra historia.

Queda, empero, por construirse una generalización: ¿fué de evolución social ó de revolución social la época del populicida argentino?

Alguien pondrá la mano sobre el problema, y no hemos de ser nosotros los últimos.

LA ESPAÑA DEL CREDO Y DE LA CONQUISTA

Nos la muestra el señor Enrique Larretá en su valioso libro «La Gloria de don Ramiro»; la España adusta y grave, que sembró el Nuevo Mundo de hombres amargados por las miserias de luengas guerras y el ardor del fanatismo religioso.

Subraya el autor el título con las palabras «*Una vida en tiempos de Felipe segundo*». Si su ánimo fué prestar relieve biográfico á la obra, el resultado sobrepujó á la intención. Más que un estudio individualista, es la novela del señor Larreta una etografía, al abrazar, en todos sus horizontes, la órbita de una época, de una etapa social en plena florescencia.

Dijimos novela. Antes de formalizar la apreciación crítica, dos palabras explicativas de nuestro sentir sobre el caso.

El vocablo novela, que tan en boga se puso en todas las literaturas desde los tiempos de Longo y Heliodoro, para denominar la narración de aventuras y poemas pastorales en prosa, ha perdido su primera acepción en las presentes épocas. Al sufrir el género bruscas transformaciones, asumió formas nuevas y diferenciadas, penetrando, merced á la información científica, en horizontes que antaño no se columbraban, así fuera corta ó larga la visual del novelador.

Cuando Zola completó la obra de Balzac, buscando la consolidación de una fórmula nueva que él ape-

llidó «*Novela Experimental*», no hizo sino tomar una orientación al amparo é influjo de los métodos científicos contemporáneos. Si su estrecho concepto estético fué erróneo, si lo verdadero no constituye siempre lo bello, son consideraciones ajenas á nuestro punto de vista actual.

Baste comprobar que la palabra novela es una denominación histórica como lo es epopeya ó tragedia, en sus acepciones genéricas. Nadie osaría escribir epopeyas en los días que corren. Género en boga en la infancia de los pueblos, no es de posible revivificación. Las pasiones truculentas, los sentimientos religiosos barbarizados por los secretos y misterios, que ofrecía el panorama de la naturaleza al hombre primitivo, dando origen al mito y al antropomorfismo, quedaron sepultados, con el recuerdo de los evos desaparecidos, en la lejanía de los tiempos.

Cuadra entonces descartar esa denominación; la lengua castellana que tiene innúmeros surtidores, nos brinda el vocablo apropiado, para designar el estudio del hombre y de su medio. En fórmula simple, la novela actual, es la descripción de aquellos sentimientos de los hombres, que condensan el modo de sentir más general de la sociedad en que viven. Comprende, pues, la consideración del sujeto y la de su ambiente.

Zola quería el análisis. Pero en literatura el análisis siempre será empírico. El análisis de los sentimientos no es otra cosa que la psicología de ellos, rol reservado al psicólogo. Nunca hemos leído alguno de los análisis preconizados por la falange post-zolista. Empecemos y terminemos por decir, que jamás vimos emplear la terminología psicológica, propia de los estudios del espíritu humano.

En arte, pues, se describe, se expone. La descripción de los sentimientos que constituyen la tela de la llamada novela, es la etopea, voz en nuestro concepto de estricta acepción.

No obstante, reconocemos la necesidad que existe de usar la denominación tradicional, en las portadas de los libros.

Nuestras observaciones rezan con la crítica.



Por poco que se extreme la lectura de «La Gloria de don Ramiro», distinguirse, claro y nítido, el espíritu de un ciclo de la historia hispana. Es verdad añeja, que España realizó la cruzada en propios lares. El príncipe moruno mantuvo su pendón hasta el reinado de Isabel la Católica.

Este matiz religioso encuentra su reflejo en el libro de Larreta. Veráse el conflicto entre el dogma mahometano y el católico, exacerbando el misticismo, á punto de convertirlo en preocupación dominante y único norte y guía de la raza. El Medio Evo español perduraba aún, cuando otros en pueblos europeos iniciábase la evolución religiosa, tras haberse visto atormentados por aquel largo período de maceramiento monástico. Lutero había agitado su dogma, en tiempos en que el torvo Felipe II soñaba con despertamientos sarracenos. Conjugábanse con las creencias cristianas, como para acentuar con mayor vigor el tinte de la época, las demás supersticiones ambientes. La brujería, los hechizos, la alquimia, nutrían los fanatismos menores; y se aunaba á aquel concierto la falsa devoción del árabe converso, que urdía la trama de su redención, el volver al poderío de los abuelos, abandonando las aljamas para trepar á los azulejos de las cupuladas mezcuitas.

Todo era creencia. El orar constituía la labor más frecuente. Así, en el crepúsculo de una calleja: «Un

»viejo sentado á una ventana, con la sien pegada á la »reja, miraba al cielo rezando su rosario. En otra ven- »tana, sin luz, era una joven la que rezaba. Su rostro »tomaba el tinte ceniciento de la hora y su pupila fos- »forecía de un modo extraño.» (Pág. 90).

El flujo religioso clavaba las almas á una cruz y en un enorme abrazo, comprendía á la nación entera, vinculándose á su pasado, á la hora presente y multiplicando la fe en el porvenir de la raza. En medio de aquel teísmo pasional, se observan todas las formas de la psicología mórbida del sentimiento religioso. El eremita se envuelve en su humildad, abandonando al cilicio y á las maceraciones la tarea de sofocar la menor crispación del orgullo. Pone así la histeria en su alma, el estigmato de la melancolía y el suplicio de cavilar sobre la mentida miseria de la vida.

En eso consistía la santinomia de la época. Llevar el espíritu sombreado por el terror, y el sentimiento burbujeante de ternura y de amor celestial.

Los temperamentos pasivos, los sensitivos puros, buscaban así en la soledad y en el arrobamiento, la paz de sus largas tristezas, al tanto que los fuertes se erguían atenaceados por psicosis ruidosas, pensando en la propia liberación sin abatimientos. Los hallaba prevenidos á la defensa, la demonomanía con su cortejo de alucinaciones. Satán se encarnaba doquier, torciendo bondades y preparando horribles venganzas del dios de aquella sociedad, aquejada del temor al misterio de ultratumba; y las almas castellanas duras y rectas como una vara de acero, reservaban el valor que pudo crear la proeza soldadesca, para combatir al gran enemigo.

El autor refiere tales alucinaciones: «Noche y »día rondaba el Tentador en torno de su alma. Á »veces, en las horas de estudio, el canónigo creía per- »cibir una ala membranosa y repugnante que aven- »taba las cenizas del brasero, que se chamuscaba en

»la llama del candil, que volteaba de un golpe el re-
 »loj de arena sobre sus escritos. Pero era, sobre todo,
 »durante la noche, en el lecho, antes de dormirse,
 »cuando el lectoral libraba sus combates acerbos. Un
 »mismo súcubo, terrible de sedosidad y de hermosu-
 »ra, se deslizaba junto á él, bajo las mantas, hacién-
 »dole correr por sus carnes un goce diabólico, un lar-
 »go contacto odioso y dulcísimo que los rezos con-
 »tinuados no lograban desvanecer.

.

»¡ Qué batallas, qué luchas aquéllas ! Mientras el
 »espíritu clamaba de horror, la carne traidora se refo-
 »cilaba en un baño de deleite. Arrojábase entonces
 »al suelo, y descolgando las disciplinas, se castigaba
 »con ellas hasta quedar cubierto de sangre como el
 »Señor en la columna.» (Págs. 72 y 73).

Y tenía persistencia la idea fija : «Era una pera
 »de las que llaman calabaciles por su doble turgen-
 »cia. De pronto, al hincar su mordedura en la parte
 »más gruesa, hizo un gesto espantoso y arrojó la fru-
 »ta al corredor, sacudiendo los brazos y exclamando :
 »—¡ *Vade retro, vade retro* ! El Enemigo acababa de
 »mostrarle en aquella poma ceñida y abultada las
 »formas de la mujer.» (Pág. 77). Si el sentimiento
 religioso está integrado por el miedo y el amor, cual
 lo sostienen los psicólogos, el autor pone en eviden-
 cia que el primer elemento tuvo imperio casi ab-
 soluto (1). El éxtasis, como abolición transitoria de
 la voluntad, fué fenómeno harto común (2). Ambos
 credos rivales estimulaban aquel estado de abstrac-
 ción é insensibilidad. La pluma de Larreta evoca
 todo el suave embeleso de la escena de la voluptuo-

(1) Ribot, *La Psicología de los sentimientos*, trad. Rubio, pág. 388 y Raúl de la Grasserie, *Psicología de las religiones*, trad. íd., pág. 359.

(2) Ribot, *Las enfermedades de la voluntad*, trad. Rubio, pág. 121, y Delacroix, en *Etudes d'histoire et de psychologie du mysticisme*, el estudio sobre Teresa de Jesús.

sidad mística, que tal es en nuestro sentir, el éxtasis : «La danza concluía, la rotación era cada vez más »lenta. Aixa trababa sus pies, por instantes, y su »cabeza, cargada quién sabe de qué prodigiosas vi- »siones, se inclinó por fin sobre el hombro.

»Ramiro, echado de boca en el lecho, no había »apartado un instante los ojos de su amada, y al ver- »la vacilar de aquel modo lamentable, corrió á soste- »nerla. Pero ya Aixa habíase acostado ella misma »sobre las losas, apretando los dientes y dejando es- »capar un gemido tembloroso, como si tiritase de »frío. Su gran peinado, entremezclado de pétalos y »de joyas, se derramaba ahora por el suelo. Lumi- »nosa beatitud comenzaba á bañarla el semblante. »Su palidez sobrepujó las alburas del mundo, el aza- »har, los lirios, la nieve. Ramiro recordó la descrip- »ción de los arrobos de la madre Teresa de Jesús y »de otras siervas admirables del Señor...» (Pági- na 141).

No escasearon, por cierto, los milagros y las tau- maturgias. Si el brujo, el arúspice, el astrólogo, es- cudriñaban el porvenir de las vidas, sondeando el misterio de la existencia misma, en medio de las fantasmagorías de sus gabinetes, escondidos al ojo avizador del fanatismo demonista, los fenómenos tróficos de la histeria dejaban huellas sangrientas de coronas de espinas, sobre las frentes endurecidas por el ceño de la terquedad, cuando no la cicatriz rúbea de la lanzada y los botones carnosos que en pies y manos aparecían, á semejanza de los clavos de Cristo.

Epoca de neurosis aquélla. «Además, todos los »lunes, que es el día que corresponde á la Oración en »el Huerto, sudaba, á imitación de Nuestro Señor, »tanta sangre de toda su piel, que era preciso mu- »darle dos ó tres túnicas al día.» (Pág. 209). Así comentaban los hidalgos el milagro en las veladas del castillo.

Larreta enseña que la encarnación religiosa se infiltró con igual intensidad en todos los estratos sociales, empapándolos de sacro fervor. Su pluma adquiere vuelos poemáticos en tratándose de describir un auto de fe; es allí donde la congestión mística estalla estridorosa, ante el penitente que marcha á la hoguera, arrastrando la impudicia del escepticismo más delito que el crimen de lesa patria: «No fué posible arrancarla una sola palabra; y cuando el religioso que la acompañaba señaló la cruz verde cubierta por el velo sombrío, ella volvió su rostro alargando el brazo derecho con un gesto de abominación. Entonces, espantoso bramido, semejante á la explosión de una mina, estalló á la vez en todo el Zocodover. Oíanse vociferaciones brutales é inmundas. Algunos campesinos se frotaban los ojos con sus amuletos gallegos de azabache ó con la cruz de sus rosarios y rezaban en voz alta.» (Pág. 413) (1).

Vese en este cuadro de vivo claror trágico, la tendencia del sentimiento religioso á hermanar las almas todas de la colectividad; y esa orientación de las religiones mostróse recia y firme en la España del hábito y de la espada. Fué así que su credo descapulló en la América las iconolatrías aborígenes, sin perdón ni misericordias.

Vaga en las páginas de Larreta, sin que se profile en algunas de ellas en forma esquemática el espíritu de expansión social del cristianismo castellano. El núcleo de partida fué parvo, pero larga y lejana la trascendencia.

Jesús, llenando los ámbitos, señor de la cruzada monástica, César de los hechos hazañosos de la espada; preocupación céntrica del aventurero que sen-

(1) Según Murisier, las enfermedades del sentimiento religioso pueden clasificarse en dos grandes grupos: el éxtasis (sentimiento religioso individual) y el fanatismo (sentimiento religioso social). *Les maladies du sentiment religieux*. Citado por Godfernaux en su monografía, *Sur la psychologie du mysticisme*.—Revue Philosophique, T. LIII.

tía la ansiedad del combate, y del melancólico sañón recluso en los silencios y soledades claustrales, para fustigarse con abstinencias y martirios, tornó á ser la pesadilla medioevalesca en Europa, adusto, agestado torvamente, cuando otros pueblos volvían á creer en su dulzura y suavidad.

Conjunción que nos guarda los misterios de un momento histórico, revelada en el acento propio de su siglo y con bella elocuencia de sentimiento :

«Luego, desnudando la hoja, oprimió con ambas »manos la guarnición sobre su pecho, para rezar de »aquella guisa una larga plegaria. En acabando, persignóse con la empuñadura, y haciendo correr á lo »largo del acero indefinible mirada, envainóle otra vez »en silencio.» (Pág. 348).

Toque épico.

El autor ha penetrado en las últimas celdillas del ciclo español de la conquista por el credo y el acero.

La Iberia altiva y soberbia de la hegemonía castellana, llevaba su decadencia en el seno de su grandeza.

Tal es, á nuestro parecer, la médula del libro del señor Larreta.

*
* *

Viniéndonos él de la Edad Media española, no hemos de dejar de lado, por cierto, sus aristas más características.

El espíritu caballeresco castellano llena á saciedad la etopeya de Larreta. Prohijó la época con indecible cuidado, el concepto del honor feudal, sin menguarle tinte alguno. La pureza y la limpieza de casta fueron base de la soberbia del caballero de Castilla; y el señor del castillo almenado, con su fiero valor y la pujanza del orgullo estaba en pie,

reinando Felipe Segundo, á la espera de una ocasión propicia para desangrarse en Flandes ó en Italia, á objeto de mejor blasonar los pergaminos que le vinieron en mérito del esfuerzo y nobleza de los abuelos.

La aristocracia se modela reciamente, el Señor vive en la ciudad natal cintada de antiguas murallas, alentando la ilusión de la proeza, que algún día habrá de realizar el mayorazgo, que no cede en ambición y hambre de fama, al conquistador profesional y al corredor de aventuras.

«La Gloria de don Ramiro» presenta esta piedra angular de la psicología caballeresca, con pompa de detalles. Por la honra, no había empresa baladí que no empeñara el valor de algúnpreciado caballero. Y esa soberbia hosca, que aislara á los reyes y prestara alas á sus instintos liberticidas, dió la victoria á los tercios en sus lides con la soldadesca enemiga, privada de un sentimiento así difundido, así intenso y homogenezante.

El bautismo de ese honor caballeresco y aspergiado sobre la losa de los abuelos, yacientes en la nave de la iglesia milenaria, era de esta guisa :

«Tomad ejemplo, hijo mío, de estos graves sepulcros do descansan aquellos varones antiguos, que ponía á riesgo diario su vida por servir á Dios y ennoblecer su linaje. Miradles sucederse, desde tiempos remotísimos, ligados como vértebras, y traspasándose unos á otros ese tuétano de la honra que agora se alberga en vos mesmo.» (Pág. 107).

Fué talismán el honor, junto á la cruz; era el eslabón que trababa toda entera la historia de la prosapia y un como hálito que recorría las largas salas de los castillos, removiendo de las antiguas leyendas los hechos del progenitor cuya memoria habría de refrescarse, cuando el vástago tendiera cinitilante el acero ó alzara hacia el cielo el crucifijo.

La hipertrofia del yo caballeresco llegó á su lí-

mite máximo. Aquella soberbia, aherrojada por el absolutismo real, se alimentaba las más ocasiones, cuando raucho, de nostalgias.

Si fué aquella honra el venero más exhuberante del espíritu del conquistador castellano, ahí están los hechos que lo atestiguan. Larreta ha tenido el talento de hurgar en su psicología, aquellos caracteres que tuvieron expansión social. Juegan ese rol el ascetismo y el honor caballeresco, fuerzas directrices de las guerras hispanas. No es, pues, «La Gloria de don Ramiro» una disertación biográfica, cual pudiera desprenderse leyendo el subtítulo; más reviste perfil de estudio social, y por tal lo tenemos, en corroboración de lo que afirmáramos en un principio.

*
* * *

Sin detenerse sobre el caso, cual cuadra á una obra de índole literaria, Enrique Larreta evoca el estado social de la España del Segundo Austria.

El gobernante señoreaba, manteniéndose distante de la nobleza. Alentaban en Felipe todas las torvas melancolías de su abuela Juana la Loca. Era solitario por idiosincrasia, y dominando en él la apatía, sus sentimientos sólo fueron endulzados por la onda mística de la época.

Las guerras, sus cruzadas para mejor llamarlas, las luengas y apartadas tierras del Poniente y la neurosis hereditaria de su hijo, el príncipe Carlos (1), se alternaban en su mente de matemático, con contornos de problemas.

Monarca alejado de su pueblo, había de saber poco ó nada acerca de sus condiciones. Así Felipe, que vió desde su alcoba desmantelada las explosio-

(1) Ribot, *La Herencia psicológica*, trad. Rubio, pág. 97.

nes de la honra y soberbia castellanas en pugna con su absolutismo, aplicó todos sus enconos en avasallarlas con sangre. No supo dar dirección á esa superabundancia de energía, que diera lustre á su centro, y la honra y la soberbia, que conquistaron medio mundo, fueron bastardeadas por el guantaleta de hierro del autócrata.

Entonces, dice Larreta, «el humor español se hizo reservado y sombrío. Una verdadera peste de melancolía se propagó por todo el país como un vaho de purgatorio, inficionando las almas.» (Pág. 281).

El rey aniquilaba la virtud más característica del alma hispana; y si su poder fué á ella funesto, mayores daños ocasionó á las actividades sociales y económicas. Las guerras chuparon toda la savia de la nación, y la crisis llegó á su paroxismo. Caquético el país, esquilado por el tributo, marchaba penosamente, sin horizontes de esperanzas redentoras.

Bien pulsó su pluma el autor, al describir aquella impotencia económica de grandes trascendencias morales, que dió un vuelco completo á la idiosincrasia española, al santificar la avaricia como extrema virtud, único escudo de defensa. «Y la pobreza y el hambre arreciaban como flagelo de Dios. Un hechizo maléfico parecía esterilizar los terruños, parar los molinos, los tornos, los telares, desconjuntar el brazo del menestral. Muchos no sabían ya cómo ganar el sustento y salían á hurtarlo donde lo hallasen. Se vivía en la incertidumbre del bocado; el pan se hizo una presa. Las trapacerías del hambre formaron una arte honrosa y sutil, que tuvo sus romanceros y sus manuales, sus poetas y bachilleres. El mal atacaba más duramente á los hidalgos de patrimonio extinguido, cuya estirpe clara y antigua no les permitía infamar sus manos en los oficios. Más de uno comía del mendrugo que hurtaba su paje, y suspiraba con digna tristeza, bajo la capa, al aspirar, de paso, el sabroso calor

»de las pastelerías. El estudiante imitó, para vivir,
 »los ardides perrunos. Sus piernas de lebrei eran el
 »terror del comercio. Fué entonces el glorioso tiem-
 »po de la olla común. Los conventos se hincharon
 »de monjes; sus porterías de sopistas. El hospital y
 »la cárcel fueron buscados como refugios venturosos
 »donde se comía regularmente y como de milagro.
 »Millares de infelices se fraguaban pústulas sangrien-
 »tas ó perpetraban delitos para ser alimentados. Las
 »calles estaban llenas de limosneros fingidos; los cam-
 »pos, de falsos anacoretas; los puertos, de famélicos
 »hidalgos que venían á pedir una plaza en los galeo-
 »nes.» (Pág. 279).

Comenzó desde entonces la anemia colectiva á menguar la talla física del hispano.

Aúnase á esta causal, lo que ha tiempo se dijo en explicación de la decadencia española. La guerra y la religión bastardearon la lucha por la vida, impidiendo que los mejores legaran por herencia las virtudes de la raza.

La primera desangró á la nobleza más granada, que en mérito á su valor y actividades llegó á ese culmen, siendo aún mayor la influencia de la segunda. Recuérdese que la inquisición clareaba con sus ajusticiamientos, las falanges más cultas de la sociedad, y no se olvide que los hombres de mayor ilustración, ganaban el convento y que al mantenerse célibes no multiplicaron sus aptitudes.

*
* * *

Tal es el ambiente social de la etopea de Larreta, cuya acción tiene por escenario la ciudad de Avila de los Santos, luego Toledo, y más tarde Lima, para desenlace.

En una obra de la índole de «La Gloria de don

Ramiro», es materia secundaria la trama. Corre la intriga fluentemente sin desvíos ni engolfamientos artificiosos. No hemos, por tanto, y no ha menester, tenerla en cuenta.

La personalidad de don Ramiro del Aguila, asaz hosca y sin expansiones sociales, constituye el *climax* del libro. Resultante forzosa de la época, es como la conjugación de dos fanatismos.

Este hidalgo de temple duro, fué un bastardo de sangre árabe y cristiana á mitad, sin que su orgullo desmedido sospechara que el estigma moruno burbujeaba en sus arterias, acentuando los tonos pasionales del temperamento.

Lo que sorprende al crítico á primera instancia, es su alma de vagabundo, de aventurero. Tal lo prueban su imaginación de quimerista, la plétora de fantasías que abre ante sus ojos horizontes lejanos; á más la recia contextura del carácter hecho de una sola lámina, lo suficiente osado y fuerte para ir contra el embate y la zozobra.

Ramiro es la tipificación del conquistador español. Entendemos que ese rol le atribuyó el pensamiento conceptuoso de Larreta, al perfilar sus trazos capitales, y conjeturamos por sus andanzas é inquietudes, la trascendencia del plan del etógrafo. Y así «La Gloria de don Ramiro» deja de ser libro exclusivamente español, si se considera que los personajes más representativos de la época, cruzaron el Océano como Ramiro, para conquistar y progeniar en América.

De aquella sangre turbulenta en amalgama con la indígena, vino al mundo el caudillo.

El libro es simbólico en cierto modo, al mostrar en plena luz el antecedente hereditario de la familia americana.

Es éste uno de los perfiles sociales de Ramiro del Aguila. Crece en medio de la soledad de un destaralado castillo, el regazo materno le amamanta con

el temor á Dios y señalale el sendero que lleva al claustro conventual ; la educación, y la terrible mano plasmadora del medio coliganse para anular una personalidad prepotente de soldado ; y el mancebo puesto delante de la duda, ya apaña con fe la cruz, ya oprime con energía los gavilanes de su tizona. El problema es dilemático y hasta el fin de su existencia no lo ha resuelto. En ocasiones, su temple de aventurero le arroja á la guerra, á la práctica del bandidaje, y en ellos vuelca toda la escandecencia de su temperamento ; pero la nostalgia de la paz, del sosiego, del desprecio á todo lo terrenal, transórmanle en un santón.

Ramiro del Aguila es del tipo de Ignacio de Loyola.

Aquejábale la neurosis ambiente, la demonomanía. Era devoto por atrición, por miedo. Allá, envelada en el fondo del ser, desgarraba su quietud la idea fija de la posesión diabólica. Veníale por herencia la perturbación nerviosa y en sus recuerdos aparecía la imagen de su madre, extática como Teresa de Jesús.

«Ramiro recordó la descripción de los arrobos de la madre Teresa de Jesús y de otras siervas admirables del Señor, y acordóse también de su propia madre, cuando, después de una larga plegaria en el oratorio, se desplomaba de súbito, como herida de dulcísima muerte.» (Pág. 141).

La histeria de la madre había de multiplicar á la larga sus retoños. Ramiro cae alguna vez en alucinaciones y en éxtasis :

«El suelo y las rocas oscilaban á su alrededor ; su cuerpo, aligerado, iba á desprenderse, sin duda, de la tierra. De pronto, un fuego, una inflamada saeta, venida de lo alto, se le entró por el pecho, sumergiéndole durante algunos segundos en un estado delicioso, gozado sólo con el alma.» (Pág. 424).

No ha sido tal vez intención del autor señalar anormalidades; el ambiente donde mojó su pluma estaba pleno de ellas, forzoso es aquilatarlas si se ha de escribir crítica concienzuda.

*
* *

Estos dos contornos de la silueta histórica de don Ramiro—místico y soldado,—le representan como á un personaje sintético, que engloba en sí la leyenda del espíritu de la edad en que vivió.

Los rasgos puramente individuales, aquellos extraños á la acción social que jugó, tienen interés secundario. Salta á primera vista la exorbitancia de su soberbia, que, tornándole hosco y solitario, desarrolla en él la egolatría. Esta singularidad, más social que particular, llega á dirigir la vida del hidalgo como exclusiva brújula.

Más interesante quizá es la ausencia del sentimiento moral. Ramiro es impulsivo, ya tercién de por medio su orgullo ó sus amores, amores de león que construyen un mundo, para destruirlo violentamente, como á zarpazos. Muy propio el caso de la consistencia acerada de su temperamento. Vibra la fibra erótica de modo destemplado é irregular, siguiendo de cerca en sus tonalidades, el vaiven, el eterno flujo y reflujo de sus dudas.

No es menester abrir el libro en muchas de sus páginas para confirmar esta sospecha. La voluntad del personaje, en hallando un obstáculo, se centuplica y pierde desde luego su poder inhibitorio.

Larreta, que es un maestro de inimitables recursos, acentúa el rasgo en la escena terminal de los amores con la mora Aixa. La voluptuosidad satisfecha de Ramiro da alas á sus impulsiones y tórnase la amada de ayer, por efecto de una negativa, en ser

despreciable. Estalla entonces su proterva cólera, castiga en forma brutal sin medir las consecuencias de sus audacias, que acaso pudieron costarle la vida. Véase la escena :

«Luego, la brega muda, terrible. El queriendo »mirar, ella tomándole de las ropas, del hombro, »de la garganta, y diciéndole al oído, quedo, muy »quedo : «No, no» desesperadamente. Ya entraban »por la otra puerta que acababa de abrirse algunos »hombres con hachas encendidas cuando su amada »le puso la mano sobre los ojos.

»El golpe brutal que él la diera entonces con la »bota en el vientre, y el alarido de la mujer al caer »de espaldas sobre los mármoles, conservaban aún, »en su recuerdo, actual y tremenda realidad.» (Pág. 163).

Para comprender la enorme perversión de sus sentimientos en aquel instante, basta que se diga que Ramiro enamoró á la mora para practicar espionaje cristiano en su casa, y que tuvo por ella acendrado afecto.

En aquel episodio fué herido malamente y cuando tornó en sí : «Aixa lavaba y vendaba la herida con manos embalsamadas de amor.» (Pág. 165).

Ramiro juró á su salvador no delatar á la amada al tribunal de la inquisición ; empero, en su alma operóse uno de los tantos vuelcos de sentimientos que le llevaban á cambiar de frente. Tuvo en su pro á la religión, como pretexto para amparar y legitimar toda la perversidad de su perjurio. Perjuró, delató, por miedo al supuesto maleficio que Aixa había practicado con él.

Y su egoísmo y perversión le impulsaron á desear el sacrificio de la amante en la hoguera. La terrible conjunción de su fanatismo religioso—exacerbado por el temor al embrujamiento de que se suponía víctima,—y de su insensibilidad moral, le hicieron gozar del trágico espectáculo, con el embeleso vo-

luptuoso de los placeres suaves. Los leños, atizados con fuelles enormes, comenzaron á chisporrotear. El humo se inflamaba por momentos, formando lenguas amarillentas y fugaces que se perdían en el espacio. Aixa no se movía. Sus largos cabellos flamearon. El refajo, que habían dejado sobre sus piernas, ardió bruscamente. Una horrible convulsión corrió por todo su cuerpo. Entonces, imponente columna de humo y de pavesas la envolvió de súbito, ascendiendo acelerada y terrible en la penumbra de la tarde. El fuego rugía. De pronto, una primera ráfaga nocturna, desviando hacia atrás la densa humareda dejó ver la cabeza de Aixa colgando del madero cual espantoso fruto de pesadilla. Ramiro ante aquella visión: «...sintiendo correr las lágrimas por su rostro, postróse de rodillas ante los pies de la muchedumbre, exclamando con fuerza:

»—¡ Oh, santa Inquisición, tu justicia me redime, tu hoguera me salva! » (Págs. 417 y 418).

En su alma de dureza diamantina, calla toda generosidad. El culto del propio yo, le encuentra dispuesto á acudir al crimen si ello es necesario. Y tal aconteció.

Ramiro había menester de la influencia purificadora de un amor cristiano y blasonado. Puso fervor y empeño en la conquista de una dama linajuda, hija de un amigo de su abuelo materno, que el paterno no le conoció. Doña Beatriz se llamaba la doncella blanca, muy aficionada á dorar su beldad con corte de amigos y dejar transcurrir las horas en pasatiempos fútiles. Espíritu inquieto, ligero y liviano como una pluma de cisne, sobrado femenino para tolerar el pesado yugo del soberbio don Ramiro, delinquir, prefiriendo la mano de su primo don Gonzalo, femenino, culto y flexible como un cortesano. Más hábil que el rival, había de triunfar, y no poco contribuyó á ello el conocimiento, por parte de la doncella, del abolengo moruno de su primer galán.

Los amoricones terminaron bruscamente. Doña Beatriz, con suave volubilidad, cambió de derrotero.

Airado Ramiro, pónese en acción de venganza. Desafía en duelo al rival en noche de cita amorosa; da la estocada, cúbrese con el antifaz de la víctima, se emboza con su capa, y concibe el audaz plan de acudir á la cita, simulándose don Gonzalo.

La dueña quintañona le introduce en palacio. El oro del rival exánime en la calleja, derribó aquella valla de castidades de abadesa desengañada. Se enfrenta con la antigua novia. La luna riela. Ella, temblorosa de amor murmujea la frase pasional, y sus manos blancas, espectrales bajo la luz selénica, son suaves y leves en la caricia. Ramiro siente reverdecer la yema de su amor bajo la seducción de aquella mujer, que posee el talento de la sensibilidad.

Ella balbucea un nombre con arrobamiento, lleno de dulzuras el labio, el nombre del rival muerto ha poco.

Escandece en el cerebro de Ramiro, de súbito un odio letal y su boca apostrofa con una palabra ultrajante para la honra de la mujer. El pavor colombino paraliza á la doncella, en tanto que la idea del crimen bataneaba en el alma del bastardo. «Buscó una daga, y ya iba á desenvainarla, cuando un instinto rápido le contuvo. ¡Una correa! ¡Un cordel! ¿Dónde? Algo que pudiera anudarse. Intentó bruscamente desprenderse el cinturón, las ligas, los tirantes de la espada, el mismo cintillo del sombrero. De pronto su mano convulsa rozó las cuentas del rosario de Fray Antonio, que colgaba de la faltriquera, é inspirado por el Infierno, tomólo sin vacilar, rompiólo con los dientes junto al crucifijo, dejó caer algunas cuentas, y envolviéndolo al cuello de Beatriz, tiró con ambas manos, tiró en uno y otro sentido, hasta apretar, por fin, sobre

«aquella delicada garganta, un nudo terrible!» (Pág. 361).

El dramático episodio disipa toda duda. Destácase en él la impulsión anormal del personaje. Luego huye y las reminiscencias del drama no levantan en su ánimo, el más ligero soplo de arrepentimiento. Si ha de apreciarlo, es para envanecerse de haber ajusticiado en tal forma al enemigo y á la pérfida que burló su amor tibio y displicente.

Nuestra sospecha se robustece relejendo algunas de sus aventuras. Asediado por la pobreza, no encuentra en su Toledo más solución que hacerse ermitaño ó incorporarse en una cuadrilla de bandoleros. Este último pensamiento no le inquieta.

Y cuando transplantó á América todas sus turbulencias, su acción de hombre de presa tuvo amplio horizonte é intenso bullir: «Formó allí una banda de facinerosos, para la cual quiso el Demonio señalarme y salíamos á descubrir enterrados que llaman, y huacas antiguas, y minas ocultas; y todo lo alcanzábamos á fuerza de cuerda y de hierro. Vendíamos á los caciques y les dábamos tormento, si no querían declarar, nos íbamos sobre sus chozas y nos hartábamos de sangre.» (Pág. 443).

Acaso el autor quiso expresar que este nuevo estigma que desdora el blasón caballeresco de don Ramiro del Aguila, fuera un mal común de época, ya que el protagonista es su personaje representativo. No obstante, su vida tiene harta sombra para aceptar sin ambages tal tesis.

La tara es individual. Un fondo de amoralidad, se envela tras de la superstición que le atormenta. Así concluye su existencia, pasando del drama del bandidaje al purismo monacal.

Esta alma torneada para servir á la tragedia, es extraña en sus arrebatos, irregular é inconsecuente en sus determinaciones. Pudiera creerse que es torpe de un carácter amorfo, inestable, que carece de

una fórmula que presida su desenvolvimiento y actuación. No lo es, sin embargo, pese á tal conjetura. Si algunas condiciones psíquicas superabundan en don Ramiro, no sería la menos perfilada el carácter. Alma de conquistador como la suya, ha menester forzosamente de su auxilio, aptitud reconocida á este género de aventureros, por los investigadores de la Etiología (1).

A esta altura de la crítica sobran los elementos de juicio, para calificar al personaje en la medida de su valer. Distingue el observador dos temperamentos, el que podría llamarse temperamento social y el individual.

El examen del primero nos ha llevado á penetrar en la contextura misma de la época de que fué florecencia. Su vibración social más característica, la epidemia del sentimiento religioso patológico. Contóle entre sus tipos extremos. La psiquis de don Ramiro recorrió la gama de las perturbaciones ambientales. Parece que el autor ha concentrado toda su atención en este capítulo, puesto que lo hace pasible de las dos neurosis antitéticas, la demonomanía, vale decir la exaltación, y la forma humilde ó depresiva, que encuentra su modo de exteriorizarse, en la melancolía del eremita.

Esta página de la vida del protagonista reconoce en todo su horizonte la influencia tipificadora del ambiente. Es clave de la estructura de su ciclo histórico y si éste fué propósito predominante en Larreta, harto cumplido queda.

Por extenso se consideró á su tiempo otro rasgo social, cuando tratóse del honor caballeresco. Completa él, el esquema de la vida del hidalgo, proporcionándonos la sinopsis del período conquistador de España. Cruz y espada.

(1) Fouillée. *Tempérament et caractère, selon les individus, les sexes et les races*, pág. 167.

A las claras percíbese, que la orientación de la etopeya, es evocar las características del alma colectiva hispana, con un interés americano.

Traza Larreta la personalidad del monje y del conquistador con escrupuloso y paciente detallismo. El pensamiento de dar trascendencia social á los dos tipos, vagabundea en toda la obra. Diríase que su plan dominante fué hurgar antecedentes hereditarios, con un fin ulterior que no es otro que el de darnos la filiación y el tinte de nuestra prosapia, ya que emparentamos consanguíneamente con España por medio del conquistador, y en lo moral á través del alma de sus frailes.

Del temperamento individual de don Ramiro, no hay sino que confirmar la sospecha de su aptitud para el delito. No escapa á la observación la etiología del caso: la miseria económica, el prejuicio caballeresco, la escandescencia de las pasiones, no morigeradas por control alguno, antes puestas en morbosidad por los fanatismos religiosos. Pero si procuró Larreta mostrar esa aptitud como reflejo del medio, nuestra opinión había de ser adversa.

Don Ramiro, personaje representativo, resultado de la mezcla de dos razas que habían, con el correr de los años, de confundir por entero sus sangres, es de la médula de los Pizarro y Cortés. Lleva en su alma el trazo de los sentimientos medioevalescos, amorbados por la tara histórica, la onda de la duda, la impulsión desenfrenada de su voluntad sirviendo á propósitos amorales y criminosos, que le pintan como á delincuente pasional de pronunciada temibilidad.

*
* *

Los personajes que giran en segundo plano, cumplen alguna misión social ó proyectan influencia so-

bre la vida de Ramiro, en tanto que desarrollan actividades suyas hasta entonces no evolucionadas.

Así Aixa, que despertó el amor del mancebo por acción de todas las voluptuosidades del alma árabe.

La mayor riqueza descriptiva del libro está acumulada en el comentario de esa pasión fortuita que puso un sello trágico al destino del protagonista. Páginas hay de tan intenso poder evocativo, que pueblan la imaginación menos viva, de percepciones reales.

El tipo de esta mujer está tomado, diríamos, por contraste. Reune condiciones antitéticas á la norma moral y religiosa dominante. Haciendo profesión de la belleza, predica ella el triunfo de la mujer á despecho del precepto ético de la época. Nunca fué generoso el cristianismo con el sexo tierno y sensitivo. Del mito de Eva y la manzana, á través de las exaltaciones místicas del alma hebrea, recogió la religión de Jesús el concepto despectivo que relegara á la mujer á un grado de inferioridad, que otros ritos no le depararon. Con ser en ella más intensa la vida emotiva, se le vedó cargar con las insignias del sacerdotado. Luego con el andar de los tiempos, se cayó en la cobardía de equipararla al demonio.

Aixa jugaba ese rol. Inspirada por un dogma distinto, ejercía imperio en el amor. Era su culto, culto de su raza. No pudo, pues, ser más señalado el contraste. Mientras Ramiro veía en torno el afán cristiano de amonastizarse para huir, de las sollicitaciones del mundo y del amor, aquella mujer le embalsamaba con los inciensos de su pasión.

Había una veta escondida de sensualidad en el alma del doncel, que tal vez le viniera por filiación moruna. El prurito religioso se entibió en las escenas pecaminosas que descapullaban su juventud; y él dejó hacer, vencido no tanto por la seducción cuanto por el propio mandato de sus deseos voluptuosos: «Sus pies conocieron la holgura de las babuchas. Sus

»cabellos el halago de la gaza, con que ella se los
 »circundaba indefinidamente, hasta prenderla por
 »delante con empenachado joyel. Dejóse friccionar
 »por el esclavo y extender sobre sus miembros las
 »esferitas de perfume; dejóse, por gracia, obscurecer
 »los párpados con el Kohl...» (Pág. 135).

La mora fué también una actividad en contraste con la norma religiosa. Bajo el tul de aquel amor que ella encendió y tratara de hacer perseverar, plena de sinceridad, escondíase el ansia de la conversión. El autor deja entrever que ella supuso la similitud de casta de uno y otro. Su persuasiva prédica femenina, chocó con el áspero misticismo de Ramiro, en vano agotara el caudal de su seducción y de sus bondades: «—¿Dásme también toda el alma? ¿Toda? ¿Tendrás el mismo amor é la misma creencia que tu Aixa, tú?» (Pág. 136).

Considerado el tipo de Aixa fuera de la órbita de su influencia sobre Ramiro, es menester aceptarlo como representativo de su tiempo. La población árabe ha merecido predilecta atención al etógrafo. De no haber sido así, el panorama que nos hubiera presentado, pecaría de incompleto por ausencia de su tono más peculiar.

Este capítulo de su labor ha solicitado, á no dudarlo, incesantes estudios de toda índole.

Larreta debió empezar por penetrar en el secreto de la lexicografía de paternidad arábiga, para extraer los substantivos, cuya aplicación proporcionara á sus cuadros el colorido local. Pululan sin cargar la tinta, y, á fe, que provocan la sensación del exotismo oriental de las aljamas.

Pero sus narraciones carecerían del valor del documento, si no trascendiera en ellas la psicología moruna, con líneas hábiles y precisas. El asunto requirió, tal vez, una estadía entre sarracenos, á objeto de mejor observar.

Luego las costumbres, los detalles de la indumen-

taria y, más aún, el dogma religioso, dieron pábulo á un mayor estudio. La labor ha sido seria y ardua, hecha en dilatado tiempo. Conjetúrase por el resultado. Y el culto del detalle y de la verdad le ha llevado hasta poner en boca de los musulmanes la aljamía que parlaron en aquellos tiempos, forma degenerada del castellano cual puede verse, y que, á primera impresión, proclama su afinidad con el patuá andaluz.

—«¡ Oh!, eres tú, señor don Ramiro—exclamó.—
»¡ Bienvenido seas! Perdón, si ayer os hice daño
»con la flor, en la calleja. Buscaba te la echar al
»sombbrero.

»—No me hizo daño la flor—replicó don Ramiro
»—pero sí vuestra risa.

»—¡ Calla! reía del gozo de verme á un palmo de
»mí. Yo me estuve encogida cabe la reja, é no me
»catabas.» (Pág. 130).

Vese á las claras la pulcritud extrema que usó Larreta en el cuidado de la armonía del conjunto y de la fidelidad del trazo. Cuatro años y meses, nos declara en el pórtico, estuvo en gestación «La Gloria de don Ramiro», período de tiempo excesivo si se hubiera consumido en medio de la soledad y el silencio de un bufete, mas no es largo, cuando se viaja por lejanas comarcas y se estudian los misterios de una civilización apagada, en milenarios monumentos, y en pergaminos de archivos y bibliotecas.

Con tales elementos en mano pudo cruzar por su imaginación la silueta de Aixa y de su amigo, el fantástico moro que engendró á Ramiro. La pluma del ctógrafo, al bosquejar el segundo de los personajes, diseñó á un tipo de fábula miliunanochesca. Afea este procedimiento, la hermosa realidad del libro, quien no había menester de él para ser completo. Es el caballero tutelar de leyenda que ahuyenta el peligro y pone al personaje de su predilección en salvo sendero; príncipe de misterios orientales, errabundo como caballero sin patria y sin cielo; y

allí simboliza la inquietud del mudéjar oprimido, que alienta para consuelo de su servidumbre, con la oración en los labios y el mito en la imaginación.

Por tal lo tuviéramos, si el autor no lo arraigara tanto á la trama, en forma incompatible con su sinceridad artística.

Para concluir con el tema, Larreta demuestra que el árabe aportó su hálito á la epidemia religiosa ambiente. «Van como arrastrados de los cabellos á aprender la doctrina, y sólo el temor les hace llevar sus hijos á nuestras iglesias para recibir el bautismo. Pero, así que llegan á sus casas, les roen la mollera con un trozo de cacharro ó el filo de un cuchillo, lavándoles en seguida prolijamente para quitarles hasta el último resto de la crisma sacramental.» (Pág. 85).

Y le guió interés americano en la investigación de la psicología del musulmán, puesto que, desde Sarmiento, se afirma que el gaucho le cuenta entre sus abuelos.



En orden de importancia refleja, sigue á Aixa doña Beatriz, la doncella cristiana que torció la inclinación monástica del mancebo. El tipo es, en cierto modo, representativo.

La vida de Beatriz denuncia la emancipación de la mujer al reparo de la época y de los sentimientos caballerescos. La joven tiene cetro, llenando la oquedad del castillo con su mundo de muñeca mimosa. Ha conquistado su sexo independendencia y flexibilidad social, á punto de constituir la divisa del caballero, que acepta á las beldades por reinas de altos tronos y veladoras de sus glorias.

Tras la refinada cortesanía del hidalgo bullía insolente violencia, que no encontraba reparos en ajar la más pura delicadeza.

En esa forma, Beatriz fué la divisa de don Ramiro, que la cortejó por egoísmo y altanería, tal cual se hace para quebrar el prestigio de un émulo. Ardíó en voluptuosidades, que desgajaban sus deseos de abandono terrenal. Así, ante la venustidad de la doncella, sentía reverdecer los retoños que aparecieron otrora bajo el hálito amoroso de la mora. Alma destructora la de este castellano, que ya en la refriega sangrienta, como en la vida serena, amaba con pasiones hiperbólicas. «Ramiro cercó con su brazo »el cuello de la niña, oprimiéndola con dulzura. »Ella se apartó. El mancebo sintió entonces el impulso frenético de poner sus labios sobre los labios de la doncella, de beber y morder en ellos el »amor, la lujuria, el delirio, locamente, y la atrajo »por fin hacia él con rabiosa vehemencia.» (Pág. 300).

Como todos los quimeristas, soñó con mundos emparaisados do llevar su amor, y en esto siguió la ruta de la caballería visionaria de su tiempo.

El proyecto fué inconciliable con su destino. Ramiro ahogó en sangre su pasión y su despecho.

Por lo demás, el tipo de esta mujer no ofrece rasgos originales. Femenidad diáfana, burilada por los halagos aristocráticos, es la coquetuela de todos los siglos, que libra el problema de su porvenir á la inestabilidad de sus sentimientos.

*
* *

Si Aixa y Beatriz mudaron el derrotero del hidalgo, encaminándole por las sendas profanas, dos espíritus le impulsaban con la prédica á preferir el enclaustramiento. Su madre, que tenía cuenta pendiente con el infierno, por el pecado grave que determinara la venida al mundo de don Ramiro en bastarda, ansiaba purgarlo en el seno de un convento.

Antes, habría de poner en seguro camino á su vástago ; y el fraile Vargas Orozco, que le inducía á seguirle con la sugestión de su inteligencia y el poder de su recio sentimiento religioso.

Durante algún tiempo existió entre ambos, hermandad de ideales. Las dos almas eran gemelas por la dura contextura del carácter. En Vargas clarineaba el espíritu soldadesco, y su religiosidad, tallada en ese fondo de hombría, era áspera. Reflejábanse en él, en excelente consorcio, el absolutismo político y el absolutismo religioso.

Pleno de los prejuicios de su generación, este fraile es, sin embargo, de pura cepa intelectual. El juego equilibrado de sus facultades, le concede superioridad sobre los cofrades ; pero, despuntando el elemento emotivo, Vargas camina guiado por la pasión en las más ocasiones.

He aquí concebido á San Ignacio de Loyola, dominador de cenáculos ó director de sentimientos colectivos, al reparo de la eminencia mental.

El autor es soberbio en este trazo evocativo, que es parte integrante de la misma entraña ibérica.

Florecen en el personaje todas las virtudes, todos los estigmas del nacionalismo español del Medio Evo. Vargas es trasunto de patriarcas en algún cuarto de hora de su día, para sentirse henchido del amor cristiano, cuajado de compasión y misericordia, más nunca torna santón, porque antes clama su prepotente sentimiento del yo ; luego trema con el odio del cruzado, y ahítase de impiedad y saña cuando le roe la epidemia religiosa ambiente. La soberbia y la honra hidalga marchan á la cabeza de sus inclinaciones. Reconócese el temple del héroe. Diríase que bajo el hábito cuelga el acero que espejeó en algún combate.

Vargas Orozco, con ser pasional hasta el tuétano, maneja bien la brújula de su criterio. Sobraba en este fraile el buen sentido, que encauza y metodiza

una vida preclara, impidiendo que se esterilice en medio de flexuosas sendas.

De ahí la primera discrepancia con Ramiro. Chocaron los dos caracteres como dos broqueles; imperó el hidalgo por merced de la bravura innata de su idiosincrasia. En esa ocasión se registró el primer arranque de nobleza que diera de sí el bastardo, que surgió por ansia de lucha quizá y de desafío.

«—Don Diego—repuso Ramiro con el rostro demudado,—es gran caballero y no pudo ser jamás »aleve ni traidor, como dice vuesa merced.

»—Pues yo repito—replicó de mala manera el »lector mostrando los dientes y golpeando dos veces en la mesa con el puño—que don Diego es traidor y cobarde.

»—¡Y yo digo que miente vuesa merced!—gritó Ramiro, ebrio de cólera.

»El canónigo dió un paso hacia adelante con la »diestra en alto y pronto á asestar el bofetón; pero »el terrible ceño de Ramiro le contuvo. Balbuceando, entonces, palabras entrecortadas, llevóse ambas »manos al rostro. Aquellos instantes fueron solemnes. El insulto flotaba irreparable, y parecía hacerse oír, otra y otra vez, en el silencio. El canónigo »musitaba, gemía, suspiraba, con el rostro cubierto. »Por fin, bajando las manos, embozóse con furia, »y, después de buscar la salida como un ciego á lo »largo del muro, desapareció de la cuadro, dando »con el pie, hacia atrás, un terrible portazo.» (Pág. 283).

Queda tallado, en alto relieve, el carácter de Vargas Orozco.



Es nota exótica en el cuadro la figura mundana de don Alonso Blázquez. Los ambientes italianos

trocaron el brioso españolismo del caballero en amor por las delicadezas del arte. Su espíritu fué bañado por la onda del Renacimiento.

Trajo, de regreso á sus lares, una afinada cultura estética. Los hombres del terruño, miraronle como afectó á cosas vanas; pero don Alonso, neófilo de su tiempo, vale decir, abanderado de las corrientes nuevas, agrupaba en su castillo todo el material de vidrieras, lienzos y filigranas que el genio italiano prodigara (1).

Siendo Blázquez un cortesano de la talla común, no representa más característica en el libro, que señalar la influencia del extranjerismo en la severa sociabilidad hispana. Ha sido, sin duda, un ingenioso pretexto, para exponer el estado de la cultura artística itálica que penetraba bien poco en un ambiente que monopolizaran el gesto guerrero y el sentir religioso. Las colecciones fueron tenidas por producto de afición extravagante y aun afeminada.

Arte sano fué labrar la espuela, ornar la guarnición de la espada y hacer finos bordados en las gualdrapas.

Con ser completa la impresión que nos deja Larrreta, al enumerar las minucias del arte importado, hubiéramos preferido recoger su pensamiento acerca del hispano, bajo Felipe Segundo. Fuera de la arquitectura, moldeada á gusto arábigo, no menciona sino alguno que otro Cristo dramático, con mucho de

(1) En realidad, el neófilo ó partidario de lo nuevo, representa la tendencia innovadora, que Tarde denominara idea-moda por oposición á idea-costumbre. Es menester no dar el calificativo de neófilos, á los inconscientes que se alinean en las avanzadas de los movimientos reformadores, movidos por un prurito de vanidad, por sugestión ó, en el caso común, por temor al ridículo. Sólo actúan para perturbar, convirtiendo la tendencia nueva en un credo ó religión idolátrica, merced á obra de sus exaltaciones. Nada crean, ni nada añaden á la obra del genio. Así, mero ejemplo, en el *wagnerianismo* los hay en buen número, que poseídos de una fobia por la música italiana, confunden al filósofo de la música con el músico, al sistema con el modo cómo ha sido realizado.

sombrío en los tonos, y lo hace por incidencia ó por ánimo de metaforizar.

Asimismo, debió transmitirnos análogos conceptos de la música en gestación. Esta exigencia por parte nuestra, no es ciertamente ecuánime, si se recuerda que Enrique Larreta, escribe sobre una vida en tiempos de Felipe Segundo. Viendo nosotros en su trabajo larga trascendencia y compleja estructura, tal cual si se tratara de la descripción de un ciclo social, lamentamos la ausencia de las entidades que le son propias.

Y habría que dedicar cuatro líneas á dos personajes de segundo y tercer plano. Cruza la escena desde las primeras páginas, la silueta de Medrano, plena de colorido, como escapan todos los tipos de la pluma del autor. Posee el tal la facha y el temperamento del soldado farfantón, sin carecer de la fibra necesaria para resistir los achaques del oficio de acuchillar en Flandes, ó á bordo de las naos contra el turco. Otro vagabundo es éste, predilecto de la vida azarosa, menguado de intelecto, pero muy poderoso actor en el rol de buscar la aventura y de batirse en tierra y mar.

Lo es de tercer plano, el segundón que tenemos por personaje representativo. Este toque, que quizá fué el más vigoroso del libro, destila realismo y habla de la regimentación de la familia aristocrática, donde se consagra la desigualdad, al atribuir al primogénito la fortuna y el título, privilegio que el fervor nobiliario exageraba al extremo de obligar á los demás vástagos á sepultar la existencia en el claustro ó á refugiarse en América.

Esta restricción á la libertad de testar, se impuso con el fin de dar consistencia y duración al título, ya que no se concibe una aristocracia privada del poderío de la fortuna.

No era, pues, extraño que, espoleado por el despecho, el segundón tuviera la insolencia como norma de

conducta y hallara en el ímpetu, desahogo de todas las amarguras que empañaban su orgullo hidalguesco. El libro nos brinda un fragmento de gran vigor, que tanto vale por su estilo y tanto por la fina pintura: «—No bastaba que fuese yo el desheredado, el »estorbo, el hijo maldito, sino que ahora les es permitido á los criados de mi hermano hacer mofa de mí »—rugió el segundón, mirando de hito en hito á su »padre y recorriendo á trancos la cuadra.—Vuestra »es la culpa, señor, que me habéis rebajado á la par »de la servidumbre. El mayorazgo, los honores, »las caricias, todo es poco para Gonzalo. Precisáis, »además, cubrille de joyas como á un santo milagro- »so, dalle todo lo bueno; el mejor caballo, la espada »más rica y gastar en sus galas más de lo que po- »déis. ¡Oste! Ha poco le disteis el medallón de los »rubíes, luego vuestra daga de oro y un talabarte »bordado, ¡y á mí nada!, nada, y me dejáis andar »por la ciudad pobre y andrajoso como un villanejo. »Para un hermano el festín, para el otro el hueso y »la asadura. ¿No nos parió, ¡voto á Cristo!, el mes- »mo vientre?» (Pág. 97).

La pujanza de la imagen forma el propio comentario.

En medio del pasionalismo que llamea en la obra, se esconde un silencioso amor, nota de suave ternura, puesta allí por contraste. Así se desliza Casilda por las páginas, envolviendo su afecto en una huraña timidez, muy callando, cual fuera pecaminoso codiciar á su señor, que con el gesto y la mirada de halcón le hace sentir la tiranía de su alma dominadora.

Ha sido el escritor lo bastante hábil para no romper el secreto durante toda su narración.

El tipo queda envelado en un sentimentalismo dulce, que es sedativo en aquel vorágine de pasiones bravas.



Este narrador, de excelente blasón artístico, no ha olvidado, por cierto, el capítulo descriptivo en la razonada etopea y, así, el ambiente físico encontró en su rica lexicografía, el calificativo que le corresponde.

La pintura de lo físico tiende en su prosa á tocar los horizontes más lejanos. Con ello quiérese expresar que la amplitud señorea como característica.

Toledo inspira bellamente sus páginas. Diríase que el artífice tuvo por norma mantener su estilo al nivel artístico de aquel ejemplo arquitectónico. En estos trazos de lo árabe, su prosa desafía al rival mejor escudado. La pluma penetra en el arabesco cual si fuere á escrutar un alma; y el efecto es alucinador, si lo hay. Ante la frente del lector, el monumento revive con su juventud de antaño, y no parece sino que un poderoso soplo de resurrección acaricia los senectos muros, volviéndolos á los siglos que los pusieron en pie.

Vibra así el espíritu de las generaciones y de las razas idas con sus costumbres, como un aletazo de un pájaro fantasmagórico, que girara incesantemente en derredor de cuanto de vetusto se alza en la ciudad de las grandes remembranzas.

Aquel Toledo suyo deja atónitos los ojos que lo contemplan á través de la purísima linfa de su estilo.

Y así levanta sus torres, Avila, encintada por centenarias murallas, la ciudad de su etopea. No es menos preciso en el reflejo de esta colmena de místicos, con sedimento orientalesco. Avila del austerismo, Avila severa, es el triste escenario que pisó el héroe, donde tuvo la cuna y donde forjó el drama,

musa predilecta que habría de aventarle á confines infinitos.

La ciudad se yergue tan taciturna como sus hidalgos, madre sin sonrisas. Describe el autor ese su aspecto serio y luego diseña la aljamía, que llena de voluptuosidad y de ansia de vida, las horas yertas de la población cristiana.

Allí hay doncellas que se adonizan, para vivir la existencia del venturoso amor, único consuelo de la esclavitud moral que atenacea los espíritus, imponiendo al mudéjar ritos extraños. El culto de las flores, de los aromas, de las joyas y sedas, el lujo, que denuncia fantasía, anima el ambiente haciendo olvidar el grave llamamiento de los campanarios, présagos de los castigos de ultratumba, con sus sonos de tristura, ondeantes en el ámbito de los crepúsculos silenciosos.

Torna policromo el estilo entonces, multiplicando sus gallardías ante la belleza del paisaje. Larreta es un inspirado cuando roza los confines del misterio.

Así es Avila, dual en su complexión. Taciturna al par que voluptuosa, suave promesa de vida.

Véase el ejemplo de lo primero en estas líneas escogidas al azar: «Afuera el sol quema, el muro se cuece. Ramiro escucha esos quietos rumores de la ciudad adusta y monacal, el canto de un gallo, el tañido de una campana de monasterio, la menuda pisada de un borrico en las losas.» (Pág. 160).

En punto á colorido descriptivo no hemos de olvidar el trozo de auto de fe, donde el brochazo es una tan rica gama de colores, que el interés de la fábula se diluye poco á poco, á medida que se intensifica la pintura del cortejo trágico.

Bastaba á nuestro entender esta sola página para ungir al escritor; y conste que de igual valía, las hay algunas.



La prosa es igualmente expansiva, cuando narra el drama humano sin mermarle su tinte sombrío, ni los estremecimientos que convulsionaron á los actores.

La obra de Larreta es briosamente emotiva. Abunda el tono emocional doquier se mire, dilatando todos los límites. Es un vigoroso palpitar el del sentimiento en «la Gloria de don Ramiro»,—verdadera entraña de la vida allí.

No hay serenidad. Una atmósfera de turbión es agorera de actividades febriles. La aptitud de incautarse del alma de las muchedumbres que han desasosiego, engendra fragmentos de pujante elocuencia.

Si la escena del desfile en el auto de fe se contornea con el relieve de un cuadro plástico, induciendo al lector que pone los ojos en él, á alinearse en las filas de los espectadores, no nos ha subyugado ella tanto, como la descripción del sacudimiento criminal que crispa á la multitud en espera impaciente del ajusticiamiento por medio de la hoguera.

Lo trágico es de su dominio. No de otra manera habría podido revelar los movimientos de sugestión recíproca, que instan á la multitud á buscar delectación en la escena macábrica.

Las lecturas psicológicas de Larreta han sabido fructificar. Para que nada amengüe la lugubridad del conjunto, bajo luz meridiana destacan sus tallas, los caudillos del sentimiento colectivo, actuando con el lujo de la baja moralidad y los instintos de la entraña más fiera. Y así el párrafo corrobora que los peores mandan en las muchedumbres, verdad que no es un misterio para ningún estudioso: «Como si »aquel movimiento hubiera soltado las traillas á la

»furia popular, veinte ó treinta energúmenos, hom-
 »bres y mujeres, rompiendo las filas de los soldados,
 »se precipitaron sobre el brasero para despedazar á
 »la infiel.

.....

»Los verdugos se armaron con rajas de leña, y
 »Ramiro advirtió que el hierro de una alabarda aca-
 »baba de alzarse todo rojo de sangre. Sin embargo,
 »un labriego logró llegar hasta la morisca y ases-
 »tarla un garrotazo en el hombro; una vieja la hin-
 »có por la espalda la hoja de una tijera atada á un ca-
 »rrizo; un dardo, venido quién sabe de dónde, se le
 »clavó en el costado.» (Pág. 416).

Larreta exhibe un enorme amor por el detalle. Hay rasgos que quizá pasen por alto al lector nervioso, pero que entrañan observación profunda. En prueba de lo que afirmamos podríase mencionar el despectivo concepto que merece á uno de los personajes de mejor contextura nacional, el español rubio, como si en él se renovara quizá el dormido encono que el ibero conquistado tuvo por el rubicundo godo conquistador, en siglos muy lejanos. «Al observar
 »ahora el rojo vellón de su barba, donde la luz del
 »aceite ponía toques purpúreos, el canónigo pensó
 »en las razas antiguas venidas hasta la Iberia desde
 »los mares tempestuosos del Norte; y, cerrando, á
 »su vez, los ojos, soñó con repugnancia en bárbaros
 »rubios y en carnosas hembras desnudas, con cabelle-
 »ras color de naranja, como señaladas, desde enton-
 »ces, por un reflejo infernal.» (Pág. 96).

El odio atávico, aleteando á expensas del fanatismo. Curioso caso de pulcritud artística, la del autor, al contemplar estos resurgimientos del alma española.

Hemos de citar otro detallé que ha menester la explicación, que el etógrafo dejó librada al lector. En la escena del auto de fe, se dice: «No faltó quien

»reconociera entre los condenados á un cerero de
»Orgaz que creía ser San Juan Bautista en persona
»y predicaba una nueva doctrina por los pueblos. El
»pobre hombre, deteniéndose por instantes, alzaba
»la mano y figuraba el gesto del divino Precursor en
»el Jordán.» (Pág. 407).

La época ignoraba quiénes eran locos megalómanos ó teómanos, para emplear el vocablo del caso. El fuego mismo había de depurar todo género de anomalías y errores. Tales son las virtudes de su arte narrativo. Muy á menudo nos hemos referido al modo de describir á su estilo. Por ser él órgano capital en la etopea, hemos de completar la opinión que se ha desgranado en el curso de esta noticia crítica.

Es gallardo pujante, como lo había menester el fuerte temperamento dramático de Enrique Larreta. No es correcto estilo tan sólo el buen decir y el mucho eufemismo del lenguaje ; condiciones hay que han de tenerse en mira y no es la menos importante expresar el pensamiento con escasas palabras. Tal estilo, que se llamó lapidario, lo reconocemos en su forma más galana, en un escritor sudamericano, que no hemos de nombrar.

Muchos otros han sabido mostrar ejemplo de esa aptitud para condensar pensamientos vastos. Pero han sido proteiformes é irregulares, denunciando, á las claras, el pulimento artificioso. El estilo no era el hombre.

Ignoramos si el autor, en los cuatro años de gestación de «La Gloria de don Ramiro», ejecutó labor parecida. Tiempo no faltó para el caso. Mas cuestión es ésta que no interesa sino mediatamente á la crítica. Baste consignar que su estilo posee las características del lapidario, afirmación no improbable, como puede verse : «Recogían, sobre todo el »segundón, los juramentos y palabrotas de los gañanes, y andaban siempre con la boca hinchada de obs-

»cenidad y ardiendo, uno y otro, en esa urgencia carnal que ataca, de ordinario, á los donceles.» (Pág. 62).

Harto difícil sería, en menor número de palabras, poner en la vida de ambos mancebos, el balbuceo de lo canallesco.

Aúnase á esa condición de fuerza, que le convierte en instrumento eficaz del episodio trágico, la belleza que le anima con ritmo uniforme y que canta de prólogo á utilogo. Sin ser afectado ni abstracto, le sobra eufonía, vale decir, sonidos hermosos, que vibran con la transparencia de aquellos que pudieran ser arrancados del cristal de mayor finura.

Cabe mencionar aún la riqueza lexicográfica que refresca de continuo su linfa; y el original modo de buscar el tropo:

«...mientras sus pestañas larguísimas é inquietas, parecían desprender ilusorio polvillo de lujuria y de nigromancia.» (Pág. 131).

Tal es la talla de esta personalidad literaria, que ha escrito el libro de la raza.

EL UNIPERSONALISMO POLÍTICO ARGENTINO

El señor Rodolfo Rivarola ha escrito un libro de politología, quizá el más orgánico de cuantos vieron luz en nuestro ambiente.

Intitulándose «Del Régimen federativo al unitario», no viene por cierto á renovar la vieja disputa de las horas febriles de nuestra historia. Es sencillamente una página de crítica y la exposición de un principio que representa según su modo de pensar, la necesidad suprema de organizar la República bajo formas que encuadren mejor á las diversas aspiraciones del presente y del futuro.

Se colige que tal principio preconizado es la implantación del sistema unitario de gobierno.

Complejo de suyo el problema, no ha escapado en ninguna de sus variantes á la observación del escritor. A su juicio, unitarismo argentino en el tiempo presente, vale decir, cultura, bienestar moral y económico. El análisis de este punto de vista se inicia desde los albores del entredicho caudillesco hasta la hora actual, presidida por una constitución política amorfa, que perdura á pesar de la desaparición de la necesidad que la engendró.

El autor examina el tópicó en su aspecto político, siendo ajeno á sus propósitos el punto de vista sociológico.

*
* *

El estudio de nuestro federalismo puede subdividirse en cuatro grandes etapas, comprendiendo la

una el ciclo del caudillaje que levanta el pendón con Artigas; la segunda, su florecimiento en la tiranía rosista, para desaparecer en Caseros en su faz trágica; la tercera, la organización federativa institucional y la última, comienza el año 1880, en que surge y se mantiene hasta nuestros días, el unipersonalismo, que llamamos, á la unitarización del país bajo el impulso de intereses políticos, que pugnan con la letra del código constitucional.

Alguien, con mucha propiedad, denomina á la forma que corresponde á los primeros lustros, caudillismo inorgánico, siendo su expresión la montonera. Cuando se producen las afinidades entre los diversos elementos que actúan en el escenario, aquella primitiva forma evoluciona para constituirse en caudillismo orgánico. Entonces la simple tendencia se convierte en sistema político (1).

Antes de entrar al examen de la obra, haremos una digresión.

Si se estudian los principios políticos en pugna, descubriráse al lado de la tendencia autonómica de las diversas provincias, el pensamiento político de las ciudades, de quien es más genuino representante el académico. Así hemos de llamar al unitario. La política institucional fué hartó platónica, para ser aplicada en aquel entonces. Muy eficaz en sociedad organizada, donde ya se hubiera producido la hipertrofia del Estado. El caudillo gobernaba con el adelanto de su época; el unitario que encarnó principios de civilización, estaba demasiado lejos de ella. El error de la crítica consiste en no haber atribuido importancia á esas dos fuerzas antagónicas que matizaron nuestra historia. Es frecuente en la República, sobre todo después de un fracaso democrático, recordar, á guisa de comparación, el valimiento de los es-

(1) José Ingegneros, *La Evolución sociológica argentina*, revista «Renacimiento», núm. 1, pág. 45.

tadistas americanos, cuyo modelo insuperado ha sido Mr. Roosevelt.

En aquella sociedad saturada de cultura, el ex presidente no es un caso extraordinario de dotes y aptitudes. Para llevar á cabo su acción gubernamental, el medio ambiente le ha proporcionado instrumentos valiosísimos, y por consecuencia, á medio ambiente ilustrado corresponde una dirección política ilustrada. *Los gobernantes gobiernan con el adelanto de sus pueblos.*

El academismo es una tendencia de vasta universalidad. La historia de Atenas, en la lucha entre Aristides y Temístocles, registra los dos principios antagónicos. Aristides es académico; pidió á su época lo que ella aun no podía dar de sí, en razón de su relativa cultura.

Para citar hechos más cercanos, dentro de la revolución francesa, el academismo estuvo representado por el grupo de los girondinos; y en nuestros días, la obstinada disputa entre los partidos norteamericanos dió florecencia á un gran académico, Mr. Bryan, cuyas tendencias económicas libre-cambistas y su anti-militarismo son de todos conocidos. Es entonces el académico un tipo superior á la cultura media de su teatro de acción. Desde Sarmiento se ha observado que la lucha, en la era del caudillaje, fué de la campaña contra la ciudad. Explicando el fenómeno, alguien dijo que el federalismo de los campos y el unitarismo de las ciudades surgieron por diferencia de ambientes económicos, tesis que peca de unilateralidad, pues ya es axioma harto notorio que los hechos sociales proceden de complejas causas. El materialismo histórico, aplicado á nuestro problema como á cualquiera de su índole, proporciona un solo orden de causas.

Producido el aislamiento de las provincias merced al imperio de las armas, la idea de la federación se impone como una creencia religiosa. Es entonces

que despiertan aquí y acullá las tiranías. Aldao, Quiroga, López, organizan los gobiernos personales en su más avanzada forma despótica. La voluntad ó la extravagancia de la neurosis constituyen la norma gubernamental. Luego, impera sobre ellos, en razón de dominar en la provincia más rica y mejor situada, Rosas, en quien se complementan las aptitudes y defectos de todos.

Hemos llegado á este punto del análisis con el ánimo de demostrar que la tiranía de Rosas marca, en la historia del federalismo criollo, una tendencia unitaria, que si bien surgió merced á la disciplina de la barbarie, no por eso fué menos pronunciada. Los accidentes de las guerras proporcionaron tal vez al tirano el instrumento que había de esgrimir para fundar su poderío sobre todo el país. En esa forma consolidóse durante la campaña libertadora de Lavalle, uniendo ante el común enemigo todos los intereses federales bajo su dirección.

El país unificóse tras aquellos acontecimientos, solución preludiada por el asesinato de Quiroga. No tuvo Urquiza que librar sino una sola batalla, no fué menester derribar sino una sola cabeza, para apoderarse del país, y en ello está la prueba concluyente de que él era un organismo sometido á recias afinidades.

Rosas entregó el país unido y centralizado. Diráse que tal hizo en su provecho personal y en cumplimiento de miras de ambición y por medios trágicos. La filosofía de la historia no hace cuestión de moral pura.

Aquellos que han tratado de historiar al tirano, antes que Mansilla, Quesada y Ramos Mejía, nos mostraron *cómo* se produjo el fenómeno y no el *por qué* de su producción.

Procedieron empíricamente, á todas luces.

Las consecuencias forzosas de lo que llevamos dicho, pueden sintetizarse así: los académicos, pre-

tendiendo gobernar con resortes ajenos al escenario argentino, estimularon la disgregación de las zonas geográficas llamadas provincias. La tendencia unitaria argentina fundó la autonomía.

En cabio, impuesta la Federación y consagrada por el bautismo de sangre de la dictadura, operóse una reacción contraria. La unidad se produce poco á poco, pese al lema caudillesco que rezaba : ¡ Viva la Federación !

Es indudable que Rosas no tuvo conciencia de la finalidad de su política, de lo que ella importaba para el futuro del país, esto es, de sus ulteriores consecuencias. Eso no obsta para que el hecho no sea valuado en sus justas proporciones. Las tendencias políticas del academismo, la rigidez del principio, el imperio absoluto de la ley, todo lo que es ideológico, no databa de las décadas de efervescencia caudillesca. En los albores de la independencia, impúsose como sistema. De ahí que Artigas, genuino exponente del medio, chocara con los patricios de Mayo, inspirados en los ideales de la revolución francesa, extraños al ambiente.

Nos prueba el caso que, de haber imperado un gobernante sin espíritu de académico, la llamada entonces Banda Oriental habría restado en dependencia política, ya que no administrativa.

En suma, dos, pues, eran las políticas en oposición : la rural y la urbana, á base aquélla de pasión é instintos, y de idealismo la otra.

El señor Rivarola, en la materia que concierne á este capítulo, se concreta al estudio de la significación de la caudillocracia y del federalismo.

Llega á establecer su fórmula, que puede expresarse diciendo, que es el sistema del aislamiento provincial para el mejor predominio de su caudillo. « Libertad é independencia para no cumplir las instituciones. » (Pág. 14).

De este género amorfo de gobierno, se evolucionó

na hacia la unidad, de la incoherencia hacia la coherencia, en cumplimiento del impulso social de la humanidad que «la lleva de las más pequeñas á las »más vastas organizaciones; del núcleo, del clan ó »de la tribu á la alianza de las tribus, antes hostiles, »á la fusión de las tribus en pueblos, á la fusión de »pueblos en imperios, á la formación del sentimiento »de la grandeza nacional, y á comprender una porción »cada vez mayor de la humanidad, bajo una insignia, »una bandera, un nombre común.» (Prólogo, pág. XXV).

El sentimiento de solidaridad ha producido, en efecto, sociedades más vastas que el Estado mismo.

*
* * *

La tercera etapa del régimen federalista comienza después de Caseros y cubre todo el espacio de tiempo que media entre ese hecho de armas y el año 1880.

Nadie ha explicado satisfactoriamente las causas de la actitud de Urquiza, después de derribado Rosas. El general vencedor había sido caudillo por largos años en su provincia y por tanto perteneció al sistema caído y fué uno de los gobernantes provinciales que sufrió la influencia centralizadora del tirano.

Si fuesen á explicarse los acontecimientos con simples palabras, bastaría decir que el jefe entrerriano fué caudillo hasta Caseros y, después de la victoria, organizador de naciones con gran empuje de civilización. Pero nadie puede salir de su individualidad, como dijo el filósofo ó, en otras palabras, la idiosincrasia no se modifica á instancia de los propios anhelos y deseos.

Urquiza, al destronar á Rosas, aniquiló la sugestión de la tiranía que saturaba el ambiente, merced á la cual, florecían todos los instintos regresivos, pro-

porcionando amplio campo á las muchedumbres criminales para el cometido de sus impulsaciones. El terror amilanaba á unos y servía á los otros de escudo protector, de acicate para la acción antisocial.

Esfumándose ese ambiente después de Caseros, el caudillaje quedó en el desamparo, desprovisto de aquel estímulo que le impelía á obrar en la forma por todos conocida.

Si el general Urquiza fué un caudillo de la talla común, es fuera de duda que sintió el vasallaje de las ideas y de la moral reaccionarias, que retoñaban en inmensa floración.

Cuéntase como causa determinante de su nueva tendencia política ese ambiente que así surgiera con poder coercitivo sobre todos los actores del drama de la tiranía.

Aquella enorme reacción vibró en todos los confines del país, dando un vuelco á los sentimientos é ideas de sus habitantes. Se despertaba como de un sueño colmado de pesadillas. Así rematan con las tiranías, las epidemias del terror, por acción de un movimiento social que destruye las tendencias y prácticas hasta entonces imperantes. Los tiranicidas, que casi siempre se alinearon en las filas del tirano, no presienten la explosión reaccionaria; pero en todos los casos fueron dominados por la marea de sentimientos contrarios á los despotismos caídos.

Esa fué la situación de Urquiza después de Caseros.

*
* *

El autor descubre en la idea política de los hombres que dictaron la Constitución de 1853, el reconocimiento expreso de que la forma de gobierno por ella preconizada, no consultaba la aspiración general. «El congreso—dijeron,—con claras nociones, ha for-

»mulado, al fin, la *federación*, quitando á esta voz »lo que tenía de peligroso en la *vaga* y absurda significación vulgarmente recibida.» (Pág. 1). •

Rivarola comenta la frase, atribuyéndole la significación que ella tiene. El concepto vulgar no era otro que el federalismo de la caudillocracia. De cómo, entonces, la organización política que se dió á la República no respondía á las aspiraciones generales. Se dirá que el patriotismo aconsejaba prescindir del consensus popular. Bien está. Mas no por eso queda menos probado que el federalismo del Código Constitucional no fué expresión del sentimiento colectivo.

El proyecto de la constitución de 1853 había dado margen á exploraciones en la ciencia política. Este resurgimiento de los estudios tuvo en Alberdi un poderoso investigador. Suyos son los delineamientos de aquella obra de cultura llevada á cabo en medio de los sombreros de la tiranía caducada. Bien hace notar Rivarola, al hacer correr su pluma sobre el caso, que ninguno más convencido de la imposibilidad de organizar un sistema federal de tipo puro, que el mismo autor de las «Bases». Era cuerdo implantar, según sus expresiones, ó una federación unitaria ó una unidad federativa. Al tiempo, formaba partidarios el tipo federal norteamericano. Los teorizadores, instigados tal vez por un deseo de réplica sugerido por el antagonismo político, impugnaban la fórmula mixta de Alberdi y hacían profesión de fe por la idea norte-americana. Triunfó la buena tesis. A partir de esa época, según Rivarola, el país evoluciona hácia el unitarismo, salvo retrocesos que él denomina, con mucha propiedad, recrudescencias del federalismo histórico, y que fué el de mayor importancia la secesión de la provincia de Buenos Aires, para constituirse en unidad política autónoma.

Había llegado á preverlo el pensamiento de Al-

berdi : «El ferrocarril—dijo,—hará la unidad de la República Argentina mejor que todos los Congresos.»

El autor descubre en esta etapa la federación teórica, resultante de la florecencia de los estudios constitucionales. Resurge el academismo, pero con fines prácticos. Alberdi, en nuestro sentir, con su penetrante intelección, refrenó las destemplanzas del culto de los ideales absolutos. Si propuso un falso federalismo, fué en mira de la unidad del país.

La imitación fiel de las prácticas norte-americanas era el resultado de un optimismo verdaderamente latino. Ese trasplante de instituciones con toda su compleja corte de usos en país que en el largo período de cincuenta años no fundó las suyas, y que se había caracterizado por la ausencia total de la función de gobierno regular y democrático, sólo parece un fruto de ilusionismo. Los pueblos hacen las instituciones y no son éstas las que se improvisan para aquéllos.

El autor prueba, que el federalismo no está impuesto por el remoto antecédente colonial contrariamente á lo que ocurrió en los Estados Unidos. «Cien veces se ha advertido que allí, la nacionalidad se ha formado por el pasaje de la *separación* á la *unión*... Allí, la palabra *federación* se aplica en el sentido propio y etimológico, sin falacia ó sofisma.» (Pág. 371). De ahí que dijera John Fiske : «En realidad, sin embargo, fué el sacudimiento de fidelidad, á la corona británica, y los peligros y sufrimientos comunes de la guerra de la independencia, los que al fin consiguieron cimentar la unión de las colonias é hicieron posible una unión federal» (1).

El gobierno colonial, en cambio, fué en el Río de la Plata unicéfalo, merced á la vigorosa disciplina centralizadora de la administración española.

En suma, el federalismo argentino no es tal, ni

(1) *Ideas políticas americanas*, trad. Carrié, pág. 78.

por antecedentes históricos, coloniales ó nacionales. El sistema híbrido que nos rige se sancionó como una fórmula transaccional, algo así como un pacto con el pasado sangriento. Desaparecidas las pasiones en conflicto, y con ellas la necesidad que impuso la sanción de la constitución, el régimen político que consagra ésta, es un anacronismo.

Tal es la síntesis del pensamiento de Rivarola y tal su punto de arribada.

A modo de crítica agregaremos, que la centralización del sistema colonial sólo fué administrativa. Otros factores muy importantes contribuyeron á formar el espíritu localista de cada provincia. Tómense por ejemplos las diversas condiciones del ambiente físico, tales como el clima, la orografía é hidrografía, la calidad de las tierras; no se olvide tampoco que el alimento económico en que vivían las provincias con su mecanismo de aduanas interiores, cooperaba á esa diferenciación.

No eran coincidentes los intereses de cada una de ellas. Sostenido como política y *modus vivendi* por la metrópoli, el monopolio contribuía á prestar una fisonomía casi internacional á cada una de las provincias. En punto de vida económica debían tratarse como naciones extranjeras; ello daba por resultado la adopción de industrias peculiares en unas y otras, con el fin de hacer más favorable el intercambio.

Se dice en ciencia política, que en la organización de una nación concurren dos condiciones fundamentales: territoriales y nacionales, esto es, la existencia de un territorio y de un pueblo.

Es el primero, como bien lo denomina Boistel, el cuerpo del Estado y ha de reunir ventajas tales, que él no deba carecer de una producción propia y de una facilidad de comunicaciones (1).

(1) *Cours de philosophie de droit*, T. II, pág. 300.

Y bien, pues, el aislamiento colonial estaba consagrado por una condición física irreparable en la época aquélla. Las famosas travesías de San Luis, de la Rioja y Catamarca, que se singularizan por la ausencia de agua, ofrecen un ejemplo de la calidad del obstáculo ; y así, en el sur de Córdoba, en el trayecto á Mendoza y San Luis, abundan los arenales surcados por escasas corrientes de agua, que la permeabilidad del terreno absorbe y los recios vientos evaporan, cuando ellas no son salobres, merced á filtraciones de ciertas lagunas, ó á la composición del lecho en que corren, como las del río Desaguadero.

Montañas desnudas de vegetación, escarpadas y difíciles de trasponer, se alzan como vallas en las provincias del Norte. Por otra parte, bosques impenetrables, que escondían toda guisa de peligros en su seno, desde el asalto del felino y el veneno de la serpiente, hasta el pantano disimulado por la traidora tierra arcillosa, formaban confines naturales. Así, parte de Santiago del Estero y la selva de Montiel. El oriente aislado también ; los dos ríos colosales de la región mesopotámica retenían el galope del caballo, casi único elemento de transporte. Por el centro y sur del antiguo virreynato, la pampa con su tierra arenosa y su única corriente de agua, dominio de los indios cebados en los malones, eran suficientes motivos para que no turbara su soledad y misterio.

La barbarie colonial, que dormía para hacer explosión en la lucha de montoneras, tenía razones poderosas para amar el aislamiento. Si bien hubo unitarismo administrativo, recuérdese que, dada la poca ingerencia del criollo en la gestión pública, esa escuela política no encarnó en la opinión general.

Supone el señor José Nicolás Matienzo, en su reciente libro, que el actual federalismo es fruto de la

descentralización administrativa colonial (1). Concepto histórico erróneo en alto grado. Las intendencias, supuestos núcleos federativos, no fueron sino apéndices de la autoridad del virrey, el superintendente. Si las leyes pudieran alimentar alguna duda en contra, las prácticas administrativas bastarían para disiparla. Los gobernadores intendentes actuaban con menos independencia que un gobernador delegado del sistema unitario; y así era que estaban obligados á comunicar al virrey las más pequeñas incidencias de su administración y aun aquellas ajenas á esa órbita, como los oficios anuales dando cuenta del estado del tiempo y del precio de los artículos. Patriarcalismo administrativo.

Este documento tomado al azar y que lleva la firma del gobernador intendente de Córdoba, comprueba la tesis que sostenemos :

«Excmo. Señor :

»A petición del P. Rector de este colegio de
»Monserrate Fray Pantaleón García, ha sido pre-
»ciso retirar á Fray Ant^o. Campana pasante del mis-
»mo Colegio reemplazándolo con otro religioso, por
»haberle faltado el respecto en varias ocasiones.

.

»*En esta atención se servirá V. E. determinar
»lo que tenga por combeniente.*

»Dios gue. á V. E. ms. as. Cord.^a 19 de Abril
»de 1804.

»Excmo. Sor.

»(Firmado) JOSÉ GONZÁLEZ

»Excmo. Señor Virrey Dn. Joaquín del Pino.»

(1) *El gobierno representativo federal en la República Argentina,*
págs. 49 y 68.

El subrayado nos pertenece. En respuesta, el virrey se limita á acusar recibo (1).

Su acción centralizadora era tan poderosa, que reglamentaba los actos más ajenos á la administración pública, si se les juzga con el criterio moderno. En comunicación datada el 15 de noviembre de 1804, el Regidor Propietario del Cabildo de Córdoba, don Francisco I. Gache, haciendo caso omiso del Gobernador Intendente, se queja al virrey Marqués de Sobre Monte, de la conducta de los regidores y alcaldes que no visten con propiedad. Era costumbre inmemorial que concurrieran con peluca artificial ó formada con el propio cabello y bolsilla negra, provistos de espada, sombrero apuntado y corbata blanca al cuello. Ahora—agrega,—por corbata llevan pañuelo amarillo, por bolsilla, un cordón de algodón ordinario ó un lazo de badana blanca, y haciendo las veces de sombrero apuntado, sombrero de ala tendida.

El virrey resolvió, con fecha 24 de noviembre del mismo año, que los cabildantes estaban obligados á usar el traje de ceremonia en los días en que el Cabildo saliera formado en cuerpo, debiendo presentarse, por tal razón, con peluca, espada, sombrero apuntado y vestido del color que tuvieren por conveniente. Prohibición de llevar el sombrero redondo dentro de la ciudad. Además, los regidores que no ejercieran cargo de jurisdicción, estaban autorizados

(1) *Archivo General de la Nación*. Sección Virreynato. Débese reconvenir á los hombres de pensamiento que trabajan sobre nuestro pasado histórico, que se alejen en sus investigaciones, de la copiosísima documentación que guarda el nombrado Archivo. Nuestras glorias, nuestras desventuras en los tiempos aciagos, el patriarcalismo colonial, la verdadera fisonomía y el pulso de todos los tiempos, sólo puede encontrarse allí. Preténdese fijar conceptos inquebrantables, cuando aún está inexplorado el caudal informativo que nos ofrecen sus colecciones. Este Archivo que atesora nuestras tradiciones, título suficiente para fundamentar la veneración de todo argentino, ha sido olvidada por los gobiernos, que nunca le prestaron apoyo, ni en ocasión alguna facilitáronle medios para desenvolver dignamente su acción.

para usar el traje de su agrado, no tratándose de concurrir á ceremonias ó á los actos capitulares (1).

Las condiciones de la vida colonial producen, pues, una actitud en sus pueblos para organizarse en federación ; pero la incultura ambiente los presenta como desaptos para verificarla. A nuestro modo de contemplar el caso, á esos dos términos débese *la aparición* del federalismo y *su fracaso* como tendencia política. Algún otro factor, quizá el etnológico, que ya fué señalado por un escritor, prestó su influencia (2).

Hubo, en síntesis, una razón de orden social que legitimaba la fórmula federalista : el aislamiento geográfico y económico ; y al tiempo, una razón política que la bastardeó : la incultura.

*
* *

Está la tercera etapa del federalismo argentino tipificada por la revivificación del gobierno de predominio personal, sistema que Rosas ensayó desde el año 1840. Comienza ella en 1880, con la presidencia del general Roca.

Se hace desde entonces política unitaria con un doble fin, el personal ya enunciado y el general que consulta los intereses del país entero. Movido por esa etiología, el gobierno federal ensancha su órbita de acción, hasta penetrar en el resorte de los gobiernos locales.

Cuando se trata del interés general y más comúnmente del interés provinciano, el bastardeamiento de la letra constitucional no encuentra opositores, salvo el caso doctrinario. La obra pública y la escuela que se abre á expensas del tesoro nacional, son beneficios que siempre se prestigian, cualesquiera

(1) *Archivo General de la Nación*, Sección Virreynato.

(2) Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas en América*.

que fueren los medios puestos en uso. Mas algo distinto ocurre, en llegándose á poner en práctica la política del unipersonalismo presidencial, que en el lenguaje corriente ha merecido el nombre de unicato. El país entero entonces se echa en cara la audacia é incivismo de sus gobernantes, hallando en ellos, con anhelo de ver siempre la superficie de las cosas, las causas de tamaño mal.

Conocida es la función de lo que podríase titular unipersonalismo presidencial, inventado en el año 1880. Es el instrumento de predominio, ó, en otras palabras, la intervención federal en las instituciones provinciales con el propósito de organizar la forma republicana de gobierno.

Ella tiene por objeto convertir en adicto, al gobierno provinciano adversario á la política del presidente, á los efectos de las elecciones de senadores, diputados y electores del primer magistrado de la República. Las provincias, pues, toman á su cargo el compromiso de enviar á Buenos Aires congresales del tinte político del presidente, quien, para dirigir el país, ha menester de esa mayoría parlamentaria. ¿Y cómo realizan los gobernadores tal tarea? Inter viniendo en el sufragio. Llevan en la gestión un doble interés personal, puesto que, al consolidar su situación política en la provincia, aseguran sus senadurías nacionales. Todo gobernador cesante viene á la capital invistiendo el carácter de senador. Los congresos provincianos, frutos de la intervención del gobernador en el sufragio, no olvidan el supremo deber de designarlo como tal.

Diputados y senadores debieran elegirse simultáneamente con el presidente de la República y durar en sus mandatos tanto tiempo como él ; de ese modo la intromisión presidencial en las porvincias perdería parte muy grande de su objeto, puesto que la elección simultánea proporciona homogeneidad de ideas políticas en los ciudadanos que han de ejercer el po-

der ejecutivo y el legislativo. Contando con mayoría de representantes en el último el partido del presidente, no surgirían los conflictos que ponen en conmoción las instituciones (1).

A más de esta reforma de la constitución, convendría establecer que los gobernantes salientes no podrán ser elegidos en el carácter de diputados y senadores nacionales hasta pasado un período de dos años.

Se dirá que, de admitir la enmienda, se priva al gobierno de consejeros experientes. Este razonamiento sería valedero en países de elevada cultura política. En el nuestro, la historia parlamentaria enseña que, en las deliberaciones del senado, los exgobernadores han tenido una participación pasiva. De lo que se infiere, que está muy remota la necesidad de incorporar al parlamento nacional á los ciudadanos que han ejercido el poder ejecutivo de las provincias. Cuando nuestras instituciones fueren más perfectas, merced al mayor adelanto, no habría inconveniente en dar vigencia á los principios liberales que rigen hoy la materia. Una razón de moral pública aconseja en el presente la reforma preindicada.

Fuera de la intervención, instrumento destinado á sostener la hegemonía política, el unipersonalismo dispone de medios que aseguren su persistencia futura.

Nuestro país reconoce, desde 1880 á la fecha, *las posteridades presidenciales*, valga la expresión, ó sea el método para hacer triunfar al candidato sucesor. En la esfera de acción de las provincias, son notorias las *posteridades gubernamentales*.

Este método de dejar el sucesor, tiene en mira

(1) Tal, el que ocurrió entre el presidente Figueroa Alcorta y el Congreso, en 20 de enero de 1908, con motivo de resistirse éste á votar la ley de presupuesto.

la consolidación del unipersonalismo por tiempo indeterminado.

No está parte de la causa del mal en los políticos intervencionistas, sino en la forma de gobierno, que pone en sus manos la intervención. Bien á las claras vese que estamos en pleno unitarismo, merced al uso de medios con propósitos vedados. Unitarismo con farsa y con máscara. Este aspecto del problema sugiere á Rivarola una conclusión cuya verdad ha sido consagrada por los acontecimientos que se realizaron en las tres últimas décadas: «Cuanto más gobiernos haya, menos libertad tendremos.» (Página xxx).

Es entonces que el concepto unitario adquiere el valor de una necesidad. Por de pronto, eliminando la farsa y la mentira, que son endémicas de nuestra política, aparecería como un resurgimiento moral y cívico. La tendencia criolla al unipersonalismo, podría ensayarse legítimamente dentro de la órbita unitaria, sin falsedades ni coacciones.

Roca, que se encumbrara con todos los prestigios de la representación de la tendencia provincialista contra el porteñismo unitario, y que durante treinta años ofició de pontífice de la política orientada en el intervencionismo, ha sido vencido en la actualidad con sus propias armas con motivo de la elección del señor Roque Sáenz Peña para la presidencia de la República.

Nadie, antes de ahora, se atrevió á disputarle el uso del instrumento de su invención. Un político que se alineara en sus filas y en quien él, á buen seguro, no había adivinado al futuro adversario, el señor Figueroa Alcorta, abrazó de alma el sistema de las intervenciones. Era necesario subsistir, y para ello derribar los gobiernos provinciales contrarios á su gestión política. El federalismo argentino exige el absurdo de que el presidente de la República sea un profesional de la política. Y derribando *situacio-*

nes locales, derrumbó al patriarca del unipersonalismo.

La opinión pública, al iniciarse la obra de destrucción, pensó en el gesto de lucha del general Roca. Nunca le habían vencido de veras los embates populares. Pero ahora entraban en liza armas nuevas. El gesto no se vió y si lo hubo fué el del desengaño.

Pensará esta vez el general, que son amargas las victorias que preparan futuras derrotas; y quien ponga un poco de reflexión sobre el panorama de nuestra vida constitucional, habrá de convenir que nuestros estadistas son tales mientras están en el poder ó cuando son prohijados por el oficialismo.

No queremos expresar que los méritos de cada uno sean nominales. Hemos traído el análisis hasta este punto, sin otro propósito que el de demostrar, que los hombres públicos fracasen dentro de nuestro federalismo-unitario, por razón de la inmensa complejidad de los factores, que dan el triunfo ó la derrota.

No se extrañe entonces que pertenezca al general Roca el aforismo con ribetes maquiavélicos, «en política se hace lo que se puede y no lo que se quiere.»

Sostiene por su parte Rodolfo Rivarola «que cumpliendo el sistema contradictorio de la Constitución, el gobierno central no puede desenvolver por sí la idea política, sin chocar con la posible contradicción de los gobiernos de provincia, que tienen derecho de pensar y proceder en oposición á cualquier política del gobierno central.» (Pág. 375). Luego analiza el programa, que la presidencia de Figueroa Alcorta denominó de reacción institucional. «Si el Presidente respeta la política interna de las Provincias, fracasa su reacción institucional. Si respeta los fueros parlamentarios, en un Congreso, que constituye, no la representación del pueblo de la

»Nación, y de las entidades provinciales como quiere la Constitución, sino de las *situaciones políticas* de las últimas, fracasa también. Si obtiene la elección pura y libre, el Congreso, desalojado en parte por esta elección, anulará las elecciones parciales que le convenga, como único juez de las mismas, si acaso aquélla, pura y libre, no diera el triunfo á los partidos de las situaciones locales, más fuertes en realidad, por la influencia y organización del poder, que los que están afuera. Para asegurar una elección libre sería preciso asegurar primero un Congreso que quisiera esta política, para lo cual tendría que formarse, fuera de la libertad del sufragio, en orden sólo á los fines de la política presidencial, violando la Constitución en lo que tiene de más fundamental: la representación del pueblo.» (Pág. 377).

La tesis del autor nos es simpática y cuenta con nuestra opinión. No deja, empero, de suscitar nos muy serias dudas su eficacia práctica, frente al problema que se debate. Hasta ahora hase demostrado que el fruto necesario del federalismo no pudo ser más anti-institucional. El derecho de intervención no apareja otra cosa que una restricción de la libertad política.

Puesto el país en la circunstancia de ser regido por una organización unitaria, el presidente de la República nombraría sus gobernadores delegados. Establecidas que fueran las comunas en cada una de las provincias ó zonas administrativas del territorio nacional, la situación del gobernador delegado en un caso de gestión política cuya tendencia estuviera en conflicto con aquella que representarían las municipalidades, sería solucionada con los medios que hemos analizado.

Surgirá más clara la hipótesis que prevemos, si se supone la acción política de alguno de los gobernadores de las provincias federadas, dentro de su te-

ritorio. Se probó antes que el impulso social hacia el unitarismo obligaba al mandatario que gobierna una provincia á ser delegado del presidente de la República en lo que á política atañe. Acéptese como caso ejemplar el de Buenos Aires. Siendo la provincia una unidad política y administrativa, no cabe, al tratar de su régimen interno, hablar de federación si se dejan de lado las pequeñas autonomías de las municipalidades. El gobernador de Buenos Aires en la actualidad y el presunto gobernador delegado del unitarismo, tienen por delante idéntico miraje. En ambos casos, funcionan comunas. ¿Cómo resuelven los políticos dirigentes de la provincia de Buenos Aires un conflicto con una comuna, que pretende sustraerse á los fines de la política regimentada? Se acude al intervencionismo, que tiene una función paralela al propiciado por los presidentes de la República: destruir y regimentar las fuerzas políticas locales, con el fin de suprimir la libertad del sufragio. El comisionado es la alta creación de la astucia criolla. Así denominan en la provincia de Buenos Aires al interventor de las municipalidades.

El señor Marcelino Ugarte, titular del unipersonalismo bonaerense, fué destronado por su sucesor el gobernador Irigoyen, gracias á la intervención del comisionado, como en el orden nacional el general Roca lo fué por el presidente Figueroa Alcorta.

El programa del partido unitario que Rivarola resume en una hermosa fórmula, «una sola ley, un sólo gobierno, una sola justicia para toda la Nación», no podría cumplirse, pese á sus bondades, al menos en la forma prestigiada por su sostenedor.

La llave de la política argentina está en las municipalidades. Fuera federal ó unitaria la organización de la República, ese punto estratégico habría de ser dominado, ya que no por la violencia, por medio de la argucia legal.

No conjuraría el unitarismo, según nuestro pen-

sar, la crisis política que nos aploma. El error del autor consiste en suponer que los factores determinantes de ella son meramente de tipo político. No se eche de menos nuestra psicología y las causales económicas, jurídicas, morales, que indudablemente contribuyen á formar el substrátum del fenómeno.

Convencidos estamos de que el unipersonalismo es una superestructura del caudillaje. Este último mal pretendió curarse con la receta unitaria. Fué menester que el país realizara la evolución económica y la transformación de sus hábitos, para que el caudillo se redujera á un figurón de los tiempos históricos.

Es, entonces, el fin de la política argentina el unicato, y el medio destinado á obtenerlo, la intervención propiciada por los textos constitucionales. Con el señor Rivarola, los pensadores sanos llaman á esa fórmula, crisis política.

En concepto nuestro, ella arraiga fuera del campo de las instituciones, afirmación que no importa negar, la influencia malsana que ellas ejercen.

Esos motivos de orden político, condicionan el fenómeno, pero no son los únicos que actúan sobre él.

De pensar lo contrario, admitiríamos que los procesos sociales responden á una sola fuente de causas, idea que de antiguo ha desechado la sociología, al comprobar que la complejidad es una de sus características.

*
* * *

Podría creerse, dado lo expuesto que sólo existiera un único partido político, por cuanto una es la tendencia política realizada é imperante. No se incurriría en mucho error al aceptar la conclusión. Pensamos con Rivarola, que no hay en pie, sino partidos personales cuya organización no responde á programas determinados.

Examínese, al pasar, el significado y la misión de nuestros partidos. Uno hubo que se llamó republicano. En verdad que su título fué pleonástico. Todo partido que desenvuelve sus fuerzas en el seno de un país democrático ha de sustentar ideales republicanos, á menos que una fracción de ciudadanos luche por el triunfo de una tendencia monárquica. Se concibe entonces que la agrupación política que combate esa tendencia, tome el nombre de republicana, por el hecho de encarnar principios contrarios. Esto y no otra cosa hacía suponer al extraño el llamado partido republicano, salvo que hubiera querido expresarse que las instituciones democráticas no existían.

A pesar del relajamiento político, no cayó la nación en tal crisis.

El de mayor arraigo y disciplina es el partido radical. Su título induce á suponer en un programa de ideas avanzadas. Baste decir que ello no sucede así, puesto que gran número de afiliados están embanderados en el catolicismo, lo que, en consecuencia, significa en política la adopción de principios conservadores, esto es, todo lo opuesto á ideas radicales. Alguien, además, observó que éste es un partido radical que se abstiene de ejercer el derecho y deber político del voto. Prueba acabada de que no existe programa de principios radicales.

Por anacronismo figura aún en las luchas del día una agrupación que se intitula partido autonomista. Es éste un mote histórico que recuerda la separación de Buenos Aires del resto de la República confederado en 1852. Cincuenta años han pasado desde la incorporación de Buenos Aires á la federación; cincuenta años han corrido después de la desaparición de la autonomía de aquella provincia. ¿Qué significado científico ó político tiene en los momentos actuales el título del partido que de 1852 á 1860 pugnaba por la autonomía de Buenos Aires? Se diría

que aun estamos delante del problema de la reorganización nacional, vale decir, que una fracción del país anhela su independencia como entidad política.

Pregúntese por el programa á este partido que empieza por no saber darse un nombre. Como si estas impropiedades no bastaran, ocupa su sitio en la lucha, el partido autonomista nacional. Querráse, indudablemente, expresar que anhela las autonomías provinciales dentro del concepto del federalismo. Ninguna agrupación política ha negado esas autonomías, desde la reorganización nacional hasta ahora. Es otro mote histórico, que induce á pensar que nos hallamos en estado de colonia, esto es, que el país no goza de independencia, de autonomía, y que por tanto se ha organizado una fuerza política para procurarlas, denominándose lógicamente partido autonomista nacional

Empero todos ellos creen poseer programas, cuyos fines son : la libertad de sufragio, la honestidad administrativa, el engrandecimiento del país, ideales á cuya consecución propenden las actividades tanto de unos como de otros. Se preguntará en qué difieren entonces.

Los partidos argentinos, salvo una excepción de que nos ocuparemos, difieren por los nombres que los dirigen. En razón de ser personales, hoy aparecen y mañana desaparecen por anemia, sino escalan el poder.

El programa enunciado es una promesa vaga. Ninguno dice *cómo* se obtendrá la libertad de sufragio, *cómo* la honestidad administrativa y *por qué medios* se llegará al engrandecimiento moral y material de la República.

La libertad de sufragio está coartada, fuera de la Capital Federal, por el fraude acompañado de violencia, y, dentro de ella, por la venalidad. Es necesario, entonces, formar una conciencia social que incrimine el delito electoral, como incrimina el robo y el

homicidio, puesto que no es menor el interés colectivo comprometido en ambos casos por la ofensa anti-jurídica, y que, por consecuencia, reduzca el delito á su mínima expresión. Desgraciadamente la política no es ciencia entre nosotros. Para un político criollo es demasiado lastre una ilustración adecuada de ciencia social. No hay relación directa entre el esfuerzo que se pondría en práctica al adquirirla y la utilidad que produciría esa adquisición. Para rellenar el hueco, sobra el efecto teatral de la oratoria. La formación de una conciencia colectiva entre nosotros para sancionar el delito electoral, ofrecería enormes dificultades. En ciertas manifestaciones, el criollismo tiene sus tonalidades de amoralidad bien definida. Se puede comprobar lo dicho en el caso que estudiamos. La venta del voto es un motivo de vanagloria, considerado por la opinión más general como la realización de un acto que implica *viveza*, como se dice en la lengua corriente.

En balde condenan los hombres sanos y se refleja en la prensa la protesta. No es menos apreciado por ello el delincuente, sobre todo por la juventud, que halla en ello causa de chiste y de risa.

Sería difícil y problemático, torcer la corriente social. Hallar esa solución es la labor del verdadero estadista.

Sorprende la ausencia de todo móvil económico en los programas de los partidos, cuando urge resolver problemas de esa índole. Hablan en cambio del engrandecimiento moral y material del país. No hay otros medios conducentes á ello, que la obra pública y la escuela. Olvídase, en tanto, la reforma del régimen tributario; el problema de la moneda; la reforma de la constitución; la reorganización de la justicia; la multiplicación de las universidades; la legislación del trabajo; comprendiendo el contrato y la inspección; una política de selección inmigratoria; la abolición de la tradición como medio de publi-

cidad de los derechos reales, sistema que fué desechado en los últimos tiempos de Roma antigua; y establecimiento en su lugar, de la publicidad por los registros, según el régimen de Torrent, capítulo éste de gran interés social que conjuraría el malestar económico que perturba los negocios sobre inmuebles, poniendo á cubierto á sus adquirentes de las sospechas de posibles reivindicaciones; la supresión de la iniciativa parlamentaria en materia de gastos, entre otras de las reformas constitucionales particulares (1), causa inicial de nuestras deudas; implantación de una política agraria con el propósito predominante de combatir el latifundio inexplorado, para malograr así por medio de impuestos elevados el egoísmo de los terratenientes que permanecen inactivos, en espera de la mayor valorización de sus tierras, á costa del trabajo de todos, del trabajo social. Es ésta una forma de obligar á los propietarios á cooperar al progreso general, con el resultado inmediato de la división del latifundio, lo que vale decir, aumento de medios de producción, de riqueza y de población. Por último, organizar el país según el molde unitario, con municipalidades electivas que sean núcleos, como se ha dicho, de cultura política; y arbitrar los medios que pongan en manos de la sociedad una moral nueva, creadora de una conciencia pública que incrimine, entre otros, el delito electoral y la impudicia administrativa.

A grandes rasgos éste sería, á nuestro modo de ver, un programa de partido. Verdad es que se choca con la indiferencia popular. En la República, la ley

(1) Débese quitar á los acuerdos de ministros, por medio de un precepto constitucional, la facultad de autorizar gastos. Como consecuencia forzosa, sería menester crear para el caso de receso del parlamento, una comisión legislativa compuesta de dos senadores y tres diputados. Se evitaría así la violación de la ley de 1885, que sólo permite al poder ejecutivo hacer los gastos que exijan las circunstancias, *en casos de intervención nacional, conmoción interior ó ataque exterior*, con obligación de rendirle cuenta en el primer mes de sus sesiones.

del mínimo esfuerzo tiene un gran desarrollo. No es la abstención electoral sino una consecuencia de la tendencia al menor esfuerzo. Por otra parte, el extranjerismo que arraiga en la Capital Federal, encontrando felices condiciones de vida, fomenta la indiferencia del criollo.

Hemos de ver más adelante, cuando esta crisis política actual castigue al país en la forma de crisis económicas, si el elemento extranjero persevera en su actitud pasiva de buen burgués, que nada realiza porque nada teme.

La ley de inmigración, consultando ó no principios constitucionales, debería contar entre sus preceptos, el de la ciudadanía. De otro modo, se forma una población sedimentaria que por indolencia queda fuera de la órbita de la gestión pública. Ha tiempo que es menester incorporar en nuestra política, como factor decisivo y antagónico de la corrupción del sufragio, el interés. Movidos por el interés, los hombres no escatiman esfuerzos de actividad. El delito electoral se tornaría en delito contra el propio interés, como si se dijera, contra el patrimonio de cada cual.

Cuando el economismo entre en lucha, contará el país con gobiernos representativos.

La fortuna de la República, en su gran parte, está en manos de capitalistas extranjeros. Ellos representan el *mayor interés* y, no obstante, sus opiniones no pesan en la balanza política. Permanecen siendo extraños, porque el país es nuevo y, por consecuencia, sus habitantes se adineran con facilidad, pese á todas las calamidades políticas y morales. Se argüirá que, dado el enorme contingente de hombres de aluvión que se incorporan año tras año al país, es peligroso poner en sus manos el derecho político, por cuanto pudiera predominar una tendencia antinacionalista. Ensueños de escritores de allende los mares, que piensan en la *Colonia Argentina*. Ignoran de seguro que el ambiente posee tal fuerza plasmadora,

que el colono presunto se adapta antes del año, pena del ridículo. Pena del ridículo, que será el primero en imponer el hijo del inmigrante.

Las fuerzas sociales no se dirigen ni se acumulan en el sentido que le place al experimentador, afirmación de carácter axiomático, que nos revela la prueba.

Sólo un partido argentino tiene bandera programática, el socialista. Hasta ahora se insinúa como fruto del urbanismo de la Capital Federal, con alguno que otro eco en diferentes centros de población densa.

No representa en la Argentina una aspiración general. Enrique Ferri halló ocasión de constatar, que las condiciones económicas que producen la florecencia de una agrupación de esta naturaleza, no existían sino de modo parcial. En efecto, el país, dijo, no ha salido aún del período agro-pecuario. Siendo esto así, nuestro industrialismo es un fenómeno económico de escasa intensidad.

Empero, disentimos en parte. Hay un proletariado que no se ha quejado nunca, el peonaje de la estancia argentina, del ingenio de azúcar, del obraje de los bosques. Es nuestro proletariado rural. La tierra del señor valorizóse enormemente sin su esfuerzo; el precio del ganado ha experimentado sensibles alzas y el peón de campo, como se dice en el tecnicismo, queda, delante de las ventajas del capitalista, reducido á su primitiva condición económica. Verdad es, que el albergue y el sustento se le ofrecen gratuitamente, pero por de pronto debe fernerse presente que su condición familiar está impuesta por la naturaleza de su oficio. Peón casado no es peón; la estancia sostiene al trabajador soltero, que, en cambiando de estado, ha de mudar de profesión. De peón á puestero, domador ó carrero.

Si en el socialismo el vínculo es una emoción, no contará al gaucho en sus filas. La ignorancia por

una parte de su condición y el temple de su carácter le proporcionan fuerzas sobradas para anular la protesta.

Otro de los industrialismos nacionales está en plena formación. La industria de la minería podrá alinearse en medio de los factores del progreso nacional, cuando la red ferrocarrilera acerque las provincias á los puertos. En previsión de ese futuro, la ley pertinente legisla la inspección del trabajo (1).

Pese al juicio que llevamos hecho, el partido socialista enarbola una bandera; pero los capítulos de su carta política tienen mayor afinidad con el credo de un partido radical, como ya lo observara el precitado pensador italiano, que con su tendencia de innovación social. Véanse las ideas que llevó á las elecciones del 13 de marzo de 1910: 1.º Representación de las minorías; 2.º Separación de la Iglesia y el Estado; 3.º Inspección del trabajo; 4.º Supresión del servicio militar obligatorio y creación de la milicia ciudadana; 5.º Reforma del régimen tributario é implantación del impuesto progresivo; 6.º Derogación de la ley de residencia; 7.º Abolición de la pena de muerte; 8.º Municipalidad colectiva; 9.º Responsabilidad de los patronos en los accidentes del trabajo.

Si el llamado partido radical respondiera á su nombre, ha tiempo que hubiera prohibido semejante programa, salvo en lo que se refiere á la derogación de la ley de residencia y de la ley de servicio militar obligatorio, cuya existencia está fundamentada por intereses de orden nacional.

En cambio, en nuestro concepto, el plan socialista argentino deja de mano el tópico de la organización del trabajo por el Estado ó sea el *derecho al trabajo* y sus ideas extremas acerca de la propiedad

(1) *Código de Minería*, sección II, condiciones de la explotación.

privada de la tierra, consagradas por las doctrinas comunistas desde Proudhon en adelante.

El caso es bien característico y en él va la prueba de que las condiciones actuales del país no pueden prestigiar sino un socialismo sentimental, queremos decir, inspirado por el sentimiento. De ahí que las personalidades dirigentes ayer, esto es, los elementos intelectuales del partido, hayan perdido su influencia. La política del sindicato ha proporcionado á la Federación Obrera la jefatura de la agrupación y desde entonces un tinte de pasionalismo matiza todos sus actos (1).

¿Qué aspiraciones comunistas podrían preconizarse en un país, donde enormes extensiones de tierras están aún en manos del Estado, vale decir, no son objeto de propiedad privada? ¿Qué derecho tiene el proletariado á exigir que el Estado le proporcione el trabajo, cuando la oferta privada de él supera á la demanda?

Los fenómenos económicos del capitalismo europeo no radican en la República; y esto es bien sencillo de explicarse. Aquellas sociedades milenarias han llegado á las últimas etapas de su desarrollo, en tanto que la nuestra, á fuer de adolescente, está elaborando su porvenir. Para crear capital en Europa es menester emplear capital; su formación depende en la Argentina del trabajo.

Son, pues, diversas las condiciones del problema.

*
* * *

Se dijo en uno de los párrafos antecedentes, que la unitarización del país respondía á un doble

(1) Por otra parte, esta lucha entre el ideal y el sentimiento, es conocida de algunas sociedades: «La situación ha cambiado en pocos años: diputados, personajes oficiales del Socialismo, y aún los simples militantes, ya no son solicitados para dirigir las operaciones de guerra; los Sindicatos y las Bolsas del Trabajo ya no quieren diputados. Les basta con Griffuelhe, Merrheim, Lévy é Ivetot.»—Mermeix, *El Socialismo*, edición Ollendorff, pág. 164.

fin, el personal, que acaba de analizarse, y el general, que consulta los intereses colectivos.

El doctor Rivarola ha observado el proceso de la centralización por medio de la obra común á todos y dedica á su estudio los más importantes capítulos de su libro.

Antes de entrar en materia, propónese hacer el juicio de lo que él denomina, no sin razón, federalismo teórico.

En puridad de verdad, su gestión político-social ha sido contraproducente. Los propósitos primordiales consagrados en el preámbulo de la constitución, no han encarnado en los hechos. Se encarga de probarlo el autor. El federalismo no afianzó la justicia. La dual organización de ella, en sus jurisdicciones provinciales y federales, y ordinaria y federal en la capital de la República, establece un intrincado sistema, cuyas perturbaciones, en el orden de las relaciones jurídicas, son bien manifiestas. La unidad de la justicia es una necesidad social, que tarde ó temprano ha de realizarse. Así lo exigirá el progreso económico, cuando esta fuerza tercie en la lucha política.

El federalismo no consolidó la paz interior, otro de los objetivos del preámbulo. Fresco está en la memoria el recuerdo de las revoluciones y asonadas que el país ha soportado de 1853 á la fecha.

En la consideración de este punto disentimos con el autor. Sería arbitrario echar mano de un solo factor como determinante de un fenómeno. Es indudable que el federalismo fomenta las turbulencias, en razón de su escasa disciplina institucional, queremos expresar, de su espíritu de disgregación.

Luego hace desfilan el autor aquellos hechos que él llama factores unitarios, á quienes atribuye tendencias centralizadoras.

Tiene por tales el establecimiento de la capital de la nación de Buenos Aires. La aspiración del

provincialismo argentino fué antaño contraria á esa idea. Recuérdese el fracaso de la ley de la capital en tiempo de la presidencia de Rivadavia.

La ciudad de Buenos Aires, como capital, es una nota exótica dentro del federalismo. Representa ella un sexto de la población total del país, y es al mismo tiempo colegio electoral de enorme capacidad. ¿Dónde está, pues, la virtud de este sistema federativo, que empieza por negar su ventaja de sistema político de contrapeso y equilibrio?

Si el civismo no estuviera adormecido en el país entero, Buenos Aires, con sus innumerables electores, se pondría en condiciones de dictar la ley á la federación.

El segundo de los grandes factores unitarios es, según el autor, la obra pública y la inmigración. El ferrocarril avanza hacia el desierto y el inmigrante puebla la soledad.

El canal de irrigación, el camino de hierro, que sacuden la apatía de las provincias enclaustradas por la distancia, son obras construídas á expensas del tesoro nacional. Ellas, como unidades autonómicas, están privadas, por circunstancias naturales, de realizar uno de los fines primarios del Estado, vale decir, carecen de capacidad económica para gobernarse.

Cumplióse entonces la profecía de Alberdi recogida por el autor: «El ferro-carril hará la unidad de la República.»

Es otro factor unitario la política de cultura llevada á cabo por la nación. Ciertos gobiernos provinciales se encuentran incapacitados para realizar otro de los fines del Estado. La escuela ha sido obra de la administración federal, en un tiempo, bajo la forma disfrazada de las subvenciones, y después merced á la ley Láinez.

La federación ha prohijado el analfabetismo y por ende la incultura política.

Queremos poner los puntos de la pluma sobre dos

factores unitarios, que llamaríamos económico, al uno, y moral, al otro. No son sugeridos por la actuación del provincialismo radicado en la Capital Federal.

Existe un evidente desnivel económico entre la ciudad de Buenos Aires, europea en la plena aceptación del vocablo, y el ambiente de la mayoría de las provincias. De este hecho deriva, á nuestro modo de observar, una corriente centralizadora que se efectúa por la incorporación del provinciano á la metrópoli, que acude á ella en busca de horizontes más felices. La provincia se ve privada, entonces, de sus elementos más activos, porque fuerza es admitir que lo son aquellos que emigran. Quedan en ella los políticos que se ocupan de administrarla, soñando con la diputación nacional.

Véase á qué minimum, el unitarismo de hecho, reduce el número de los hombres preparados para el gobierno en las provincias.

En su desarrollo ulterior, el fenómeno presenta mayores curiosidades aún. Dentro de nuestra psicología, existe un tipo representativo, que suma todas las facultades que antaño pertenecieron al caudillo. Es el hijo de la provincia mediterránea, que reside en Buenos Aires á objeto de servirla desde una banca legislativa. Reelecto en todas las ocasiones sin oposición de intereses, ha prescripto el derecho de ser congresal. Para sus coterráneos representa algo más que un parlamentario. Gran práctico, dotado de toda la astucia y de la poderosa aptitud que el hombre de tierra adentro posee para la lucha por la vida, oficia ante el gobierno nacional, de gestor de la obra pública y de las ventajas que aquél puede conceder á su tierra natal, falseando como se ha visto el régimen federal que supone que cada provincia debe bastarse á sí misma para los fines gubernativos.

Dueño de esas condiciones, toma bajo su amparo,

pues él tiene la «situación» de su provincia, al coprovinciano que llega en procura de desahogo económico. La protección es efectiva. Se tiene ojo avizor para descubrir el rincón burocrático que servirá al prohijado de primer aprendizaje.

A muchos ha llamado la atención la solidaridad provincialista. Ella no requiere largas explicaciones. La ciudad mediterránea, por regla general de pequeño recinto, pone en contacto amistoso á su clase culta. Considérese una población, donde puede determinarse el número de las familias que intervienen en la vida política y social; así, las que descienden del legendario fundador, aquel adusto caballero español, que era todo espada y todo amor á Dios y al rey; éstas dieron varios regidores en la época colonial; reconocen aquestas por ascendiente común, al famoso caudillo de la Santa Federación; y no tienen pocos gobernadores en su progenie algunas otras.

Se entrelazan todas, por el vínculo de la tradición común, de la consanguinidad ó de la simple afinidad, lo que no obsta para que se odien, llegada la hora del cisma político, desenlace del nepotismo provinciano.

El hombre que tiene la «situación» de su provincia con sede permanente en Buenos Aires, se encuentra por tanto vinculado, ya fuere amistosa ó consanguíneamente, á la juventud que acude confiando en su poderosa sugestión política. Triunfar es materia de amor propio localista y en esas condiciones, la conquista del rincón burocrático, se impone como una necesidad.

En cambio el porteño ha nacido fuera de órbita de la tradición. Su enorme ciudad le impide realizar la relación de vecindad, la tertulia nocturna consagrada por los hábitos sencillos. Está alejado de su política por esos motivos de orden familiar, y por las sollicitaciones del comercio y de la industria.

La afluencia de provincianos á la ciudad federal denuncia á las claras la existencia de un nuevo factor de centralización, que responde indudablemente á la causa económica señalada.

Buenos Aires adquiere el tinte de capital de país unitario.

De orden moral, es el segundo que actúa con los mismos propósitos y que hemos llamado factor moral.

Los dueños de las situaciones provinciales no se aíslan en sus provincias, como se ha visto. Hay una política *subintervencionista* cuya maniobra y dirección les pertenece.

El caso es claro. Ellos se encargan del gobierno político, diremos, para los efectos de toda gestión que dependa del acto electoral. Las listas de diputados provinciales y de los nacionales, en su caso, son de factura propia. El gran interventor, el presidente de la República, les consulta en las magnas ocasiones, acerca del político coterráneo y les impone soluciones que ellos transmiten á sus gobernadores.

Son los suyos, seudos derechos de intervención, que ejercen permanentemente sin violencias ni publicidad.

¿No significa, acaso, la actuación de este comisionista político, una tendencia á un gobierno único, á un gobierno supeditado á influencias ejercidas desde la metrópoli?

Júzguese el rol que cabe al régimen federativo como fuente de nuestra crisis cívica actual. Fructifican en su seno, el sistema intervencionista y su apéndice obligado, el corredor político. La autonomía provincial es la escuela de tal aprendizaje. No ignora ningún argentino el mecanismo gubernativo de cada una de las catorce zonas, que constituyen en el mapa las provincias. Impera en la mayoría de ellas el nepotismo provincial, ó gobierno consanguíneo ó dinastía de la parentela, que todo puede llamarse, sin riesgo

le incurrir en error. Tucumán vió, después de los sucesos del 25 de febrero de 1910, la enseñanza de moral política que proporciona tal estado de cosas. Convulsionada la pequeña é industriosa provincia ante la perspectiva de una elección de senador nacional, ha contemplado el caso de un congreso que se resistía, por voluntad de muchos de sus miembros, á verificar ese acto. Para llevar á cabo el propósito, decidieron dejar sin quórum la asamblea.

El gobernador y sus adláteres impuso el candidato y la oposición impugnó la candidatura, en razón de surgir con el estigmato del vicio oficialista.

Formóse quórum por la violencia, allanando los domicilios de los disidentes y compeliéndoles *manu militare* á ocupar las bancas. La elección se realizó y el pendón oficialista quedó consagrado por la victoria.

Pero el disturbio demagógico tuvo nuevas vibraciones. Los congresales opositores constituyeron cámaras dobles; y la filosofía de la ocurrencia podría concretarse diciendo, que Tucumán ha inventado un sistema que el parlamentarista no entrevió: el sistema policameral. No es el citado el tipo puro del nepotismo, sino lo que llamaríamos nepotismo en disgregación, que supone un conflicto de intereses familiares que han evolucionado hasta ponerse en pugna, en razón del nuevo volumen político por algunos de los parientes, antes subordinados al patriarca y ahora convertidos en directores.

Los provincianos que acuden á la Capital Federal para cumplir compromisos de la vida económica ó universitaria, han ensayado sus fuerzas en semejantes aberraciones institucionales. Traen, por regla general, su criterio ético-político formado. Es, pues, forzoso, que se guíen por él y desenvuelvan su acción en la órbita de la cosa política nacional, respondiendo á los principios de la enseñanza adquirida en su ciudad.

Fruto éste del federalismo, que no tiene cabida dentro del régimen unitario.

*
* * *

Volviendo al libro de Rivarola, piensa éste que es llegada la hora de poner la mano sobre el mal. «La Constitución que sacó al país de treinta años de anarquía, dió todo lo que tenía que dar á las pasiones localistas, á los odios salvajes, á las ambiciones estrechas; y satisfizo también sanos anhelos patrióticos. Tuvo así que reconocer como Estados soberanos, de una cierta soberanía, á aldeas aisladas en los desiertos, admitirles la facultad de darse constituciones y gobernarse á sí mismas, para no llamar las cosas por su propio nombre y decir que las daba en feudo á sus mandones. Todo ello se ha transformado. La anarquía hizo aquellas pseudo soberanías; la concordia de los pueblos bajo el gobierno común las ha deshecho. Hoy queda el simulacro de las soberanías ante un gobierno único que puede cuanto quiere. Pero el pretexto de las soberanías provinciales sirve al poder central para eludir responsabilidades, que no podría eludir si hubiera concordia entre la Constitución real y la Constitución escrita.» (Pág. xxvii).

A idéntica solución arribaba el señor Juan Angel Martínez cuando escribía: «Es inútil que pretendamos convencernos á nosotros mismos que tenemos un gobierno federal, y de que los Estados mantienen su soberanía.» «El federalismo — agregaba, — no afianzó la paz interior, pues el triunfo del principio de autoridad sólo se ha impuesto á cañonazos y no se ha mantenido sino con los presidentes de carácter enérgico y dominante; así mismo impide la existencia de partidos de principios y la uniformidad en los sistemas de educación, de administración de

»justicia y el tratamiento de un plan general de finanzas» (1).

Las palabras transcriptas ponen de relieve, con poderosa lógica, que el régimen actual dejó de ser una necesidad política.

Es, pues, oportuno, á esta altura de nuestras consideraciones, verificar la síntesis y afirmar por tanto :

1.° Que no hay interés histórico en sostener un federalismo de data atrasada.

2.° Que existe un interés de alta moral política en reemplazarlo por un régimen de unidad, á fin de eliminar los nepotismos locales que constituyen escuelas de oligarquía, y el intervencionismo, que significa negación de la libertad electoral y el encumbramiento de una sola influencia y cuyo otro efecto moral—el fomento de la epidemia de la mentira política,—no es menos grave.

3.° Que existe un interés de alta cultura que el federalismo no consulta. La difusión de la educación primaria, á que es óbice la pobreza provincial. Tén-gase presente las palabras del senador Láinez, cuando en 1905 fundamentaba la ley que hoy lleva su nombre : «Hay provincias que en estos momentos »tienen un 76 por 100 de analfabetos ; y si fuéramos »á más amplias investigaciones, subiríamos de una »decena el terrible porcentaje.» (Fragmento reproducido por el autor, pág. 353).

4.° Que existe un interés financiero que aconseja la adopción de un presupuesto único. El federalismo es caro ; cada provincia costea dos gobiernos, siendo uno el propio y el otro el nacional.

Oímos sostener en cierta ocasión, en el aula de Finanzas de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, la opinión contraria. Quien apadrinaba tal tesis era el catedrático suplente del curso. A título anecdótico, refirió, además, que poco antes había

(1) *Sistema político argentino*, págs. 53, 79, 98 y 148.

verificado una demostración gráfica en la sala de profesores. El llamado criterio de los gastos en Finanzas, informaba su pensamiento :

Si adoptáramos el unitarismo, pagaríase á un juez en Jujuy, de acuerdo con el criterio que se tiene en Buenos Aires para remunerar sus servicios. La consecuencia práctica sería la siguiente : Si el juez de Jujuy, dadas las exigencias económicas de aquel ambiente, está bien remunerado con quinientos pesos mensuales, como el gasto se vota en Buenos Aires, se le designarían mil quinientos pesos de sueldo. La diferencia entre ambas cantidades está determinada por la baratura y carestía de la vida en una y otra ciudad. Y bien, como el ambiente económico de la Capital Federal, en relación á los ambientes provinciales, es más complejo, merced á los factores que no nos es dado estudiar, el sistema unitario sería en extremo costoso.

Agregaba, además, que hay provincias que tienen parlamento sin dietas, como San Juan. Disentimos. Muy pocos son los parlamentos provinciales que se resignan á la función meramente gratuita. En cambio, hay otros que cuestan por cuatro ó cinco. Por ejemplo, tómesese el de la provincia de Buenos Aires.

Ante todo se olvida, que la administración de una provincia autonómica, es de suyo compleja. Luego los inconvenientes que ofrece el hecho de votar los presupuestos provinciales en la Capital Federal, se reducen en extremo.

Cada repartición pública, planeando sus gastos de acuerdo con la necesidad sentida, colabora en la elaboración del proyecto de gastos y recursos. Supuesto vigente el sistema unitario, cada gobernación podría equipararse á las reparticiones nacionales, á los efectos de fijar la planilla de sus gastos.

El gobernador de Jujuy, al hacer el anexo correspondiente á su provincia, tendría en cuenta el criterio del gasto, vale decir, la retribución de acuerdo

con el ambiente económico. ¿Qué dificultad habría en establecer un servicio de fiscalización?

De acuerdo con este modo de pensar, el juez establecido en Jujuy, percibiría su sueldo de quinientos pesos, ponemos por ejemplo.

El federalismo es costoso en sumo grado. No ofrece pequeña prueba el estado del crédito público en las provincias. Algunas hay, que, habiendo contratado empréstitos, suspendieron sus servicios.

No es necesario violentar la memoria para recordar sus desastres financieros. Aquellos famosos bancos provinciales, cuyas arcas se rellenaban con préstamos que luego no se pagaron, proporcionan un ejemplo de lo que cuesta el sistema federal.

Es de doble índole el daño que origina esta incapacidad financiera de las provincias, material y moral. Consiste el último en el quebrantamiento del crédito de la República en el exterior, en casa del banquero, que en circunstancias oportunas, aparentó confundir nación y provincia, con el propósito de que la primera tomara á su cargo las deudas.

El gobierno federal procedió como lo hacen los padres del hijo pródigo para destruir el escándalo: cargó con la deuda por ley de 1896. En definitiva, sobre los contribuyentes pesaron las calaveradas de las provincias en federación.

Se ha conjurado el mal actual, pero no el mal futuro, puesto que en cualquier tiempo pueden ellas repetir la contratación de empréstitos.

Háse dicho que este inconveniente desaparecería, privándoles de la facultad de contratar aquellas operaciones. En verdad que el federalismo argentino quedaría reducido á una simple expresión, si tal aconteciera. Sépase que pertenece á federalistas el consejo.

Tampoco se tiene presente, que catorce presupuestos pueden significar catorce déficits, que serán á su vez causas de mayores tributos; y no se

pretenda que incurrimos en exageraciones. El despilfarro tuvo entre nosotros una tremenda hora de superevolución. No es menester que citeamos la fecha.

El sistema unitario supone un solo órgano de gestión financiera.

*
* * *

Ocupándose el autor de los modos de organizar la República unitariamente, propone la incorporación de unas provincias á otras, dado el caso de que las primeras carezcan de medios propios de subsistencia.

Pensamos que las grandes zonas geográficas, sin facilidad de comunicaciones entre los puntos equidistantes, ofrecen inconvenientes desde el punto de vista administrativo. En cambio, nuestra opinión es favorable á la división de provincias de gran área. Ha tiempo que germina esa idea en el sur de Buenos Aires, propiciando la creación de una nueva provincia, y cuenta ella con partidarios muy representativos en la ciudad de Bahía Blanca, futuro Liverpool argentino, como se dijera ya (1).

Queremos hacer otra objeción. Rivarola atribuye al federalismo la desorganización de la justicia, refiriéndose á su falta de unidad. Ocurre esto sólo en materia procesal, puesto que la legislación civil, comercial, penal y de minería es atribución del Congreso de la nación.

Somos contrarios á la unidad y sistematización literal del derecho. Si el derecho es un proceso social, su desenvolvimiento debe ser reflejo de las necesidades locales de cada zona geográfica. Cada provincia, por

(1) El señor Enrique Julio ha levantado y sostiene con brillo este pensamiento, en su diario *La Nueva Provincia*, que ve luz en Bahía Blanca.

anto, ha menester su ley civil, su ley comercial, su ley de minería.

En una república de organización unitaria, las corporaciones municipales podrían fijar ese derecho, á objeto de que el Congreso nacional lo sancionara.

*
* *

Entre las virtudes de este publicista, no es la menor de todas su segura orientación lógica. Rivarola argumenta con inflexible dialéctica, sin dejar campo á la imaginación, cual cuadra al concepto de una obra científica. Quizá por idiosincrasia, ya fuere por razón de la disciplina jurídica de su ilustración, domina en él el anhelo de probar aquello que afirma.

Su obra lleva un blasón de civismo que la eleva sobre todas las mezquindades é indiferencias, que el ambiente concede como premio, á los esfuerzos que lo honran. Quien ponga en ella su mirada habrá de refrescar sus aspiraciones por el engrandecimiento de la República.

La claridad de la exposición la pone cerca de la intelección de todos, y un método escrupuloso denuncia desde luego al hombre de universidad que se ha atemperado en la ciencia de enseñar. Debe reprochársele el hecho de no haber escogido el documento como objeto de su estudio (1).

La tesis es sana y aporta una tendencia moral, inhabilitando el sistema de la mentira política intervencionista, que nos aqueja como una epidemia. De su positiva utilidad en el campo de los hechos nada puede esperarse, hasta que la cultura general compela á los políticos á realizar la lucha de la doctrina, con abandono de las condiciones extrínsecas de figuración, que entre otras la más preciada entre

(1) Ha sido fuente de su información, el *Registro Nacional*.

nosotros es la oratoria. El autor, que no tiene una sola fibra de idealista, propone el medio de llegar á esa lucha. Según su entender, el unitarismo ofrece un doble género de actividades : aquellas que pueden resumirse en un programa-fin, que no es sino la reforma constitucional ; y las que integran el programa de acción, esto es, la formación del partido que ha de propiciarla. Sus palabras son : «El Partido »Unitario no podrá proponerse el cambio *inmediato* »de la Constitución. De ahí que deba haber un *programa-fin*, con indicación del propósito ulterior del »Partido, y un *programa de la acción* inmediata á la »organización del Partido.» (Pág. XXII).

De la aquilatación del esfuerzo del publicista que auspició esta tesis, al tiempo el fallo, que, como dijo Esquilo, el tiempo es un gran maestro.

LOS CENTAUROS

Un escritor hay que se singulariza en el escenario de las letras argentinas por la vastedad de su talento y la audacia de sus concepciones. El autor de «La Guerra Gaucha», á quien atribuimos aquellas características, ha llegado al culmen de la consagración tras el esfuerzo extraordinario que nuestro medio de incipiente cultura artística reclama para triunfar. Personalidad discutida ha sido, como las más, no tanto por la emulación y el encono que despiertan en torno los hombres que llevan el temple de lo superior; quizá sí, merced á la tendencia de innovación que agitara las letras mundiales y que halló en su pluma un intérprete de vuelo, dotado, por añadidura, de carácter capaz para afrontar empresas de mayor fuste aún.

Ha luchado Leopoldo Lugones por un ideal estético nuevo. Como los más pugnarán por anular aquella tendencia, él y otros muchos no hallaron mejor elemento de combate, que poner la exageración en el estilo, en las imágenes, en la calidad de los asuntos. Así, viósele deformado en su primer etapa literaria. «Las montañas de oro» llevan esa fibra de la exaltación que parece denotar en el autor un impulso que no se ha saciado con la simple devoción del verbo nuevo. Literatura epileptiforme.

De ahí, que á Lugones sea menester juzgarle dentro de la marea innovadora, para penetrar en

todo el valimiento de su personalidad. Se ha padecido, por espíritus cultivados, del error de tomar un punto de vista ajeno á sus propósitos, para fallar sobre su obra.

Decimos error. Consiste él en pretender que el concepto de la belleza es absoluto y que vive, á la manera de las flores, del aire, sin arraigo en la vida.

Es axiomático que el fenómeno artístico se considera como un proceso social. Al par de éste, está sujeto á múltiples contingencias y variaciones. Es un fruto en síntesis, de complejísimos agentes, que, en variando por razón de progreso, modificanlo en formas diversas.

La simplicidad de los sentimientos, el campo muy reducido de la actividad psíquica, prohibió, en tiempo de Simónides y de Píndaro, la corriente llamada por críticos posteriores clasicismo.

La vida de relación adquirió mayor desarrollo en la era de los descubrimientos y de las invenciones. Es entonces que el llamado Renacimiento pretende evocar la pureza de la leyenda griega, agotada por las invasiones de los bárbaros, y la consiguiente época de organización que tomó el nombre de Medio Evo.

Fué inferior en ideal estético el clasicismo que despertó el Renacimiento, si se recuerda la maravillosa obra griega realizada muchos siglos antes. Conservan aún poderoso prestigio Rafael, Leonardo de Vinci y artistas hermanos en tendencia, para que se diga que sus figuras tienen estigmas que les quitan muchos quilates de valor.

Entre las más célebres, las hay sin méritos reales á ojos del crítico moderno, que juzga de acuerdo con un novel concepto de la belleza, distinto del que inspirara las obras del Renacimiento. Recuérdense las figuras edematosas del Tiziano, en su cuadro «El amor sacro y el amor profano», conservado en la Galería Borghese de Roma; y del Veró-

rese en su «El tocado de Venus», que forma parte de la colección de la Academia de Bellas Artes de la misma ciudad. Célebre como obra maestra es el «Moisés» de Miguel Angel, figura llena de desproporciones anatómicas, y no se cuenta entre el menor de sus defectos la microcefalia, imitación exagerada de la estatuaria griega.

¿Por qué razón impera aún el prestigio del Renacimiento, á pesar de la inferioridad de su ideal artístico? Tal vez pueda decirse á modo de explicación, que en arte lo pasado fué más bello. Es un sentimiento éste, común á todos los artistas; y por eso encuentran medio de producir buena impresión, tomando sus materiales de épocas lejanas. Spencer, que en su teoría estética hizo la observación del hecho, lo explica demostrando la antinomia que existe entre lo bello y lo útil. Las cosas del pasado, por razón de no ser útiles, adquieren mayor belleza. De ahí que un castillo feudal sea objeto de admiración.

Estas premisas permiten formular el principio: lo útil empieza á ser bello, cuando deja de ser útil. Añádase, que el contraste, condición que es primaria de lo bello, contribuye á proporcionar mayor belleza á las cosas pasadas (1). Lo útil de cada día, con su exceso de trivialidad, no ofrece sino prosaísmo; mientras que lo útil que ha pasado á ser histórico, se presenta revestido con los caracteres de lo hermoso (2). Así, el Renacimiento.

La obsesión de la leyenda helena cruzó las centurias sin perder un ápice de sus propósitos, aun cuando el arte que se realizaba ganara en complejidad.

Fueron menester las revoluciones sociales que

(1) Spencer, en los *Essais de morale de science et d'esthétique l'utile et le beau*. Trad. M. A. Bordeau, pág. 251 y artículo del eminente psicólogo uruguayo, señor Carlos Vaz Ferreira. *Ideas sobre estética evolucionista*, Anales de la Universidad de Montevideo, Tomo VIII, entrega I.

(2) Guyau, *El Arte desde el punto de vista sociológico*, Trad. Rubio, pág., 177.

destruyeron el pasado político, jurídico y moral, para que el fenómeno artístico, tomara un acento nuevo.

La pasión, que es la exageración, era la norma en lo político. La revolución francesa transformó todas las actividades. En lo político, consagróse una filosofía conocida sólo en los libros de los propagandistas; en lo jurídico, desapareció el anacronismo de la norma feudal, el derecho floreció, tocando los confines más extremos; y en lo que atañe al arte literario, cortada que fué la cabeza de Andrés Chénier, la leyenda griega hubo de anublarse para siempre (1). Así perdió su prestigio milenario la belleza pagana, bastardeada por el misticismo cristiano en los siglos XVI y XVII y decapitada por el vuelco de los sentimientos sociales al fenecer el XVIII.

El romanticismo no entraba en liza entonces, sino con una hipertrofia de energías reaccionarias, vale decir, como la aplicación á la literatura de las vehemencias de la era revolucionaria francesa. La serenidad helena, que tuvo tan excelente representante en Teócrito, no se avenía, como fórmula, al arte de una época turbionesca.

A nuestro juicio, la ley del progreso en el arte consiste en la transformación de lo objetivo en lo subjetivo. El romanticismo implica un mayor progreso en este sentido, y con él la emoción estética se individualiza. La creación al arbitrio del autor constituye la tara de la nueva escuela. Los tipos universales, cual los Otelos y los Hamlets, desaparecieron para dar cabida en la escena á figuras imaginativas.

En tanto, la ciencia avanzaba aceleradamente. La psicología y la sociología denunciaron á los ojos de los investigadores la realidad de las cosas. Quedó

(1) El arte moderno prefiere proporcionar la sensación de lo misterioso, de lo vago y abstracto. El desnudo que fué culto de los helenos, es desconocido, como dice Strats, por los contemporáneos. *La beauté de la femme.*

el romanticismo, culto de lo ficticio, ante los progresos científicos, minado por su base como la religión. Las condiciones de la vida variaban al influjo de factores nuevos.

Florece entonces un ideal artístico nuevo desde Balzac. El estudio psicológico del personaje en el romance, crea el dogma del realismo. Como todas las reacciones, ésta va más allá de su punto de equilibrio. Así es apóstol Zola, quien reemplaza lo bello por lo verdadero. Su arte torna de tal modo en una pseudo ciencia, á base de la reproducción del aspecto negativo de la vida. El dolor humano nutre los capítulos de su obra, y Zola y Poe se hermanan en la importancia que conceden á lo monstruoso, á lo vicioso, á lo feo, siendo el primero un observador equilibrado y el segundo un pesimista movido por alucinaciones.

El concepto exagerado del realismo puso venda en los ojos de Zola. La equiparación de la literatura á la ciencia le llevó á construir la denominación *novela experimental*. Proceder con el método de la ciencia á fin de hallar la verdad, la verdad literaria podría expresarse. Alguien le reprochó el mal uso del vocablo y así se dijo, que el artista supone, imagina, no experimenta.

Este autor, poseído de mayor sentido práctico que de ideal artístico, no pudo consagrar un nuevo concepto de la belleza. Su obra queda fuera de la emoción estética pura.

Al tiempo, los ideólogos, aquéllos que, en virtud de la disciplina del sentimiento y de la idea, hacen devoción de las abstracciones, derivando de Poe, trajeron el nuevo verbo que había de revolucionar las letras contemporáneas.

A nuestro modo de ver, el realismo de Zola y el sensitismo coinciden en la contemplación de los hechos. El dolor en todas sus fases alimenta la linfa

más general de unos y otros, si bien en la manera de exteriorizarse difieran en absoluto.

El arte de Zola es objetivo; narra lo que existe en torno, en tanto que el *sensitivismo*, que éste es el vocablo que en concepto nuestro califica más propiamente á la tendencia llamada decadentismo, posee las características de un arte plenamente individual, subjetivo, traducción amorfa de las sensaciones del autor con prescindencia del mundo exterior.

De ahí que consideremos que el nombre de tal arte sea sensitivo, siendo él fruto de la sensibilidad herida por la complejidad de la existencia moderna. Condición de los presentes tiempos es el ansia del triunfo rápido. La vida nerviosa pone en contribución sus energías hasta el agotamiento; las sensaciones son fugaces, se centuplican y, al imperio de este orden de cosas, todo torna fútil, el interés del momento predomina, ó, en otras palabras, la forma sobre el fondo. Pudiera decirse gráficamente que lo que gana en extensión la actividad nerviosa, lo pierde en intensidad emocional. El progreso es el vampiro del sistema nervioso.

En representación de tal estado social, toma puesto en la lucha el sensitivismo, llevando todos los estigmas peculiares á él. La poesía y la prosa visten luto con preferencia. Oficia en él culto de la muerte, Carlos Baudelaire engendró á Poe, á quien tradujo al francés. Su amor á lo macábrico es una necrolatría singular.

Pero no es su única predilección. Bulle en el seno de la linfa de la moderna tendencia el sensualismo, lo extravagante, y en su afán de hallar las expresiones nuevas que no fueron adivinadas en las escuelas anteriores, se orienta rumbo á la individualización más absoluta del ideal estético. No faltó poeta que diera color á las vocales. Así, Arturo Rimbaud, con su soneto logocrómico, si se acepta el neo-

logismo (1). Siendo esta literatura manifestación puramente personal, torna abstrusa. El simbolismo halla el modo de tomar plaza con Mallarmé á la cabeza, y el propósito capital del arte transmútase también y tiende á despertar la evocación más que á producir la simpatía y hermandad de sentimiento. Cuenta la literatura, desde entonces, con su aristocracia y su burguesía.

Del simbolismo dice Ribot, que desdeña la representación nítida y luminosa del mundo exterior, y la reemplaza por una especie de música que aspira á expresar la intimidad móvil y fugitiva del alma humana. Es la escuela del motivo (2).

Literatura polimorfa dijimos, y con la breve reseña de sus múltiples manifestaciones creemos probarlo. Mas una inspiración única hay en toda ella, que la tipifica por entero, y es el nervosismo enfermizo que se desdobra en melancolías sin quejas ni ruegos, en la lujuria que sobrenada en las estrofas, que estimula las incoherencias, y el visionismo lúgubre.

De ahí, que los más castigados por la neurosis sean los más geniales cultivadores del género (3).

Guyau no ve en la lugubridad de Baudelaire, sino una expresión del miedo á la muerte (4).

Es de convenir con el sociólogo citado, que el culto á lo extravagante acusa impotencia de inspiración é insociabilidad intelectual en los autores que profesan el dogma. Deriva de la primera, la pobre-

(1) *Oeuvres*, Voyelles, pág. 99. La originalidad del poeta no es sino fruto de una función psíquica perfectamente normal: «Cada palabra tiende á evocar un color, por su valor fónico, por su valor objetivo y por su valor afectivo.» Víctor Mercante, *La Verbocromía*, pág. 83.

(2) *La Imaginación creadora*, trad. Colorado, pág. 212.

(3) Aportan su contingente los morfinómanos y los dipsómanos. Cuéntese entre los últimos á Edgar Poe, hijo de David Poe, dipsómano también. Los hermanos del poeta no escaparon á la degeneración que les legara el padre: Guillermo murió loco y Rosalía concluyó idiota en un hospicio. Barine, *Névrotes*, pág. 164.

(4) *Ob. cit.*, pág. 404

za del concepto ; de ahí que esta literatura sea arte de forma : «los pretendidos *refinados son simplistas*». Tornan, á su pensar, á la vida de sensaciones y de imágenes. El otro agente del sensitivismo, la insociabilidad intelectual, se exterioriza en la obscuridad rebuscada, literatura de clave, de enigmas (1).

Si este último estigma le es imputado, queda desprovisto de los propósitos del arte, cuyo fin más elevado, según la teoría de Guyau, es producir una emoción estética de carácter social, establecer un lazo de simpatía entre los seres.

Nos parece un tanto exagerada la opinión que reproducimos. La muerte, lo irregular, lo deforme, como objeto de belleza, son manifestaciones de una causa única, que ya conocieron incidentalmente las viejas literaturas, la tristeza. Tómese la palabra fuera de la acepción general, fuera de sentimentalismo ; y exprese con ella todos los estados de ánimo, que no solamente amargan la existencia, sino que la acidulan. Comprenderíase entonces la gama enorme de aquellas esperanzas que se apeticieron en vano, toda hora de felicidad que pasó y que se evoca sin cesar (2), el escepticismo, la filosofía de la duda, el pensar y sentir más aprisa de lo que se vive, que conducen al tedio.

La tristeza en la literatura, siendo modalidad propia de los siglos contemporáneos, alboreó en la antigua Grecia. Anacreonte al hacer ostentación de alegría en sus odas, quiere demostrarnos que conviene reír para alejar las congojas que enturbian el alma, pensamiento candoroso muy arraigado en los poetas de las civilizaciones pasadas. Bión abandona el escenario de la égloga en su «Canto fúnebre de

(1) *Ob. cit.*, págs. 506 y 502. *Los problemas de la estética contemporánea*, trad. Navarro Palencia, pág. 42.

(2) La composición, *El solterón*, de Leopoldo Lugones, que forma parte de *Los crepúsculos del jardín*, es un soberbio ejemplo de tristeza retrospectiva.

Adonis» y Luciano construye «Los diálogos de los muertos».

La muerte fué hermo­seada por aquella raza helena de admirable vitalidad, y el arte y la veneración le rindieron el postrer homenaje en las estelas funerarias.

Pero nunca dió mejor fruto la tristeza que Hamlet, resumen de todos los desasosiegos, inquietudes y melancolías de los coetáneos.

Ha tiempo que tiene observado la biología que el dolor corresponde á la producción de estados fisiológicos contrarios á la vitalidad del organismo. Se huye del dolor, se busca el placer, ley universal que impera en todas las especies. De ahí que sea tan acertada la frase de Richet, que presenta al dolor como el centinela de la vida. Y bien, siendo la tristeza un capítulo del dolor, ella no es propicia al acercamiento y afinidad social, que el arte tiende á provocar por medio de una emoción común, la emoción estética.

Es expresión de aislamiento, es un repliegue del alma sobre sí misma.

Pero Guyau extrema su crítica, si se tiene en cuenta que al comparar la literatura de los decadentes con la de los desequilibrados, sostiene que poseen la característica genérica del *predominio de los instintos que tienden á disolver la sociedad* (1).

El dolor, fuerza de valor negativo, conviértese en fuente de simpatías. Es así que las lágrimas y sentimientos de ternura y congoja de Lamartine y de Jorge Isaacs, hallaron el renombre. Meros ejemplos. En música, el motivo triste sugestiona y conmueve sobremanera, aun en las composiciones desprovistas de las complejidades de la orquestación armónica (2).

(1) *El arte desde el punto de vista sociológico*, pág. 507.

(2) Así en la ópera «Hamlet», el tema del violoncelo que advierte la entrada del príncipe á escena.

¿No han sido objeto del arte, acaso, esos sentimientos que conspiran contra la vitalidad?

Para Guyau hay una conformidad entre la fórmula del arte y las funciones de la psiquis, que tienen por rol la protección de la vida: los sentimientos, que son los medios de adaptación en la lucha por ella. Si el arte no responde á esa exigencia, fáltanle por ese solo hecho sus condiciones de tal, es decir, no se encuentra en situación de despertar sentimientos estéticos (1).

El fundamento científico de tal doctrina, es muy poderoso para que tratemos de controvertirla. De otro lado, en su apoyo, Spencer supone que el arte es fruto de un superexceso de energía. Recuérdese su teoría del juego como fuente del fenómeno artístico. El juego, que no se realiza en las sociedades civilizadas como en la tribu, deja un margen de energías que se orientan en una dirección determinada, dando por efecto la producción del arte.

Guyau extrema su concepto. No es difícil probar que la tristeza, el amor á lo deforme, la incoherencia, inspiradores del sensitivismo, no son *instintos que tienden á disolver la sociedad*. No son instintos, son estados emocionales típicos. Tal vez, en los estéticos refinados, constituyan manifestaciones del llamado placer del dolor, que consiste en saborear el dolor como un placer, al decir de Ribot (2).

Supone el psicólogo nombrado que integran el placer del dolor la melancolía de los amantes—no en el sentido ordinario de la palabra,—de los artistas y el placer de lo feo en el arte, esto es, de lo monstruoso, incoherente y extravagante.

(1) De ahí que diga Bray, «el arte es la forma social de la belleza». *Du Beau. Essai sur l'origine et l'évolution du sentiment esthétique*, página 284.

(2) La psicología de los sentimientos, trad. Rubio, pág. 84. Piensa Bos que, en un principio, el dolor es un medio empleado para recuperar las fuerzas perdidas; luego se convierte en un fin. *Du plaisir de la douleur*, Revue Philosophique, T. LIV, pág. 60

A nuestro juicio tal tesis explica perfectamente la desviación estética de la última tendencia literaria que estudiamos.

De la síntesis que llevamos hecha, puede advertirse la transformación del concepto de la belleza, del ideal artístico desde la época de la famosa teoría de la armonía del conjunto, de Aristóteles, á través de las civilizaciones intermediarias, hasta los días presentes. Se han mostrado las relaciones que guarda el fenómeno artístico con el ambiente social, en su paulatino desarrollo. Habráse notado que hemos prescindido de los conceptos teóricos de los metafísicos que se ocuparon de estética. En la antigüedad, Platón y Plotino y luego los metafísicos alemanes, Baumgarten, Kant, Schelling, Hegel, han disertado silogísticamente sobre la cuestión.

Ha sido nuestro objetivo presentar al autor que hemos de estudiar, como un fruto de esa evolución estética. Los que le consideran colocándose en un punto de vista ajeno al sensitivismo, no han de comprenderle seguramente. Convenía, pues, á nuestro método juzgarle después de tal exordio. Creemos, además, haber comprobado en forma implícita, que esta personalidad no es flor exótica en nuestro ambiente, cuando reconocimos que la escuela literaria de la cual es él porta-estandarte distinguido, ha sido auspiciada por los nervosismos de la vida moderna.

*
* *

Pensando que Lugones es mejor poeta en la prosa que en la estrofa, hemos elegido «La Guerra Gaucha» como objeto del estudio crítico, puesto que no sólo su valer, sino su símbolo nacional, autorizaban esa preferencia.

«La Guerra Gaucha» es una epopeya, no al modo clásico, medida en exámetros y con entroniza-

miento de deidades ; la grandeza de los toques y la enorme tensión de las pasiones que juegan rol capital, préstanle esa contextura. No ha sido ésta la primera que se ha escrito sobre el canevá de las guerras de emancipación en América (1) ; aunque sí, la primera que lleva en el estilo la influencia de la tendencia literaria de la hora presente.

A pesar del empuje del temperamento del autor, se le imputa falta de originalidad en el plan. Se ha evocado en probanza, el nombre de Georges d'Esparbés y de su epopeya napoleónica, «La leyenda del Aguila».

No debiéramos recoger este eco si no fuera para comprobar, que el recuerdo del autor francés no deslustra la brillantez de «La Guerra Gaucha». Consideramos á Lugones de todo punto superior á d'Esparbés en poder dramático y en el acento de la frase.

Es «La Leyenda del Aguila» una epopeya escalonada en cuentos, como «La Guerra Gaucha», analogía que quizá no sea la única. Pero ambas difieren en lo más fundamental. Un solo móvil, una sola pasión, una sola figura alientan en las páginas del escritor francés : Napoleón. Pudiera decirse que se trata de la epopeya de un hombre predilecto de la gloria.

La obra de Lugones es la literatura épica de toda una muchedumbre.

De esta diferencia entre las dos ideas generatrices de ambos libros, derivan consecuencias de diversa índole, antagónicas, podría decirse. Así el fenómeno curioso del caudillaje argentino y su acción típica ; de otro lado las peculiaridades de su guerrear. D'Es-

(1) Eduardo Acevedo Díaz escribió diez y siete años antes su trilogía, *Ismael, Nativa y Grito de Gloria*, que compendian la epopeya de la independencia uruguaya. Allí se narran episodios análogos: el acecho del tigre, la acción del lazo en los combates, el rol del caballo, la escena trágica del degüello, las cargas impetuosas. Describe asimismo el autor la flora y la fauna, y en *Soledad*, el incendio de los campos.

arbés mueve ejércitos disciplinados, que actúan en las luchas, de acuerdo á reglas preconcebidas. Nada improvisan en el trágico de los combates.

No obstante las diferencias que se advierten, hay un cuño común : la bravura que construye en ocasiones episodios semejante. Tal, la escena del descenso del precipicio, en los cuentos «Estreno» y «Le cri de l'Abime». Lugones pone más emoción trágica en sus páginas.

Su sargento no usa cuerdas como el alpinista. Para realizar la hazaña, bástanle los auxilios de su viejo sable mohiento, que brilló otrora en las victorias de los ejércitos regulares y el estar dotado de una recia osatura de hombre aguerrido en los trabajos duros.

Quizá sea mayor la similitud de los cuentos «Al castro» y «Le Sabre». En ambos ejemplifica el combate homérico de un solo soldado contra un ejército pleno de ansia vengativa :

«Su machete fraseaba siempre—dice Lugones ;— tejía á quites una reja en torno de su desnudez esmeralda.» (Pág. 307).

«... le sabre surgissait dans l'ombre, bleui par quelque filet de lune, comme un serpent, comme un fouet, comme une aile d'aigle.» (1).

De lo expuesto, puede inducirse que «La Guerra Gaucha» y «La leyenda del Aguila» son obras paralelas en el plan y que llegan á tener más de un contacto por la semejanza del género de narración, y más aún, por la modalidad épica que las singulariza. Pero los conceptos y el estilo, no se hermanan en tales analogías y paralelismos. Lugones vence por la mayor osadía en el empleo de la frase, y por la pujanza de la concepción.

(1) *La legende de l'aigle*, pág. 229.



El libro narra sucesos sincrónicos, acontecimientos ocurridos en diversos lugares en un mismo tiempo, que constituyen frases distintas de idéntico hecho: la guerra de la independencia en la montaña salteña. El tinte de los episodios aislados, el grado del esfuerzo empleado en la lid, se reproducen en todos los cuentos, que en haz integran la obra.

A espaldas de una montonera, tan pródiga de coraje como indigente en armas y cabalgaduras, se levantaban montañas rijosas. El bosque sombroso é intrincado, y los macizos pétreos que vigilan los horizontes con sus crestas albas, forman el anfiteatro de las estrechas pampas, donde el caballo puede correr sin tropiezo. La carga de caballería, placer que fué gustado por nuestros guerreros más impetuosos, encontraba allí condiciones propiciadoras del éxito.

Pero la naturaleza de la montaña prohibía esos lujos. En ocasiones, los gauchos esgrimiendo chuzos, corvos y pesados sables de filo dentellado, y alguna carabina que daba nota de exotismo entre los trabucos, veíanse forzados á echar á escape sus bridones en un descenso difícil. Caían al llano como un alud.

La montaña y el bosque, cuya umbría era seguro cobertor de cualquier misterio, ofrecían al gaucho la oportunidad de poder compensar la inferioridad de sus elementos bélicos, con la sorpresa y la emboscada que ellos guardaban en sus senos.

La guerra gaucha contó como factor de primer término el velo protector del follaje y de las cumbres. Fué su escenario lo pintoresco y al tiempo, aquello que exigía mayor aguzamiento del instinto, que tornaba infalible en la consecución de sus miras agresivas.

Así el hombre se hizo otra vez hijo de la naturaleza, adusto y grave como ella, con un entallamiento diamantino de alma, que templábase en la asechancia de la quebrada, del alud, ora en los descensos á muerte de los precipicios y hondonadas, en la sorpresa del vado que ha de esguazarse por ruta obligada. Y los gauchos avigoraban el cuerpo y el alma. La sobriedad de la vida, el continuo acallar del instinto de conservación propia, recortaban el espíritu con las líneas de la melancolía. Eran parcos en la palabra, tacibundos, dominados por la tristeza de la miseria. Así vagabundeaban andrajosos, desmenados, en pernetas, los rostros lividosamente escuálidos, después de la anemia de muchas hambres y el torcedor nervioso de muchas noches pasadas en vela.

Dentro de ese marco se mueve la muchedumbre de la montonera, en el libro de Lugones, con sus características, coadyuvantes todas al triunfo definitivo :

La naturaleza ;
el gaucho ;
la proeza ;
y el caballo.

En el examen del carácter general de «La Guerra Gaucha», tomaremos por método de exposición crítica las cuatro unidades del análisis á que creemos haber llegado.

Aparece en primera plana, la *física* de la obra, el panorama, el ambiente climatérico, la fauna y la flora, la constitución geológica, cuyas influencias sobre la vida social, como se ha de ver más adelante, no olvidó el artista en sus cuadros más dramáticos.

*
* * *

Lugones posee un lente mágico para descubrir bellezas donde lo prosaico señora. Sus paisajes lle-

van ejemplos de ello ; y si su prurito de buscar la originalidad lexicográfica, no le forzara á usar vocablos que evocan conceptos inestéticos, sería él un paisajista soberbio :

«...el sol, como una *oblea* carmesí, nacía entre »nieblas de índigo. De oro y rosa bicromábanse los »cerros de occidente. Flotaba un olor de aurora en »el aire. Sobre la escueta cima de la loma frontera, »un buey que la refracción desmesuraba se ponía »azul entre el vaho matinal. Por un momento los »escarchados ramajes parecieron entorcharse de vi- »drio. Al fondo la cordillera overeaba como un cuero »vacuno, manchado de ventisqueros. Algún mogote »que decoraron como un muelle encaje efímeras nie- »ves, eslabonaba aquella enormidad con la inmedia- »ta serranía. Allá cerca, la masa arrugándose en »plegaduras de acordeón, suavizaba su intensidad ce- »rúlea ; y el matiz tornábase violeta ligeramente en- »turbiado por un *sudor de cinc*. El macizo oleaje de »roca apilaba en una eternidad estéril sus bloques »colosos. Muy lejos, en alguna umbría, un tordo »cantaba. Está rezando, decían los hombres. Algun- »nos se persignaron en silencio.» (Pág. 18).

Nos pertenece el subrayado. Ninguna página pinta con mayor grandilocuencia el nacer del día, con el sonroseo de su cielo, la ornitofonía sibilante de la selva que despierta, descubriéndose ante los ojos en el desvahamiento de los vapores neblinosos. La emoción de una alborada ; pero el cristal de ese estilo se anubla con máculas de expresión que son patrimonio de la tendencia literaria imperante, con su culto á lo feo.

Lugones se muestra un policromista afanoso y, en esta predilección, naufraga la cualidad de la concisión, acento que campea en su prosa. El diorama cobra brillos inusitados y una tal riqueza de matices, que las cosas parecen reposar en medio de fosforescencias extrañas :

«La superficie en tersura de lastre especular, azogábase con una interna coloración de teja fundida, exaltada á púrpura de mortecina escoria que luego se clarificaba en cárdeno gris. Culminó al oriente un banco de niebla lóbrega franjeado por una orla rojiza que herrumbraba con su reflejo las aguas del confín. El cielo se inflamó hasta el cenit en una translucidez de cereza. Sobre la estela de la almadía cabrillearon las aguas de un oleoso muaré; empañó un vago lila la transparencia obscura del pantano, y bruscamente el sol emergió entero, carminando la bruma en una humareda rosa de fuego de Bengala.» (Pág. 151).

Impresiona más á Lugones el color que la forma. Así, en un paisaje de albura selénica, descubre coloraciones extrañas, fuera del tono argentado y del gris perla :

«Las nubes, bajo la incidencia luminosa, pasaban del gris torcaz al blanco de magnesia. En ciertos bordes exaltábase el esplendor hasta un matiz azul eléctrico, opalizándose en trémulas ternuras de cuajada. A ratos la luna retraíase en su serena latitud ; mas á poco regolfaban desde el horizonte vedijas pardas, que aproximándose á ella cobreábanse levemente ; alcanzaban una translucidez de alumbre y verdegueaban por último hasta pasar frente al astro, iluminándose de argentina escarcha las unas, otras conservando su opacidad, entre espejos de lóbrego azogue.» (Pág. 116).

La grandilocuencia, que es rasgo exclusivo de lo épico, le encuentra preparado para pulsar la cuerda más vibrante de su temperamento. De ahí, que al igual de todos los caracteres de la obra, el color triunfe por su extrema vivacidad :

«Tras los cerros surcados por cándidas neblinas, la nube formaba un telón de seda malva donde efundía la luz pulverizaciones de azafrán. Encima, exornando menudos pliegues, desflocábanse copitos de

»cero claro. Una amarillez sulfurosa entibió aquel
 »matiz. Bajo haces de luz grisácea, un escalón de
 »montaña apareció aterciopelado de tierno verde.»
 (Pág. 296).

No es éste empeño de policromizar el panorama, sino resultado del culto á la forma, uno de los propósitos de la moderna estética, según se dijo en páginas precedentes. El estilo gana con ello, á la vez, en sonoridad :

«El horizonte puliase en un topacio clarísimo
 »sobre las montañas, azules las distantes, verdes de
 »cardenillo las próximas, retrocediendo sus depresiones en perspectivas de planisferio. Manchas de
 »sulfatado azul debilitábanse en los declives. Un farallón de cerro oblicuaba sus estratos, semejante á
 »un inmenso costillar ; y orlaban los repliegues de
 »las colinas, aglomeraciones de greda como una anatomía de carnazas. El cenit de cinc resucitaba en
 »celeste.» (Pág. 391).

Realiza el colorista de «La Guerra Gaucha» el ideal del arte moderno, que proclama la subjetivación de los asuntos. Paisajes coloreados así como los pinta, son extraños á la realidad ; pero el artista ha suplido lo que en aquélla faltó para embellecer el cuadro. Veráse más adelante, que en Lugones existe un sentido práctico y un observador al modo realista.

Comprende la vida en su justa medida de instintos y pasiones.

Es en virtud de esa condición, que no ha olvidado el menor detalle de la física de su obra. Le ha impresionado, con sus tormentas luminosas y tronantes, el ambiente climatérico tropical :

«El rumor del chubasco se alzaba á rugido, y por instantes, sobre ese borborigmo de caldera, precipitábanse á la brusca desmesuradas carambolas.
 »Agujereando los ramajes el viento se atornillaba en expansión ciclónica, barrenaba los árboles entre resoplidos de órgano. El vientre de la tempestad en-

»sangrentábase de tajos. Una trama de noche y agua diluvial envolvía el comienzo de la refriega.» (Página 35).

Lugones agiganta siempre el espectáculo con la brillantez de la imagen. Este hiperbolismo vale más en sus manos, que un recuerdo de la realidad; y es así, que el lector recoge en alucinación auditiva el eco estridoroso del trueno y el silbo del huracán. Los cielos tempestuosos de Lugones son magnificentes y guardan, en germen, algún misterio trágico.

Ha contemplado Lugones la constitución geológica, como fuente de episodios dramáticos. La escena del terremoto que pone tregua á un combate porfiado, enseña cuán poderosa es su pluma en los rasgos de vigor y de acentos supremos:

«...mientras alrededor torcíanse los árboles y los cerros galopaban por el horizonte.» (Pág. 84).

Así templó la naturaleza la fibra nativa. Si era fértil en la umbría de los valles, con las asechanzas de las fiebres, en las cumbres la aridez apagaba todo consuelo:

«Cercaban el valle inmensos paredones en cuya aridez de cráter las sombras recortaban netamente, como cuencas de calaveras, hoyos y tajos.» (Página 315).

Las condiciones climatéricas aceraban también la dureza del alma. La malaria engendrábase en las humedades de las vegas y perseguía á los menos atemperados á su fiebre intermitente:

«Repicaban los dientes, crujían las coyunturas como bisagras al llegar el acceso de frío.» (Pág. 196).

Luego, los fríos de los ventisqueros encallecían los rostros cobreños; á más, el ventear iracundo de la montaña, torneaba los espíritus menos sufridos, multiplicando el ansia de vencer, calmante único de las desesperaciones de la miseria:

«...rallando en torbellinos el hielo de los taludes como uno que se despeñara en crispación de garras

»sobre aquella pared y siempre despierto, zumbán-
 »doles siempre sobre las carnes su látigo de arena,
 »el monstruoso viento de la montaña.» (Pág. 317).

Disciplinóse en esa forma el coraje, que no amenguaba en derrota tras derrota. Cuando por obras de sus agentes, la naturaleza ponía acritud en aquellas vidas errabundas, en otras ocasiones se conjuraba con el peligro letal. La fauna de la selva tiene sus dominadores y el yaguareté posee bastante audacia para asaltar á un hombre, y no menor vigor en sus zarpas y mandíbulas :

«Así transcurrió un minuto inacabable. El hombre, seca la garganta, achicado el estómago, en bocanadas de calor desahogaba la vinagrera del miedo ; mas su mirada siempre fija seguía conteniendo la agresión, como si de su fondo de cueva brotara un brazo tendiéndose hacia el felino.

»Este se enderezó, por fin, rugiendo. El caminante le echó el cojinillo á los ojos, y, en tanto que atarazaba ese cuero, lo acribilló á puñaladas.» (Página 237).

Vese que el literato ha puesto su atención en todas aquellas condiciones ambientes, que prestaron fisonomía tan especial á la hazaña de sus héroes.

*
* *

Es el segundo elemento de la obra el actor gaucho. No podría tomarse su figura, con prescindencia de la colectividad en que se agita. «La Guerra Gaucha» significa, entonces, la lucha de la montonera de la montaña andina, el esfuerzo guerrero de una muchedumbre, cuyas peculiaridades psicológicas, sociales, su escenario, y la táctica de su modo de combatir, tan exactamente observadas han sido por el señor José M. Ramos Mejía, con prioridad á

Lugones, quién limitóse á construir sus tramas sobre esa realidad de los hechos (1).

La estrategia de la montonera, que azoraba á los veteranos invasores, ofrece al autor enorme caudal donde mojar su pluma. La dramática del encuentro desigual; la carga bullanguera con la complicidad de las sombras, del trueno, que si no rompía los cuadros, hacía huir despavoridas las caballadas del enemigo; el incendio de los campos, contando á favor el viento de la noche; la emboscada en el vado, en las picadas de la selva, tras los picachos nevados de la montaña, todos los episodios son narrados con vuelo de poeta y de etógrafo á la vez.

Cumple como observador, cuanto encanta como poeta.

La parte objetiva de su obra es aquella dedicada á la observación. Desde lo físico á lo moral, sus héroes respiran realismo. En «La Guerra Gaucha» cae la leyenda del gaucho nazareno y de indumentaria aliñada, que ungió la iconografía popular. El mestizo reclama su filiación y su porción de proezas:

«Unos altos, delgados hasta la enjutez, tenebrosamente cabelludos y barbudos; otros recatones, lampiños, como vientres de tinaja los semblantes; prieta y cobriza la color de todos.» (Pág. 12).

Y así:

«Los antepasados de cobre protestaban en su desmirriado linaje.» (Pág. 41).

En lo moral, los tipos están dentro de su escenario. Sorprende en la lectura de los cuentos, la parsimonia de los personajes. Son silenciosos, parcios en el gesto y en la voz, y la astucia la tienen muy desarrollada, como coadyuvante á sus propósitos agresivos y de lucha. Es la psicología del provinciano la que delatan los caracteres expuestos en la obra. El

(1) *Las multitudes argentinas*, su capítulo, «La obra militar de la multitud».

libro deja idea del ambiente económico. El pauperismo no amenguaba la tenacidad belicosa de los gauchos :

«Cien charquis podridos, que digerían, por decirlo así, á bala en el constante riesgo, saciaban el hambre menos que medianamente... Dos ó tres chicos mamaban en perras.» (Pág. 249).

La guerra había arrasado las industrias. En manos femeninas quedaban los telares, y la escasa demanda de las telas hacían tan ingrata la miseria del hogar como la del guerrero.

Es el Lugones observador, quien enseña la vida de la comarca con tintas que le son propias ; y al hacerlo, su exacto concepto de la realidad fraterniza con una poderosa imaginación poética.

Deseamos insistir en el caso, pues la tal dualidad no es circunstancia común en los escritores. Generalmente el hombre práctico ahoga al idealista que cada cual lleva en sí mismo. En Lugones existe un desarrollo extremo de ambas tendencias. Su imaginación poética agiganta las cosas al hermoPEARLAS, en una expansión avasalladora ; en tanto que la vida le impresiona en su faz natural, sin hipérbolos, sin espasmos en el estilo ni contracturas del vocablo.

Ciertamente, si el contraste se cuenta entre las condiciones capitales de la belleza, no pudo ésta ser mejor ungida que en esa exposición, arabesco de tropos, á la vez que un tranquilo pintar y relatar los hechos.

La conjunción de ambas cualidades no se opera casi nunca. Está representada la imaginación poética, por un estilo tumultuoso como una precipitación de cataratas que se diluyeran en rosetones de espuma ; en cambio, su calidad de etógrafo, le quita de los ojos el cristal homérico que agiganta las visiones. Los escenarios se empequeñecen al perder los perfiles de los dibujos de Doré ; los tipos surgen con el bautismo de lo conocido, y la narración adquiere una

sobriedad admirable : trazos cortos para engendros grandes.

Estúdiase el libro que comentamos y veráse imperar aquellas condiciones que, por su propia índole, tienden á excluirse en otros temperamentos literarios.

Es por acción de su imaginación poética que la figura del gaucho se eclipsa á instantes. Las páginas de Lugones registran tipos que no pertenecen al ambiente. Llena las escenas del más hermoso de los cuentos—y lo más hermoso que ha escrito Lugones,—titulado «Sorpresa», la imagen de un guerrero romancesco, que en físico y en espíritu tiene el latido de aquellos afamados caballeros de las justas medievales. Trasunto de tales campeones con la nobleza por blasón y la bravura de cien héroes por modo natural de ser, sin el excitante de los combates, este monotonero llevaba en torno de sí el encantamiento del caudillo.

«No cargaba borlas de doctor, pero componía coplas y además adoraba al Imperio. Las cargas de Murat le sonaban á poema.» (Pág. 53).

Le encantaba la turbulencia y placíale la hazaña improvisada. No amó por ello la disciplina. «El lo entendía en romance : por palestra la montaña y el firmamento por bandera. Una lanza, una vidalita, un caballo, el bosque, componían sus posibles.» (Pág. 57).

Sus episodios más nimios presentan relieves de teatralidad : «Alguna vez trajéronle un volumen que resultó un misal de campaña y él lo devolvió con una escolta.» (Pág. 56). «No tenía clarín, y sin música no hay guerra, suspiraba quejoso.» (Pág. 57). En cayendo prisionero un español, proponíale el tal capitán un combate singular con algún insurgente : «Si aceptaba, moría peleando ; si no, se le ahorcaba por cobarde.» (Pág. 54). Espíritu armado en guerra en sus más íntimas fibras. Pudo ganar un encuentro

á una partida enemiga que acampaba cerca de una choza donde una abijadita suya había caído enferma : «Pero el capitán reflexionó que el estruendo de un combate dañaría á la paciente.» (Pág. 58). Su voluntad irradiaba sugerencias : «Los hombres que »le adoraban ya, le santificaron. Era su cura, puesto »que les enseñaba las oraciones de la patria. Algunos »se confesaron con él.» Dentro de su alma, un poeta atemperaba sus ardores bélicos con aletazos de ternura : «Sus coplas se plañían de amores. Desvívase por las criaturas y los caballos.» (Pág. 58). Empero una sola novia le apasionaba : «No sólo me han »nombrado capitán, sino que me han casado, ex- »plicaba él sonriendo á su lanza. La mujer del ca- »pitán, decían los hombres.» (Pág. 58).

Sorprendido él y su gente durante una siesta en medio de la espesura, no se le ocurre buscar amparo para mejor combatir. Le sabe á miedo toda estrategia que no ordene presentar libremente el pecho al plomo enemigo. Como tiene mucho acero en su voluntad, no carga sólo al adversario emboscado, cual lo hiciera La Madrid contra un ejército ; combate con todos sus soldados, puesto que le sobra fibra caudillesca para hacerlos permanecer firmes en sus puestos, hasta que el último pierda la vida.

Esta figura es, sin duda, la más radiosa y bella de la obra y la más imaginativa. Nunca ha poetizado con mejor primorosidad Lugones. Alguien le acusaría de haberse excedido en esa virtud, al crear un caudillo que no condensa la psicología de la montonera.

No es, en efecto, el capitán romancesco, un tipo representativo ; pero á quien escribe epopeya no ha de imputársele tal guisa de vicios. El género concede la licencia del vuelo imaginativo, que fué raudo en la concepción de este personaje provisto de escudo medioevalesco, y dureza y porfía de cruzado.

«La Guerra Gaucha» encierra estos exotismos, al-

nas que no poseen más de americano, que el empuje urbulento.

Aquel viejo del cuento «Serenata» tiene tinte le leyenda. Hay en él una dulce ingenuidad octogenaria, que da carta de certeza á las fábulas de los libros de caballería. También el acento medioeval singulariza á este temperamento. Admira por encima de todas las cosas, el valor y luego la estrofa de la canción gaucha. Escúchala con un fervor tal, que evoca el viejo tiempo de las serenatas entonadas en las callejas al compás de algún laúd.

En media noche de luna van á despertarle los montoneros que quieren avituallarse: «Dulcemente, el dormido abrió los ojos; sonrió á la copla que alesteaba en torno de su cabeza, y permaneció cruzadas las manos, subrayada la nariz por una sonrisa.» (Pág. 117).

Muestra la delectación de quien poseyera sentimientos estéticos superiores. La imagen del anciano siente nostalgias del castillo feudal, con su levadizo y sus almenas, sombrío y huraño dentro de la comarca de vasallos.

Completa una trilogía la silueta de una mujer, La viudez prematura dióle por misión hacer la buenaventura ajena: «Providenciaba noviazgos; ayudaba á bien morir y adoctrinaba á los huérfanos.» (Pág. 90).

Era cualidad suya la ternura de los benefactores. Así acogió á un prisionero herido, con lástima de su sufrir intenso y con desprecio de su condición enemiga. La vorágine revolucionaria soflamaba odios en su alma, no descapullada aún por el amor. No había amado nunca. Y así velando en la cabecera del lecho, el encono diluñase en la nobleza de la pasión, sin que el culto á la patria hallara modo de atemperarla.

Esta figura trasciende á la dama ideal del caballero que buscaba azares, su buena estrella en los lances

riesgosos. «Más que andar, se deslizaba semejante á una nube.» (Pág. 90). Así cruzaba la habitación del herido, «con su andar flotante». Una dama de medallón: «la frente apacible como el agua, negligente la sonrisa y azuleando en sus ojos la ternura de una tarde primaveral.» (Pág. 90).

No abandona el poeta su estandarte.

La poesía de fondo, poesía que concibe figuras y caracteres, aparece en él inmaculada como la espuma de un mar azul.

Hasta aquí, el temperamento ideal de Lugones, en el trazado de los caracteres. Fácil es hallarle fuera de él. El analista, el temperamento positivo, diseña con igual maestría. Así, la vieja india que oculta al piquete español la madriguera del gauchaje, con trapacerías y añagazas, en el fragmento «Alerta». Actúa allí un niño, tal vez aquel niño que corriera á vocear la alarma, cuando invadió Valdez; está tomado en sus justas líneas de cachorro de la selva con algo de pillete. «El chico, recelándose de los hombres, se acurrucaba tras la puerta con montaraz inquina, aunque embargado de admiración por las armas. Cejijuntando, imitaba sin advertirlo la expresión de aquéllos.» (Pág. 41).

De las escenas de un hospital improvisado en «Milagro», despréndese una silueta admirablemente caligráfica. El chucho, las heridas ulceradas, clavaban en cama á once realistas. Por otro lado, la garúa persistente, enclaustrando á los enfermos, doblaba el tedio de quienes pudieron buscar consuelo en el aire libre: «Sólo el sargento había asomado un instante su bigote bandido, ejecutando en la puerta dos molinetes con su bordón á manera de roborante esgrima.» (Pág. 197).

El trazo es breve y, con serlo, proporciona sobradamente el molde de aquel físico mal entorvado y la tonalidad de fiereza que sonaba en su alma.

Luego como oyera, puerta por medio, la voz de

las enfermeras que maldecían al rey : «Surgió como »despegado de la sombra, envuelta en trapos su ca- »beza, oliendo á sepulcro... El hombre, apartando »con sus piernas las anquilosadas rodillas, asió de los »cabellos á la blasfema : «¡ Viva el rey !» (Pág. 202).

El realismo no está presente en sus grandes concepciones. Vive mejor de lo hiperbólico, la estética de este original artista. Es en los trazos secundarios donde ofrece la vida toda su pulsátil actividad :

«Algún perro, circulando silenciosamente alrededor de los dormidos, olfateaba una cabecera junto »á la cual se enroscaba luego.» (Pág. 114). Sorprende el autor, en esa forma de verosimilitud, el movimiento, la vida de relación, lo que bulle y se agita. «Con los dedos apeñuscados se rascó á golpecitos tangenciales sobre el temporal.» (Pág. 119).

En la quietud de los panoramas, percibe la realidad á través de su venero poético : «El rocío que irisa en el césped sus mil ojitos de cristal.» (Página 378). «Un murciélago volóse despavorido, manchando fugazmente la blancura lunar.» (Pág. 188).

Las figuras humanas, que en ocasiones enaltecense al ser descriptas con rasgos que no les pertenecen, conservan en otras, su natural ornamento : «Los cabellos en su lacia negrura, abiertos sobre la frente cual remos de golondrina fatigada.» (Página 370).

Pero donde el realismo de Lugones reclama el ditirambo sin ambages, es en la pintura de escenas. Se conciertan y se equilibran su talento poético y su espíritu de observación, de modo de producir fragmentos destellantes de vida :

«Arrollado el calzoncillo y desnudos los brazos »desollaban, chaireando al pasar, los cuchillos en el »cuero del animal cuyo ojo se vitrificaba con opacidades de lustrina. Junto al coágulo de su sangre »que cobraba al sol oleosos matices de terciopelo, la »piel extendía su revés de láctea blancura ; y frunci-

»dos de crispaciones iban apareciendo los matambres
 »en que se empollaba espumoso visco. Algún cinta-
 »razo espantaba á los perros que lamían la degolla-
 »dura, levantando del bello enjambres de moscas.»
 (Pág. 259).

El prurito de ensamblar con lo épico, que vaga-
 bundea en todo el libro entero, lleva á la exaltación
 de lo irreal algunas narraciones. A este género per-
 tenece el pasaje final del cuento «Estreno». «Así
 »también, á semejanza de Quirón que alimentó á
 »Aquiles con médulas de leones según el mito, la
 »abuela da de beber al nietezuelo sangre de condor,
 »para alargarle la vida.» (Pág. 42). Tratándose de
 una obra poemática, no cabe hacer reproche por ello.



Casi no habría nada que agregar acerca de la
 proeza, elemento constitutivo de «La Guerra Gau-
 cha». Incidentalmente se hace mención de ella. Los
 episodios que la delatan, multiplicanse doquiera que
 se abra una página. Hay tantos como tormentas y
 truenos, como erizamientos de las selvas al recibir la
 azotaina del huracán.

«Trasmontaba el repecho, al caer de la tarde,
 un jinete pensativo»; llenábase su imaginación de
 remembranzas de los juegos que realizara horas an-
 tes, en el rancho con las mozas del pago. De pronto
 su mirada, que vagaba por horizontes y cumbres, se
 fijó en huellas frescas de cabalgaduras. Reflexiona,
 examina, cuenta. Tantos... «Portándose ardidoso», la
 hazaña podría realizarse. Sigue el rastro y encuen-
 tra el vivac. Oculto en la espesura espera la llegada
 del cómplice nocturno, el viento. Ya éste de su par-
 te, el incendio sirve de avanzada á su denuedo; y
 luego que el campo ignívomo desorganiza al enemi-
 go, él solo, sin pavidéz, carga contra el regimiento.

El eco luctuoso del combate se espació por el valle; á ojos de los adversarios, el gaucho hazañero había aprendido á ser invulnerable, tal escapaba de la muerte.

Llegó instante en que no pudo hurtar el cuerpo á tanto hierro. «Veinte filos mordieron su carne, un fusil lanzado por detrás del cerco le golpeó la cabeza...» Y cuando aquel organismo se derrumbaba, en medio de la inhibición del vértigo, «alguien ordenó de la sombra:

»—¡ No le maten !»

El montonero improvisaba un drama en cada refriega. Quien carecía de armas, buscaba el modo de agredir con palos y lazos. El combate era así, para él, más riguroso. «Cruzó sobre las cabezas el serpenteo de la lazada, cogió al realista y en un cimbrón salió éste peloteando como un rollo de trapos.» (Pág. 358).

Si heridos quedaban los gauchos, no había medicinas ni lenitivos que conjuraran el mal. Alguno, después de la jornada, «llevaba en el bolsillo una de sus orejas para enterrarla en sagrado; al fin era carne humana.» (Pág. 359).

Este coraje indomable encendió después con sus ardores la guerra civil sangrienta.

*
* *

El caballo fué coactor en la empresa de la montonera. Con su auxilio operóse también la transfusión de las razas española é indígena, en opinión de Sarmiento (1). En el libro de Lugones tiene singular

(1) En los monumentos destinados á perpetuar el recuerdo de las glorias de la guerra de la independencia, se ha hecho olvido del caballo criollo que en aquellas jornadas fué quien realizó la mitad de la proeza. Usurpan su lugar los frisonos europeos, destinados á llenar un rol de estética, cuando no patentizan la ignorancia del cincel extranjero.

actuación y, junto á él, la mula, más hábil para escalar las cumbres.

El autor le atribuye todo el valor estratégico que, en la guerra de la montonera, tuvieron las caballerías nativas. Habitados en las labores del campo á los arreos, los caballos de los gauchos eran aptos para dispersar en una carga las caballadas del enemigo: «...aventó el ganado en su barredura que atronaba al unísono con el vendaval.» (Pág. 175).

A veces actuaban de centinelas, advirtiendo el acecho del tigre: «Algo debía ocurrir en esa quietud, pues el caballo, arpada la crin, bufaba furioso sentándose en la punta de su cabestro.» (Pág. 236). En el paso del arroyo ó de la peligrosa ciénaga, auxiliaba con su instinto al jinete: «Vibrantes las narices, olfateando la profundidad, remoloneaban.» (Pág. 219).

No se ha de insistir sobre el particular. El caballo realizó la mitad de la jornada de las montoneras.

*
* *

El estilo ha proporcionado fama á Lugones. Primorea en «La Guerra Gaucha» en toda su madurez, y no creemos que haya sido sobrepujado en ulteriores obras.

No obstante, no hay prepotencia de elementos en la textura de ese estilo. Mantiene hegemonía el enorme uso del lenguaje figurado. Los tropos se ahilan como luenga caravana, en procura del efecto estético. En profusión tal los hay, que las páginas se recargan en demasía, ocurriendo al lector aquello que dijera Guyau de los estilos perpetuamente ricos: agotan la sensibilidad. Todo ejercicio de una función ó de un sentido lo agota: la postración que sigue es proporcional á la violencia de la acción. Oled

mucho una flor y acabaréis por ser insensibles á su perfume (1).

Deduce aquella consecuencia del principio spenceriano de la economía de la fuerza en el estilo, esto es, debe obtenerse el máximo de efecto con el menor gasto de esfuerzo, que, en este caso, está representado por la atención y la sensibilidad del lector.

Lugones ha omitido la observancia de la regla : «La siesta ardía como una roncha en el ambiente. » Semejando grumos de azúcar se desleían cirros en » la profundidad del firmamento. Sobre los collados » que amurallaban el horizonte con sus lomos vacunos, cruzaban sombras de nubes. Crudamente lavado » por el sol, el paisaje se descoloraba en una tremulación de vidrio neutro. El polvo reflejaba visos de » albayalde. En la napa de luz de la siesta rielaban » largos temblores. Minúsculas trombas bailaban en » los caminos. El silencio pesaba como un bloque. En » el manantial que abrevaba hombres y bestias, el » agua corría silenciosa como el tiempo.» (Pág. 64).

Mera cita ejemplificativa en cuanto á la cantidad de tropos.

Por norma general, el lenguaje figurado tiende á establecer semejanzas. Así es que se dice, blanco como la espuma. El autor de «La Guerra Gaucha» no gusta en todos los casos usar el cuño común. La clave de su originalidad consiste en no comparar y buscar las analogías, sino en hallar homologías, y por ello escribe : «Sobre la seda verdácea del poniente, flameada de oro rosa, desgrenábase empapado » en luz un bucle de bruma.» (Pág. 251). Vertido al molde general, el fragmento podría construirse en esta forma : «Sobre el poniente, que asemejaba un » jirón de seda verdácea, flameada de oro rosa, desgrenábase en volutas, empapadas en luz, la bruma.»

Se dirá, impugnando, que los ocasos no tienen se-

(1) Ob. cit., pág. 408.

das y, quizá, que no existen bucles de bruma. Pero el artista debe cuidarse poco de la realidad, cuando encuentra un giro hermoso, que un lector imaginativo puede traducir de inmediato. Ha empleado Lugones el vocablo *bucle*, teniendo en vista la calidad de las asociaciones que sugiere. ¿Quién, leyéndolo, no evoca la frente de una mujer hermosa que vió alguna vez, ó, en cambio, lo sedoso y lo suave al tacto? Estos recuerdos placibles refuerzan el sentimiento estético del lector, cuando posee una rica reserva de emociones. El artista ha de procurar siempre despertar evocaciones en sus lectores, y si su propósito se ve colmado, bien poco importa que desdeñe la realidad.

Creemos que Lugones, y los que saben interesar las emociones del que lee en la forma antedicha, proceden al escribir el tropo, con inconciencia del proceso afectivo que él determina. En el caso propuesto, el autor sufriría la sugestión del recuerdo de una mujer, de su frente, satinada, de sus bucles, que transportado al panorama que propúsose describir, dejó un vestigio: *el bucle de bruma*. El proceso es en el autor, de la emoción á la palabra, de lo subjetivo á objetivo, y á la inversa en el lector, como se ha visto, de la palabra á la emoción, de lo objetivo á lo subjetivo.

El lenguaje construído en la forma que comentamos, bien denunciaría una tendencia al menor esfuerzo, so pretexto de servir á un propósito de originalidad estética. Quiere expresarse que hay mayor facilidad en concebir, haciendo homología y no analogía, dentro del lenguaje figurado.

Presta Lugones preferencia, en los motivos de sus metáforas, á las tempestades y á los ocasos. Abundan por doquier, si bien es de advertir que su rico venero imaginativo halla modo de presentarlas con tintes distintos.

*

* *

Cuenta este estilo virtudes muy ensalzables. La concisión, que señorea sin desmayos, hace que Lugones un estilista espectacular: «Era un húsar formidable, casi puro pelo la frente, cavo el ojo, enarcado en alero el bigote—lindo animal de guerra.» (Pág. 55). Es suyo el don del rasgo corto, enérgico, sin veladuras ni semitonos.

Lugones muestra mayor empuje en lo esceno-gráfico que en lo pasional. Bastan para atestiguarlo los fragmentos reproducidos.

Puede apreciarse, como derivante del rasgo conciso, la exactitud en la expresión. Estudióse este acápite, cuando mencionamos su espíritu de observación. Se dijo asimismo, que de las imágenes visuales predominaban aquéllas que referían al color. No hay panorama que captive más su imaginación que el ocaso.

Pero este estilo tiene disonancias estéticas, *inetismos*, y perversiones de lenguaje impuestas por las corrientes literarias del presente. Gusta decir: «La tarde enternecía su levedad de rosa.» (Pág. 283). La frase puede traducirse en emoción, cual lo quieren los simbolistas y adláteres, pero no con palabras. «El arrebol del crepúsculo palidecía en una estética irrealidad.» (Pág. 255). En ocasiones es impotente para comunicarnos su emoción, y entonces su pensamiento torna abstruso: «Mas poco á poco las estrellas se histerizaron allá arriba, contagiándose de palidez.» (Pág. 385). Esto es lo que se ha denominado lo feo en el arte. A tal punto conduce el afán de hacer vibrar en las páginas la más vaga y escondida de las emociones. Por principio general, se repite que todo ello es consecuencia del refinamiento de los sentimientos y, en réplica, los psicólogos ase-

guran que el sentimiento refinado, vale decir en término propio, intelectualizado, importa pobreza afectiva. Todo sentimiento pierde su fuerza á medida que se intelectualiza (1).

Vese, pues, que la perversión del lenguaje y la contractura de la frase son tolerables cuando proporcionan al lector la emoción propia de la escena. Pero, si la emoción del literato es irreductible, si no puede descomponerse, no satisface necesidad ninguna. Y tanto uno como otro caso delatan pobreza emocional en el autor.

El estilo de Lugones, salvo el particularismo observado, es eufónico, prodigiosamente rico en imágenes, grandilocuente por tono general.

*
* *

La estructura lexicográfica de este estilo, salva los confines de lo común. Sorprende el uso preciso del vocablo, en afán de síntesis. Fuere por exigirlo así la ignorancia del público, fuere por falta de cultura adecuada, los escritores acostumbra expresar con cuatro palabras lo que puede decirse en una sola.

Lugones se ha independizado de tal hábito de nesciencia léxica; y, al poner remedio al mal en su obra, ultrapasó los límites prudenciales. Escribe: «Como *proejaban* remolcando á la vez una balsa con sus bagajes, adelantaban poco.» (Pág. 149). Otro escritor hubiera narrado: «Como *bogaban contra la corriente, remolcando...*»

«Bajo el algarrobo familiar, los caballos de la partida poniendo anca á la lluvia boceaban en mustio duermevela.» (Pág. 44). En este caso habríase

(1) Ribot. *La psicología de los sentimientos*, pág. 29, seguido por Pitres y Regis en *Las obsesiones y los impulsos*, trad. González, pág. 77.

dicho : «Bajo el algarrobo familiar, los caballos de la partida, poniendo anca á la lluvia, movían los labios de un lado á otro en mustio...»

El empleo del vocablo preciso propicia la concisión del estilo.

De más estaría decir que Lugones hace uso continuo de la sintaxis figurada. Obtiene efectos originales construyendo en esta forma : «...la piel extendía su revés de láctea blancura...» (Pág. 260), por «se extendía el revés de láctea blancura de la piel.»

Es grato á su pluma espiritualizar las cosas : «La comisura de sus labios se angustiaba.» (Pág. 170), frase que en construcción ordinaria se escribiría así : «la angustia plegó la comisura de sus labios.»

Lugones, pues, ha podido conquistar la originalidad con recursos revolucionarios. Harto difícil hubiérale sido la realización de tal empeño, moviendo su prosa dentro del purismo gramatical.

Así como se sirvió de la expresión personal, la devoción por la forma, que es fervorosa en él, precisóle á usar neologismos. Ya en el prólogo confesaba la adopción de ellos, por así reclamarlo la naturaleza del libro. Pero, en ocasiones, ha prescindido de ese criterio mostrándose un neólogo de grandes aficiones.

Consideramos como virtud en los escritores, esta tendencia á enriquecer el idioma, preferible al recato literario de quienes, por espíritu conservador, lo encierran en el círculo de hierro del lugar común y del vocablo de circulación doméstica.

Por imposición de la naturaleza del asunto y su colorido local, empléanse estas voces :

«...emancipó á sus esclavos para que *montonearan...*» (Pág. 111). Montonerear, esto es, hacer la guerra en montoneras. «Muchos hombres llevaban, por todo uniforme, la gorra, pues la chamarasca se comía el calzado y el traje. *Cadaverizábalos* la penuria con rictus macabros.» (Pág. 167). Cadave-

rizar, tomar los rostros y los cuerpos la enjutez y el extenuamiento de la caquexia. En nuestro concepto, el neologismo que correspondería usar es *caquexiar*. Contemplando la anemia por intoxicación que sobreviene a un individuo atacado de enfermedad consuntiva, se dice de ordinario, *está caquético*, cuando podría expresarse, con mayor propiedad *se caquexia*. Además, la frase del autor tiene visos de pleonástica. «En las acartonadas tejas de la *lechiguana*». (Pág. 230). Se ha usado antes de ahora *lechiguana* (1). *Pealar*, palabra harto conocida. En la campaña se dice *pialar*. Jorge Isaacs emplea el sustantivo *pial*, definiendo: cuerda con que se maniatan las reses para echarlas á tierra (2). También adopta la voz *pialar* otro autor y la explica en esta forma: «Arrojar el lazo á las patas de las bestias vacunas y yueguarizas para trabarlas de uno ó más miembros y sujetarlas de á pie, á objeto de alguna operación de yerra, castración ó corte de cerdas.» (3). *Pialar* dice el señor Daniel Granada (4).

Lugones ha preferido adoctrinarse y dar al vocablo una base etimológica propia del caso. De ahí la raíz *peal*, de pie; máxime cuando la lengua castellana contaba ya con la palabra *peal*, con la cual se designa la parte de la media que cubre el pie.

Es harto plausible que el escritor, al crear una

(1) *Lechiguana, Fauna indij.*—«*Nectarina mellifica*».—Panal de abejas salvajes. Es un nido formado en su exterior por una pasta especial que los insectos fabrican con cortezas de maderas blancas desleídas y mezcladas á un humor que despiden. Compónese de múltiples hojaldres parecidos al papel tosco y basto, y de celdas simétricamente agrupadas como las de las abejas domésticas; siendo de notar que éstas viviendas globulares no se asientan en el suelo firme siempre, sino que aparecen colgantes de las ramas bajas, adheridas, por lo común, á un pequeño nudo, tronco ó excrecencia insignificante, ó entre las plantas rastreras á modo de capullos gigantescos... «*Leche de Iguana*» se dice (y de ahí «lechiguana») porque este reptil gusta mucho de sus panales, y se los procura por todos los medios.—*Nativa*, aclaración de algunas voces usadas en la obra. Eduardo Acevedo Díaz.

(2) *María*.

(3) *Nativa*, y en lugar citado. Eduardo Acevedo Díaz.

(4) *Vocabulario Rioplatense Razonado*

voz, trate de hallar modo de emparentarla con el idioma, eligiendo raíces comunes á él. No creemos, sin embargo, que el criterio ha de aplicarse á palabras clasificadas como provincialismos ; las alteraciones morfológicas que se verificaran en ellas, tendrían por efecto formar voces nuevas.

No tienen, en cambio, vinculación con el tópicó : «...desde el cielo que *cecijuntaba*...» (Pág. 79). «Las rayas de tizne que le *cebraban*...» (Pág. 308). «Luego, toda esa inmensidad *declivó* al horizonte» (Pág. 117). *Cecijuntar*, contraer los músculos superciliares, ó sea fruncir el entrecejo ; *cebrar*, dar á alguna cosa ó tomar alguna cosa el aspecto del pelaje de la cebrá ; *declivar*, efectuar un descenso ó rodar por el declive.

Gusta el autor poner en uso las palabras anticuadas : «Oyó á la distancia... convulsivos *ululatos* de perros.» (Pág. 96). *Ululatos*, ladridos. En otros casos escribe palabras que resumen toda una oración. Para describir el golpe del sable en un ademán tajante : «Brilló un sable sobre la tela, zumbó el *al-tibajo*...» El vocablo es castizo. Georges d'Esparbés buscó la sobriedad de la imagen empleando la misma expresión, sin lograr el extremo de la síntesis que se propuso, pues á ello era obstáculo la escasa flexibilidad del francés, si se recuerda en qué grado es ella condición de nuestra lengua :

«...le dragon renversé, á demi reçut les coups *d'en haut et d'en bas*...» (1).

*
* *

El abuso de las palabras no usuales ha perjudicado á tan hermosa obra. Teniendo ella un significado épico, debió ser su lenguaje más accesible al

(1) *La legende de l'aigle*, pág. 22.

lector. Hay en ella esfuerzo léxico en demasía, y en aras de una excelente reputación adquirida de lingüista, Leopoldo Lugones ha sacrificado la claridad de su exposición. Conste que no nos referimos á la claridad meridiana de las vulgarizaciones.

Las epopeyas no han de escribirse para ser recordadas en la memoria de los bibliófilos, cuando su perpetuación puede confiarse á quienes alientan nobilísimas aspiraciones nacionales.

EL ESPÍRITU DE NUESTRO PASADO Y EL IDEAL DEL PORVENIR

Una teoría de la enseñanza de la historia expone el señor Ricardo Rojas en su libro «La Restauración Nacionalista». El título compendia la tesis que defiende el autor. Se quiere expresar que el perfil nacional ha desaparecido bajo el aluvión ultramarino y merced á la ausencia de culto á la tradición bien saneada.

Hasta aquí el hecho.

Sólo, á juicio de Rojas, la aplicación de un bien meditado plan pedagógico, á base de enseñanza exclusivamente nacionalista podría conjurar el mal.

Ninguna más propicia y adecuada, á su opinión, para fortalecer el vínculo hoy debilitado de orgullo y ántaño, que la de la historia, en toda su plenitud moral.

Orientada así, alcanzaría largas trascendencias. «El fin de la Historia en la enseñanza es el patriotismo... La lección de patriotismo fincaría, de por sí, en el solo hecho de *pensar en el pasado y en el destino del propio país y de la civilización.*» (Pág. 43).

El autor desea que el aprendizaje de la historia, al par que abra el espíritu á conocimientos nuevos, actúe sobre el sentimiento de la nacionalidad.

El medio de desarrollar esa enseñanza es muy diverso del que está en boga: «Pero la enseñanza de la Historia no depende sólo de aquello que se apren-

»de en la lección del maestro. La Historia de un país
 »está en las bibliotecas, los archivos, los monumen-
 »tos, los nombres geográficos tradicionales, le prédi-
 »ca de la prensa, las sugerencias de la literatura y el
 »arte, los ejemplos de la política, la decoración de
 »las ciudades, el espectáculo diario de la vida : quan-
 »to constituye el *ambiente histórico* de una nación»
 (1). (Pág. 449).

Citando á Duruy escribe el señor Rojas que el patriotismo se compone de recuerdos ; usa luego el anglicanismo *folk-lore*, denominación que atribuye á la ciencia que estudia las costumbres, tradiciones, creencias del pueblo. «Por consiguiente, la idea que »en inglés expresa esta palabra es *estudio del pue- »blo* (de *folk*, pueblo, y *lore*, estudio)... En castellano

(1) El autor ha visitado los archivos de Sevilla y Simancas. Del primero, dice: «Contiene cerca de 32.000 legajos y los americanos, especial- »mento los argentinos, no podemos reconstruir nuestra vida colonial sin »volver á las fuentes sevillanas... En Sevilla está todo lo principal de »cuanto se refiere á la Argentina, incluso las listas de los que venían á »nuestras poblaciones en los barcos de Cádiz...» (Pág. 428). No ha sido fiel al propósito nacionalista, el señor Rojas. No había necesidad de acudir á los archivos extraños para conocer nuestro pasado. Las tales listas de pasajeros existen en el Archivo General de la Nación. He aquí un extracto de una de ellas : arribaron en el navío *San Francisco Xavier* (a) «La Leria», el 13 de agosto de 1748, con licencia del Rey, las siguientes personas : «don Pedro Meneses y su esposa doña Hipólita con tres hijos, el uno va- »rón y dos niñas ; don Jacinto Quiroga con su criado ; don Roque de Se- »púlveda con dos criados ; don Joseph de Iturriaga con su criado ; don »Vicente de Azouénaga ; don Agustín Guil, y don Pedro Posadas.» (El señor Augusto S. Mallié, director de la sección Virreynato del Archivo General de la Nación, nos asegura que hay listas, de data muy anterior, de 1607, por ejemplo).

Es erróneo afirmar que nuestro pasado está en los archivos españoles. La documentación relativa á la vida política y administrativa de la colonia, nunca fué enviada á España. Sólo se remitían los procesos ó sus resultancias, las noticias dando cuenta del cumplimiento de las cédulas, las solicitudes personales, de todo lo cual quedaba copia por duplicado en las oficinas de América. Deben agregarse, las piezas que constituían la correspondencia del Virrey, á la enumeración antehecha.

Adviértase que en el archivo de Sevilla, se conservan las copias de los documentos originales que se guardan en nuestro archivo, como las Reales Cédulas y las Reales Ordenes.

Es ocasión de recordar lo que ya hemos escrito en otras páginas de este libro : los intelectuales que estudian nuestro pasado han menester desfilas por el Archivo General de la Nación. Sólo allí develarán el verdadero carácter de nuestras tradiciones y antecedentes políticos y sociales.

»yo preferiré usar *foclor* adaptando su ortografía á la prosodia originaria, como se ha hecho con «mitín» y otros anglicanismos.» (Pág. 46, en nota).

Pensamos que las palabras nuevas deben formarse con elementos etimológicos propios del idioma. No hay necesidad de pedir al inglés la raíz *folk*, pueblo, cuando en el castellano se usa la voz griega *dêmos* para significar tal cosa. Así, democracia, demócrata, demófilo, democrático, democratizar; al tiempo, si en inglés *lore* se traduce por estudio, *logos* es su equivalente en nuestra lengua. De ahí, que en lugar de *foclor*, como propone el señor Rojas, sea más lógico y más nacionalista llamar á la ciencia del pueblo *demología*. Casi no sería menester echar mano del neologismo. El vocablo *patrología* (de *patres*), significando estudio de los escritos de los padres de la iglesia católica, podría aplicarse á la ciencia de la patria. Derivan de la misma raíz *patrología*, patria, patrio, patriótico, recuerdo del grupo patriarcal, donde los padres de familias, condensaban todos los sentimientos sociales del agregado. Corresponde usar *patrología*, estudio de los patrios lares y de los penates, diríase en lenguaje de la tribu patriarcal, que es lo que quiere expresar el señor Rojas.

*
* *

Antes de entrar en materia, conviene rememorar sintéticamente la historia del tipo nacional, á través de los ciclos de su evolución, á fin de poder comprender en todas sus proyecciones el concepto del señor Rojas.

Por de pronto, la pérdida de la fisonomía criolla es un hecho innegable en la capital de la República. No así en las zonas desviadas de las grandes corrientes económicas.

Mucho se ha debatido el tópicó de la existen-

cia de una nacionalidad argentina, en las más agitados décadas de su pasado borrascoso. Cualquiera que fuera la conclusión á que se arribara, no podría ponerse en duda que nuestra sociabilidad, desde el año de la emancipación, cruzando después por medio de las vicisitudes de su disociación política, conservó su rasgo colectivo, su homogénea idiosincrasia.

Baste recordar, además, que los elementos étnicos integraron el tipo nacional en igualdad de proporciones, en todo el territorio que constituye el país, salvo regiones de predominio de tales ó cuales agrupaciones aborígenes. Es indudable, pues, que hubo una entidad étnica resultante, que surgió con las peculiaridades propias del ambiente americano. Debíó ser tipo diferenciado cuando el europeo colonizador los distinguía con un mote particularista. Criollos, se les decía.

Por razón de origen existió entonces una psiquis nacional bien definida.

La época del caudillismo no se caracteriza por un definido ideal de nacionalidad; fluye la consideración de la misma índole del fenómeno. Véase, en cambio, flotar en las muchedumbres armadas en guerra, un espíritu de desagregación, que tuvo por mal nombre federalismo. No obstante, como observóse ha poco, estas dispersiones parciales de los núcleos no excluyeron manifestaciones colectivas categóricas.

Se inicia después la corriente inmigratoria. El grupo nacional es desalojado paulatinamente, no por exclusión, sino por conmixtión. Y estamos desde este momento en campo del problema del señor Rojas.

Al consolidarse el país, se sintió la necesidad de poblarlo. En aquella ocasión nuestra entidad latina pudo haberse refrescado con éxito, tomando elementos de las fuentes mismas. Pero, tras la frase feliz de Alberdi, asedió á los hombres dirigentes, el ham-

bre de poblar á toda costa. Los más imaginativos pensaron, que el país se pletozaría tras cortos años, al contemplar la feliz adaptación del extranjero al ambiente.

Puede catalogarse entre nuestros modos de decir, aquello de que el extranjero se adapta perfectamente á nuestro ambiente, cuando se debería afirmar que lo modifica, por no decir que lo ha modificado. Hablamos de la Capital Federal.

Si tal ocurre, se inicia desde entonces el quebrantamiento de la tradición, por fuerza natural de las cosas. Ningún culto del pasado ha de tener quien no está ligado á él por atavismo alguno.

Quien haya contemplado el panorama de las razas (1) en los Estados Unidos, habrá de confesar que el problema y la solución guardan con el nuestro desemejanzas notables.

La primera observación que recoge el investigador, es una instintiva tendencia de la raza á homogeneizarse, haciendo consorcio con los elementos afines que le proporciona la corriente inmigratoria. Ese enlace de sangre, tiene por resultado producir la unidad del tipo germano, con exclusión de cualquier otro, que á pesar de su número es desechado. En cambio nuestra raza no se amó á sí misma; no tuvo por ideal la pureza de casta.

No es de ogaño el fenómeno que nos ofrece el campo de experimentación norteamericano; se inicia desde los primeros años del descubrimiento de aquellos vastos territorios. Téngase presente que el colono inglés nunca mezcló su prosapia con el indio, ni después con el negro. Y obsérvese que, dado el enorme número de africanos que se importaron, el caudal que pudo haber ofrecido la nueva raza para

(1) Al emplear esta palabra hacemos caso omiso de la clásica discusión que suscitó. No se pretende entonces equipararla á especie y subespecie ó á tipo antropológico. Léase, *Conjunto de hombres de igual psicología*.

multiplicar la población por cruce, no fué utilizado.

El americano, para llamarlo como él se denomina, es un raro ejemplo de hermosa, de típica personalidad nacional. Los núcleos ajenos á sus componentes ancestrales, no modifican su tipo ni contaminan su pureza. Es de concluir entonces que, pese á la afluencia del elemento extranjero, la raza ha triunfado, manteniendo su homogeneidad étnica y por ende psicológica y su arraigo en la tradición.

Esta característica es muy digna de apreciarse y ponderarse, puesto que nos proporciona la clave que nos explicará un hecho singular. Habíamos hecho alusión al extranjero implantado en nuestro país como fuerza transformadora del medio ambiente.

Veamos su rol de acción en los Estados Unidos.

Para hacer más claro el tópico, analicemos ligeramente el grado de asimilación del italiano en aquel país y en el nuestro.

No es novedad afirmar que entre nosotros el agregado italiano realiza la lucha en forma ventajosa; ha sido uno de los factores más determinantes del progreso material del país. El italiano triunfa, pues, individual y colectivamente en la Argentina. Este sorprendente resultado de la adaptación ha herido la imaginación de ciertos escritores que, al decir del señor Rojas, clasifican á la República como una colonia italiana sin bandera. La ignorancia produce espejismos peligrosos.

Supóngase al agregado italiano actuando en los Estados Unidos. La adaptación es allá, problema de solución difícil; si aquí puede modificar un idioma y alterar un ambiente, el hecho está lejos de producirse en la República del Norte. Hemos tenido ocasión de contemplar aquel escenario.

La lengua inglesa es óbice al acercamiento con los núcleos del país; el americano monopoliza las grandes actividades, crea otras ó desarrolla las ya creadas. Es él quien señorea en su ambiente, quien

excluye y elimina; y á tal punto llega su dominio que el italiano anglicaniza nombre y apellido, buscando afinidades.

Aquel escenario le es adverso. Pueden contarse triunfos individuales; pero la colectividad permanece bajo la égida de las pequeñas industrias, aplicando sus energías sobre aquello que desdeña el nativo. Y, por fuerza natural de las cosas, se produce en la colonia una unificación de todos los elementos. Es así que vese formar en Nueva York una ciudad italiana constituida por muchos miles de habitantes—*Little Italia*,— que comercian y se desenvuelven entre ellos y que están, por ende, fuera de la gran corriente económica de la nación. Decimos lo propio de la colonia judía, cuyo recalcitrante aislamiento es ofensivo al espíritu nacional de cualquier país.

Tal vez este hecho no pase desapercibido á los escritores italianos que, con interés nacionalista, aconsejan la exclusiva derivación de la corriente inmigratoria italiana, hacia la Argentina.

Ahora bien, si pudiera formularse un juicio comparativo, visto como ocurren los hechos en nuestro país y en Estados Unidos, habríamos de arribar á un resultado desconsolador. Y baste que dejemos al que lee la tarea de llegar á él. Piénsese, para nuestro consuelo, que el italiano es, de los elementos de aluvión, quien da más hijos argentinos.

* * *

La consecuencia necesaria de todo cuanto llevamos dicho, nos induce á pensar que el instrumento destinado á remover á nuestra raza de su marasmo colonial y crónico, de su comprobada inferioridad para crear, es el hombre que nos viene de países de similar origen étnico.

No escapa de la concepción del señor Rojas este

corolario. El quiere la defensa del ambiente, con remedios nacionales y la revivificación del tipo nativo, pues, según sus palabras, tan hijos de extranjeros son éstos del presente como los criollos de la época colonial, puesto que el medio ambiente que es plasmador de razas, es el mismo.

Son sus palabras :

«...el inmigrante europeo de hoy, como el de la época colonial, vuelve á su tierra ó muere en la nuestra ; es algo que pasa. Lo que perdura de él es su hijo y la descendencia de sus hijos ; y éstos, criollos hoy como en tiempos de la independencia, tienen ese matiz común que impónelos el ambiente americano.» (Pág. 352).

Discrepamos en parecer. El criollo de hoy no es el criollo del pasado. Conviene recordar, que si el ambiente continúa siendo el mismo, en lo que respecta á las condiciones físicas que contribuyen á formarlo, es muy diverso del colonial, si se piensa en condiciones económicas y sociales que lo han modificado.

Admitida esta diferencia de psicología, merced al influjo, tanto del factor antropológico como del externo, la tesis del señor Rojas, tal cual él la enuncia, se hace de imposible realización.

Veamos su esquema :

«No preconiza el autor de este libro una restauración de las costumbres gauchas que el progreso suprime por necesidades políticas y económicas, sino la restauración del espíritu indígena que la civilización debe salvar en todos los países...» (Página 358). Del espíritu indígena, dice, la revivificación del alma ó psiquis nativa, debemos entender.

Afirmamos que existe una imposibilidad material. Ese espíritu ha evolucionado en tal forma, que ya no hay modo de volver á la etapa inicial.

El autor propone : «Para restaurar el espíritu nacional, en medio de esta sociedad donde se ahoga,

«salvemos la escuela argentina, ante el clero exótico, ante el oro exótico, ante el poblador exótico, ante el libro también exótico y ante la prensa que refleja nuestra vida exótica, sin conducirla, pues el criterio en que los propios periódicos se realizan, carece aquí también de espíritu nacional.» (Página 348).

Muy loable, pero débil barrera al empuje de una civilización nueva que nos viene privada de ideales. Sería obra de Danaides despertar el espíritu nacional de otros lustros, reeditar el alma de un pasado del cual estamos más distantes, de lo que hacen suponer los jalones de la cronología. Hay muchos argentinos que están vecinos á esa tradición; pero los más no la conocen por el vínculo del sentimiento, sino de la palabra. No son continuadores de ella, puesto que no continúan la raza que la engendró. Y repetimos nuestra frase: ningún culto del pasado ha de tener quien no está ligado á él por atavismo alguno.

No es posible, en último análisis, dotar á la nueva nacionalidad en formación, de un espíritu que no amolda á su variante idiosincrasia.

De otro lado, habría asimismo cierta imposibilidad lógica. Nuestra raza fué más abundante en defectos que en grandes virtudes. Su clásica tendencia al menor esfuerzo, tanto en el campo de las actividades políticas que produce el abstencionismo electoral, cuanto en la órbita económica, con el retraimiento del capital criollo, no puede ser codiciada como virtud que haya de evocarse necesariamente.

No es menester traer á colación, al hablar de nuestros defectos, las pasadas turbulencias de la trágica caudillocracia. Como lo ha hecho notar un escritor al contemplar el panorama de la civilización inglesa, los britanos, al igual que nosotros, antes de llegar á ella, cruzaron por la turbionada de la disolu-

ción política y de las revoluciones sangrientas, de que nos ofrece un mero ejemplo el asesinato de Eduardo IV y de sus dos vástagos. Y no duró esa era tres cuartos de centuria sino siglos.

Podría argüirse que aquel pueblo siempre alimentó el ideal de su constitución, palpitante en los parlamentos. Exacto. No hemos querido establecer homologías; tan sólo analogías y consignar con ello que todas las nacionalidades tienen una infancia turbulenta.

Pero, el señor Rojas, no aboga por el surgimiento de toda la compleja trama psicológica de los abuelos. Se le comprendería mal si tal se interpretara. Sólo pretende que revivamos el ideal de la raza, tan rico en jugo latino, tan característico de su genio, reflejado en las condiciones de abnegación, valor y generosidad del pristino criollo.

Nuestra vida vertiginosa de pueblo nuevo ahoga las virtudes altruistas; la moral utilitaria es recio instrumento en la lucha por la existencia, y á sus expensas florecen todos los egoísmos, todo el culto del *yo-económico*, si se nos permite la expresión.

Esta característica de nuestro ambiente de hoy es patrimonio del grupo nuevo. El criollo, elemento conservador, cae abatido por el radicalismo inquieto, que penetra hasta en los núcleos más encastillados en las tradiciones. Las familias llamadas de abolen-go, no ofician en el culto de sus pasados; se vanaglorian del apellido, ignorando las más veces los hechos que lo hicieron famoso. El señor Rojas no debe pensar en la eficacia de la acción privada en pro de la restauración nacionalista.

Más que veneración por el pasado, falta la cultura necesaria para comprender su valor histórico y social.



Se ha hablado antes de las modificaciones sufridas por el ambiente. Por razón de método, corresponde tratar de ellas ahora, ya que el autor no se ha detenido en su examen. Hubiéramos deseado leer sus impresiones; á nuestro juicio, es tópico éste, que constituye natural corolario del plan de su obra.

Entiéndase que sólo nos referimos á aquellas modificaciones, que guardan relación inmediata con la tesis del señor Rojas.

A primer golpe de vista, el observador nota la ausencia de orientación intelectual. Los afanes de la lucha por la existencia, han materializado todas las formas de actividades. Es palpable.

Contéplase la influencia en la órbita educacional, artística ó política. Domina la superficialidad, el escaso apego al concepto, el anhelo de hacerlo todo pronto y con el menor esfuerzo.

Para ser breves, analicemos someramente algunas de las formas en que se exterioriza la cultura de un pueblo.

Tengamos en cuenta, en primer término, el lenguaje, cuyo perfeccionamiento está en relación directa con la capacidad mental del pueblo que lo habla, no siendo, como se ha dicho, más que un caso de asociación de ideas. El castellano ha sido demasiado complejo, hartó rico, para el espíritu de nuestra joven raza. Modificado el ambiente, y moviéndose en medio de él, hombres en cuyos hogares el idioma patrio es lengua extranjera, por fuerza había de ser sacrificado.

La vieja habla de una literatura triunfadora, pierde su hermosa contextura. Se transforma afeándose.

Las modalidades de nuestro ambiente han menes-

ter de nuevos vocablos y aun de nuevos sonidos ; pero el vocabulario se reduce en número, á pesar de la incorporación de las voces locales. No es este fenómeno de hoy ; sabido es que el criollo habló siempre un castellano bastardo y que en su verba doméstica hace uso de desinencias del pronombre y del verbo que conociera el esclavo de la época colonial en su trato con el amo, vg. : *Vos tenés* (vos tenéis), por tú tienes.

Pero la orientación actual nos lleva á la pobreza del lenguaje. Es común oír pronunciar tres ó cuatro palabras, para expresar un concepto que pudo exteriorizarse en una sola. Hablar con pocas palabras, haciendo uso de expresiones de aplicación universal, es mostrar escaso apego al concepto, anhelo de hacerlo todo pronto y con el menor esfuerzo. Es superficialidad.

La enseñanza del castellano, que preconiza el señor Rojas como medio de volver al idioma originario, no nos allegaría sino un vano esfuerzo de nacionalización tradicionalista. Pensemos además que el castellano de los abuelos no fué puro y limpio de casta.

Nuestra literatura teatral está informada por el nuevo patuá. Un castellano simplemente correcto, se tendría en ella por un eufemismo exagerado. Siendo el idioma instrumento de toda literatura, pobre aquél, forzoso es que ésta sea menguada. Nos referimos á la literatura de índole regional, cual si se dijera popular.

La novela no florece. El excesivo concepto, que hace notar el señor Rojas, que nos merece todo lo extranjero, nos impone el deber de importar literatura y literatos. Nuestra novela de costumbres, el único género que no sería de invernáculo, está aún por diseñarse. Surgirá compleja, colmada de extranjerismos.

Los casos de triunfos literarios en las décadas

actuales son muy contados. La falta de cultura, la indiferencia con médula mercantil, el poco apego al concepto, son obstáculos que privan al escritor de base para cimentar su fama.

Los que han triunfado, restan en la ignorancia de gran parte de la escasa clientela de la librería. Decimos lo propio, de la literatura científica, que tiene en su abono esfuerzos encomiables.

Pero, si hay un signo revelador de nuestra indigencia artística, es el estado del teatro nacional. Es el teatro caricaturesco propio de la infancia de los pueblos, teatro de gesto, de bufonías, alejado de toda aspiración elevada, intérprete fiel del modo de sentir estético de su público.

Los escritores de concepto tuvieron su cuarto de hora de auge, al iniciar la reacción contra el gauchaje teatral de la leyenda popular. Señorearon entonces Florencio Sánchez y otros; pero la sorpresa fué de escasa duración. Los éxitos, las salvas de aplausos, se producían en la noche del estreno; por fuerza Buenos Aires intelectual llenaba una sala, ante la expectativa de la representación de un drama como «Los Derechos de la salud», interpretado por un actor de poderosas facultades.

Pero el público reaccionó á su vez; sin volver al Juan Moreira, dictó á los dramaturgos que escribieron otrora obras de arte, la fórmula nueva. Vino entonces el colorismo local—prolicromismo por mejor decir—á clavar su pendón sobre la escena. La superficialidad dominante quiso reír—público de una sola emoción,—y se engendró entonces una especie híbrida de dramaturgia, que extrajo su material del bajo fondo popular, donde el aluvión ultramarino no es más denso.

Esta escenografía siente predilección por la pintura de las amoralidades, de la delincuencia de la taberna y el garito. Cierta parte del público se place en oír el argot del delincuente, y en descifrar la

clave de sus expresiones de envelado sentido, por obra de la tendencia criptológica de todo lenguaje de cofradía (1).

Encontramos en esa literatura, documentos de una moral nueva. Allí veráse, como hace notar el autor, llamar zonzo al hombre honesto que rehusa manchar su probidad con la acción pecaminosa que parecen sugerirle circunstancias especiales; *Urico*, á quien alienta un ideal, á quien no se arrastra en medio de todas las vulgaridades; *criso*—mote despreciativo,—al generoso y abnegado, vilipendiando así las virtudes más preclaras de la raza latina.

El desenfado literario de esa escenografía, impuesto á los autores por cierto público de los bajos teatros como el único *modus vivendi*, nos presenta el ejemplo de una educación perniciosa que cimenta y legitima, por medio de la publicidad, el vicio y el delito.

Las ideas antedichas nos sirven para explicar el postulado: *el inmigrante analfabeto roba la cultura ambiente*. Nos trae su actividad física y económica; pero, al incorporarse en gran número á nuestro organismo, deja un desequilibrio bien pronunciado y nada favorable á la cultura general de la ciudad.

A esta conclusión deseábamos arribar, quizá para sostener una tesis distinta de la que enseña el señor Rojas.

La nueva raza se forja con predominio de caracteres europeos. No evoca pasados ni tradiciones americanas; carece de ellos como los niños huérfanos, porque los puntos hacia los cuales convergen sus atavismos, se encuentran en las civilizaciones europeas. El renacimiento del espíritu criollo por obra de métodos pedagógicos, influirá en su paulatino desenvolvimiento, pero de modo ideológico. La emo-

(1) En nuestro país, el señor Antonio Dellepiane ha hecho un folla y sesudo estudio del lenguaje de la delincuencia.

ción ha de permanecer ajena á ese culto, involucrada en medio de todas las indiferencias y gradualmente, á medida que el número de los nuevos inmigrantes cubra por completo el país, se debilitará, al extremo de no percibirse. Y entonces las grandes remembranzas de la sociedad del porvenir, glorificarán el esfuerzo y el triunfo de la extranjería de hoy, que habrá de considerarse como primer factor de la consolidación económica y engrandecimiento del país. Los San Martines del mañana.

La labor del presente consiste en seleccionar los elementos propios, para producir la homogeneización étnica, ó, en otras palabras, para determinar el tipo de esa raza futura.

El tema ha sido considerado hasta el presente, desde el punto de vista de la metáfora. Cada barco que arroja sobre nuestros puertos su carga humana, inspira frases ditirámbicas al periodista cotidiano. Urge poblar el desierto; se contemplan, al pensar de esa guisa, las necesidades materiales de la República, sin entrever aquéllas de orden moral, que entre nosotros revisten mayor importancia. Si el sociólogo no estuviera alejado de los periódicos de lectura popular, quizá la prédica hubiera tomado su verdadero carácter. Pero se prefiere siempre, rindiendo devoción á la mentira ambiente, que es nuestro mayor flagelo, dedicar una página entera á los juegos de las carreras—sin perjuicio de condenar el juego en el editorial,—á dar acogida al estudio serio y razonado de los problemas que no resolvemos, ya por no comprender su planteo, ó por ausencia de voluntad para acometer la tarea.

Es así que el país se está extranjerizando de un modo alarmante. La huelga decretada por los obreros, para obstaculizar la conmemoración de nuestro fasto del centenario, ofrece pruebas evidentes. No se diga que la dura ley de la necesidad dictaba la resistencia. Nada relativo al trabajo y sus condiciones

exigían los gremios, al hacer figurar, entre los renglones del ultimátum, la derogación de la ley de residencia y de la ley de conscripción militar.

Cuando se promulgó la primera, la opinión, que acostumbra á pronunciarse sobre estas materias, le fué adversa. Se pensaba que aquella fórmula sagrada de nuestra política exterior: *urge poblar*, corría el riesgo de aniquilarse. Fundábanse los que tal presumían, que la ley precitada alejaría al inmigrante de nuestras playas. Aquellas agorerías no se cumplieron; vigente la ley, la corriente inmigratoria siguió creciendo año tras año.

Tales eran los inconvenientes de la ley de residencia, vistos á través del lente del utilitarismo ó del interés político de los periódicos, el mismo que acabó de turbar la mente del victimario del coronel Falcón; pero sus ventajas como resorte de defensa social nunca se mentaron. Es una de nuestras características, condenar los defectos, haciendo caso omiso de las virtudes que puedan compensarlos.

Los hombres de gobierno que prohijaron la ley de residencia ó de expulsión del extranjero perturbador del orden social, prefirieron eliminar los efectos del mal y no sus causas. En el presente, urge estirpar las causas; antes que deportar, débese dar preferencia al procedimiento de impedir la entrada al país de ese contingente europeo que los norte-americanos bautizaron con la expresión de la *hez del mundo*.

Es menester prescindir del inmigrante asiático, el sirio, el turco y elementos afines, y del eslavo, el ruso; y en la misma familia latina, á fin de procurarnos la *aptitud intelectual media y la moral media*, conviene resistir á ciertas corrientes que carecen de ellas, puesto que nos vienen de regiones de clásico extenuamiento mental por una parte; y de zonas de evolución ética inferior por la otra, donde aun perdura la justicia en su primitiva forma privada del

talión ó la *vendetta*, cual ocurre en la región del sur de Italia (1).

Con la adopción de esa política, obtendríase una homogeneidad relativa de la futura familia argentina. Las condiciones que parecen ser indispensables para la formación de una raza, por incorporación, son, según Le Bon, tres :

1.º Que la raza que crece no sea sobrepujada en número por los elementos que se agregan ; 2.º Que no difieran una y otros en caracteres, vale decir, que sus psicologías sean semejantes ; 3.º Que estén sometidos los nativos y los que se incorporan, durante largo tiempo, al mismo medio.

De las condiciones enumeradas, la segunda no se realiza en la República. Las consecuencias de tal hecho no han de ser, seguramente, beneficiosas para el país. «Las incorporaciones pueden ser un elemento de progreso entre las razas superiores muy vecinas, tales como la inglesa y la alemana de la América. Constituyen ellas siempre un elemento de degeneración, cuando esas mismas razas superiores son muy diferentes.» (2).

La mezcla de razas superiores muy diferentes, trae consigo degeneraciones. Nuestro país se encuentra en circunstancias más desfavorables ; en él se verifica la unión de razas inferiores muy diferentes.

El comentario queda librado á las estadísticas del crimen y de la patología nerviosa.

Insistimos, por lo tanto, en la necesidad de refrescar la casta latina en sus fuentes más puras.

(1) En una estadística publicada por Lombroso, el sur de Italia reclama el mayor número de homicidios. Si en Lombardia ocurren 22, en Calabria 286. Luego añade : «Italia debe á los elementos africanos y orientales (salvos los griegos), el origen de sus homicidios, tan frecuentes en las Calabrias, Sicilia y Cerdeña, mientras su frecuencia menor es debida al predominio de las razas germánicas (Lombardía).»—*El delito, sus causas y remedios*, trad. Quirós, págs. 42 y 43.

(2) Le Bon, *Les lois Psychologiques de l'Evolution des peuples*, pág. 47.

El problema inspira al autor la siguiente frase : «No cerraremos nuestros puertos á la inmigración, »y menos aún á la inmigración italiana ; pero debe »afirmarse que el criollo hijo del extranjero le »tenece en absoluto á la escuela oficial, tanto como »el de cepa más antigua, y que ambos deben por »igual su esfuerzo al prestigio futuro de la Repú- »blica.» (Pág. 471). A su juicio entonces, el medio más eficaz para restaurar el nacionalismo, es la educación, inspirada por un interés puramente patriótico. Su plan de enseñanza de la historia no podría ser desarrollado con éxito : «El Profesor de Historia »deberá hacer comprender á sus alumnos que la »tradición es la base natural de la Historia, y que »siendo nosotros *latinos* de espíritu, *españoles* de »idioma, *americanos* de territorio, debemos estudiar »esas tres fases sucesivas de nuestra tradición, antes »de estudiar la propia nacionalidad.» (Pág. 377). Hermoso programa. El autor supone en el educando una orientación latina ; se induce, desde luego, que su plan ha derivado de ese pensamiento. Pero téngase presente que innúmeros pobladores que nos vienen de allende los mares carecen de filiación latina. Los rusos que suman cifras considerables, los sirios, los turcos, se encuentran en aquella condición. Por eso, se dijo en párrafos precedentes, que su método de enseñanza de la historia no rendiría buenos frutos ; y ahora añadimos, que su éxito depende de la selección, que ha menester verificarse en las filas de los inmigrantes, cuestión que es indiferente al señor Rojas, según ha podido colegirse (1).

(1) El Japón pretende enviarnos el exceso de sus habitantes. La República cuenta con un fácil expediente para destruir tales proyectos. El artículo 25 de la Constitución dice en su primer párrafo : «El Gobierno Federal fomentará la inmigración *europca*».



El libro del señor Rojas alienta un ideal noble. Su esfuerzo aplicado á la creación de una ética argentina, reviste todos los caracteres de las iniciativas que están fundamentadas por sentimientos altruistas (2). De ahí que sea «La Restauración Nacionalista» la obra de más corazón que haya visto luz en los últimos años.

Al puntualizar, no debe silenciarse que ella ha contribuido en modo muy eficaz á la culminación de la fama literaria del autor, al tiempo que ha ofrecido probanzas de su sapiencia y de sus grandes alientos de pensador.

(2) La librería sud-americana cuenta con otra obra de esta estirpe. Titulándose *La raza chilena*, está destinada á estudiar y resolver, con un criterio nacionalista, los problemas de la Patología. El autor se oculta bajo el pseudónimo de *Un Chileno*.

EL POETA DE LA EMOCIÓN (1)

«Las Barcas» y «El Libro de los elogios», dos volúmenes de versos, anunciaron la aparición de un poeta de alto vuelo imaginativo. Enrique Banchs, pese á su juventud, surgía armado caballero en su arte.

Su última obra—«El Cascabel del halcón»,—confirma la creencia de que nos hallamos ante un poeta que deja con su trova un rastro de emoción plena en ternuras.

Caso raro éste dentro del enclaustramiento mercantil del ambiente de la ciudad de la gran llanura, turbiamente prosaico y en medio del cual se enlazan triunfantes el desprecio y el desapego por todo esfuerzo de alta intelectualidad. Un poeta ante todo, y luego un poeta de ternura, arquetipo emocional, no puede ser sino flor de invernáculo.

El aspecto geográfico de la región donde asienta Buenos Aires sus muros, no es propicio al desarrollo de un buen numen poético. Nada existe con mayor acento de prosaísmo que la llanura sin confines, sin bosques, sin ríos y arroyos que alteren el panorama del infinito, que se aleja más allá de la mirada que muere. «El indefinible encanto es el de no descubrir»—dice Guyau.—El defecto grande de las planicies desnudas es que nada nos ocultan, y no gustamos

(1) Esta crítica se publicó en forma sintética en uno de los diarios de la Capital Federal, el 24 de enero de 1910.

»de la línea recta porque basta una mirada para descubrir lo que hay hasta el final.» (1).

Luego, la ausencia del mar y haciendo sus veces un río de aguas terrosas y playas de lodo ó tosca, sin presentar jamás los altos y milenarios acantilados de rocas donde oír el rumoreo de la ola y donde ver deshilarse el blanco encaje de su espuma. Ante tales contemplaciones la imaginación se delecta. Así como el mar beneficia la salud con sus brisas y con el golpe de su ola agonizante en la afelpada playa, educa el sentimiento de lo bello. Sus misterios escondidos en los abismos, los colores añilosos sin turbios matices que los bastardeen, sus noches tempestuosas con la canción monocorde de las aguas hirvientes de espumas, son medios de suscitar ese encanto de no descubrir sino á mitad las cosas.

La nostalgia del mar debiera ser una obsesión en los habitantes de Buenos Aires. Para compensar su ausencia, hase inventado, tal vez, el mito de la belleza del Plata, el más feo de los ríos. No se hable de la montaña que enseña los contrastes, los perfiles, los escorzos, que presta al paisaje majestad y magnificencia.

La indigente naturaleza de Buenos Aires ha producido poetas subjetivos. Queremos significar que nada tomaron del ambiente físico para inspirarse. De ahí que nunca surgiera un descriptivo.

París no cuenta ni con mar ni con montaña; pero el Sena, sus paisajes y la comarca vecina, suplen las bellezas de aquéllos. La ciudad hermoçada por avenidas y frondas difiere de la nuestra, de calles estrechas, edificios incupulados, vale decir, con predominio de la línea recta, parques de árboles sin corpulencia, porque á tal desarrollo se opondrá la llamada formación pampeana, gruesa capa de tosca que impide que las raíces penetren hasta la vertien-

(1) *Los problemas de la estética contemporánea*, trad. Navarro de Palencia, pág. 162.

te. Añádase la predilección de nuestros ediles por el llamado parque inglés, donde sólo se toleran arbustos (1).

De la llanura circunvecina á la ciudad, distan muchos kilómetros los paisajes hermosos. En tales casos se encuentran el río Luján y el Delta del Paraná. No hay ocasión de pasear diariamente la mirada por ellos.

Abundan en cambio en las cercanías los escenarios desprovistos de belleza. Corriendo el Riachuelo en su curso fuera del caserío, por entre barrancas sin vegetación y polvorientas tierras surcadas por los sedimentos policrómicos de las fábricas, se asemeja á un hilo de agua derivando por el lomo de un enorme cerdo. La mano edilicia pudo transformarlo en un pequeño y florido Sena. Se queja en el presente su panorama de desamparo estético.

El *inestetismo* que llamamos á la insensibilidad estética, condición muy común en el habitante de nuestra ciudad, reconoce uno de sus orígenes, según nuestro concepto, en la fealdad de la naturaleza que la rodea. Leopoldo Lugones no halló mejor cosa que cantar en su «Lunario Sentimental», que los amores de los gatos sobre las azoteas, á la luz de la luna.

Con lo dicho queda establecido que Banchs no es nuestro poeta. Es un errabundo de civilizaciones apagadas por los tormentos del progreso, cuya sed de bellezas no puede saciarse en nuestras fuentes nacionales.

Por tal, no es nuestro como reflejo del medio, que no los ha de engendrar por muchos lustros aún.

(1) «Le beau est à nos portes: Chatou, Ville-d'Avray, Clamart, valent tous les horizons de l'Oberland ou de Taormine.» *La Sizeranne, Les questions esthétiques contemporaines*, pág. 57.



«El Cascabel del halcón» muestra á un rapsoda del pasado. Gusta asomarse en los misterios y leyendas de la Edad Media, para transportar á su verso todo el espíritu de esa edad de la fábula, del gesto adusto y de la creencia supersticiosa. Banchs descubre poesía en el episodio menos emblemático, cualidad ésta del poeta de raza.

Es suyo el don de evocar una época con todos sus perfumes. Su fluente y límpida estrofa, parece convencernos al cantar tan gayamente las cosas de ese período velado por el correr de varios siglos, que todo tiempo pasado fué mejor, aquella máxima que la experiencia humana puso en labios de Manrique y que no nos habla sino de la esperanza desvanecida del presente.

Si la experiencia de los hombres repite que todo tiempo pasado fué mejor, en estética pudiera traducirse el aforismo, todo tiempo pasado fué más bello. Conocida es la teoría estética de Spencer que á nuestro juicio expone muy acertadamente esa idealización. Cuanto menos útil se convierte un objeto, más se idealiza. Realismo y utilidad parecen ser términos correlativos. Los objetos que fueron útiles y que no lo son ganan en hermosura. Así el interés artístico que representa para el viajero un castillo feudal. Además, como afirma un sociólogo, la historia engrandece y poetiza las cosas.

Recordando estos conceptos, pretendemos significar, que le es fácil al señor Banchs producir el efecto estético anhelado. El tema se lo proporciona de antemano. Bien es verdad que pone de su parte la emoción de un sensitivo puro.

Emplea en consonancia con su poema palabras anticuadas y en ocasión habla en romance. Otra fuen-

te de efectos estéticos es ésta, puesto que los vocablos sin uso, al ser sugeridos de nuevo, pierden las asociaciones y sentimientos condensados en ellos por las sociedades que los hablaron. Preséntanse desde luego libres de los recuerdos de la vida cotidiana y, por tanto, de todo prosaísmo (1).



El panorama de la Edad Media se diseña con todos sus matices. Es un excelente anecdotista, y, como tal, posee la emoción que se ha menester para hacer vibrar los capítulos esenciales de sus narraciones; no importa que sus personajes milenarios sólo vivan en el recuerdo borroso de los siglos muertos, si su numen los hará desfilan pensando y sintiendo como antaño.

En su mundo exótico alcanza á tocar todos los confines la imagen colosal del Medio Evo, que él percibe á través del alma española de las centurias caballerescas. Es poeta de la raza Banchs, de pura y limpia prosapia. No es de extrañar entonces que sus estrofas compendien la vida del castillo almenado del rey godo, cristiano viejo por la gracia de Dios. Palpita en ellas asimismo, dentro de la férrea disciplina religiosa y guerrera de la época aquélla, el torvo señor feudal. Ocupa su sitio el aruspicismo de los augures y brujos en lucha secreta con las demás supersticiones ambientes. Si es menester reir, actúan los juglares. Luego, canta el trovador, rapsoda vagabundo, cuya silueta se recorta dentro del cuadro como la de un peregrino del ideal. El paisaje de la piedad y de lo caballeresco perdería su nota hermosa si ella

(1) *La imaginación creadora*, Ribot, pág. 213, trad. Colorado.—Recuérdese que el lenguaje desempeña el rol psicológico de despertar asociaciones.

no apareciera. Ni más nítida ni mejor diseñada surgiría su imagen de una estampa :

Blanco de nieve como una
azucena de los valles,
sonó el trovero el alegre
cuerno de los caminantes.

Del panorama de la Iberia sepultada en los siglos, no escapa de la visión del poeta el colorido arábigo que matizó la historia y las razas hispana y americana, prestando á nuestro gaucho alguna de sus peculiaridades (1); y en algún romance la proeza del sañudo príncipe cristiano habría de ser sobrepujada por el moro, para asombro ó cuitadez de las princesas de miradas nazarenas que en los alcázares aguardaban con unción religiosa el triunfo del paladín de Mahoma. Y ellas tienen la fe de la esperanza, que es toda una religión :

Zaida, la mora, dormida,
en el portale se queda...
Granada duerme su sueño
plácido, como de abuela.

Habla, pues, del pasado. Debe reconocerse que el autor está dotado de una poderosa facultad de evocación. Si no bastaran las estrofas transcriptas para producir esa convicción, véase como rememora :

Recuerda el hombre bueno de aquel su tiempo aciago en que era hombre de armas y en pos de sí su gente rendía nobles burgos, y en el fanal de un puente colgaba á la bagaza y al pícaro y al mago.

(1) Sarmiento en *Facundo* supone que el gaucho tiene abolengo moruno. Su tipo físico, sus costumbres y su música le inducen á imaginar tal hipótesis.

Es la remembranza del pasado el canto altisonante de Banchs ; el poeta aúna á su sentimiento la erudición de un hispanófilo que ha penetrado en los vericuetos del romance. De ahí que se explique el uso del vocablo antiguo :

Descalza la espuela, desceñid los cintos,
por toda visera sarta de jacintos
no más defensiones que los corazones.

Hemos de verlo ahora en relación á sus personajes y á sus paisajes. El alma de este poeta es de bucólico ; encuentra en los campos el venero más rico de todos su lírica. La familia se mueve dentro del austerismo patriarcal, que obliga á compartir en la misma mesa el pan y el agua y traza su cuadro doméstico con maestría comprendiendo en su visual los detalles prosaicos de la vida diaria, que bajo su pluma cobran elegancia sin abandonar la sencillez originaria :

Haz, hermana, la cama para los niños. Sea
tú mano diligente, pues ya el sueño pasea
su amapola invisible por las sienas hermosas.

O en su lugar :

La lámpara tiene una luz tan serena y bella
que casi no parece que la luz sale de ella.
Tan silenciosa la hora, que uno cree que en la sombra
oye los ratoncitos correr sobre la alfombra

Lugones reveló, antes que el autor, la poesía de las escenas sencillas y de los ambiente cotidianos, que no perciben sino aquellos dotados de una fina sensibilidad estética. Caso ejemplar, el de su «Emoción aldeana», enclavada en «Los Crepúsculos del jardín».

Es en el paisaje de las campiñas donde la lírica de Banchs encuentra su más honda expresión. Sobrepuja en delicadeza á algún bucólico clásico y es de mencionar su afinidad con Teócrito, por el modo de tocar el alma que parece animar la cosas pastorales. Es dulce y suave la emoción de sus romances, cual si emergiera de un poemita geórgico ó de un idilio siracusano; y evoca simplicidad y pureza de costumbres; la alegría del vivir, que en plena naturaleza multiplica sus expansiones; las tristezas de los crepúsculos vespertinos, con el callar de los ruidos y el reposar de la vida, horas de misterio y de nostalgias indefinibles:

El campo se hizo vago, vago el surco,
fugitivo el pentágrama de alambres,
medroso el viento y susurrante el lino...

Asedia el recuerdo del gran bucólico griego leyendo las estrofas:

Borda el bosque de olivos el bancal color humo,
donde crecen los berros, donde cantan los grillos;
en la choza de cañas tiembla un copo de humo
y un buey bermejo ronda la noria de ladrillos.

La muchacha á su paso deja un avemaría,
están tristes los ramos de la hierba doncella,
en el cielo ha nacido una estrella maría,
sobre el olivo joven ha nacido una estrella.

.....

Durmiéndose en el llano blanquea la aldehuela;
dan sombra á sus tabernas las claras, grandes parras;
con sus solares mansos se duerme la aldehuela,
se despiertan los grillos, se duermen las cigarras...

Por la cuesta del monte, por la cuesta del monte
una muchacha blanca viene del horizonte.

Hasta en su nota bucólica es exótico este poeta. No son los campos patrios y sus moradores los que le inspiran. Canta bajo cielos extraños, entre los olivares de las campiñas griegas é italianas como lo hicieran siglos atrás Bión, Mosco y Teócrito.

El escenario le brinda, pues, generosos surtidores de poéticos efectos. Este ahorro de emoción por parte suya está compensado con la pródiga espiritualidad de que el autor hace uso para enaltecer un cuadro sin mayores relieves á ojos del observador común :

Quién sabe si es tristura
la que empaña la breve felpa obscura
del ojo de los bueyes, de la yunta
de mansedumbre grave y de dulzura.

Este lírico muestra las más de las veces el paisaje á través de los sentimientos y los hechos que él inspira á sus personajes. Los épicos se extasían en descripciones directas, llenas de líneas hiperbólicas, procurando el efecto fantástico que las fuerzas conjugadas de la naturaleza en pocas ocasiones producen.

No se quiere afirmar con esto que haga caso omiso del medio físico dentro del cual juegan rol sus personajes. Atestiguaría lo contrario el trazo de un ocaso lleno de tintas caprichosas :

Era hora de volver. El sol detuvo
sus corceles á espalda de un bosque
monstruosamente informe, negro y rojo
y amarillo y violáceo y azul humo ;
era como una tapia de crespones
florecida de cirios y de carne.

Prefiere, á describir el diorama, sentirlo y nada más evocativo de la tristeza de una tarde nimbosa,

de nevisca y de cierzos invernales, que este pasaje de «La Muerte del trovador» :

Cuando nos llegó en la tarde
caída una blanca nieve,
brujas andaban llorando
y aullaban nuestros lebreles.

El verso contempla la escena á través de la sensación que ella produce en sus personajes ; y no puede menos el lector que sugerir el melancólico paisaje del árbol escueto y sin aves, de su cielo brumoso, de la soledad que acompaña á las grandes nevascas ; el miraje de la llanura ensabanada por la nieve, sobre cuyos senderos armiñados, se recorta borrosamente, como un sombrero extraño, la silueta pardusca del caminante que se aproxima en pos del abrigo y de la lumbre, que habría de concederle la generosa hospitalidad del tiempo antiguo, cargado de copos que silenciosamente encanecen sus bigotes y sus barbas.

La pintura del panorama en esa forma indirecta es virtud muy dominante en él.

La ingenuidad y el candor forman el rasgo común de sus estrofas. Mucho de ello habría que atribuir á la época y no poco á su temperamento juvenil. Cuando se miran las edades históricas fenecidas, se tiene por norma infantilizarlas, á punto tal, que tornan candorosas :

No llore la flor de nuestra
Castilla, la bien nombrada :
por Pascua ó por Navidad
vendrá á besarla en la cara
el señor de los romances,
caballero en una jaca,
herrada en plata sonora,
en albas rosas manchada...

Ha de besarla en el rostro
ya la mejilla rosada,
ya la pálida mejilla...
No llore la flor de nuestra
Castilla, la bien nombrada.

La estrofa sabe á consuelo paternal, como si se tratara de prodigarlo á un niño ahogado en llanto.

Cuéntase la naturalidad entre sus mejores condiciones. El verso alienta con soplos de vida, así dibuje siluetas, contemple la mímica del personaje ó recoja el eco de sus frases :

Apoyado á un fino
báculo de chopo,
el abuelo entonces
llega tembloroso.

—Amor mío, Lyra,
lucero de otoño,
deje las abejas
que sieguen sus oros.

—Déjeme en mis prados
el viejo gotoso ;
con sus gafas prietas
vaya á leer infolios.

Su modo de decir, tiene plena elegancia. Parco en palabras es, pero no por ello sus giros pierden belleza :

Dos ángeles bajaron,
lleváronse la muerta :
orad, compañeros,
por ella. Así sea.

Sería menester mucho donaire, para hacer mejor ditirambo del amor galante :

¡ Oh, dulce país de Francia,
donde tan blanco es el pan,
donde uno no necesita
padecer para besar !

Y mayor gracia, mayor voluptuosidad de ensueño, para cantar á la caricia tan gayamente :

La seda de los besos
ha tocado mis ojos.
Ahora tengo en los ojos
el velo del asombro.

... ..

¡ Oh, seda de los besos !
¡ Oh, qué santo ungimiento !
Es como undir la frente
febril en lirios frescos.

Débase fijar la atención ahora en su lenguaje figurado, que en el poeta es reflejo de la riqueza de la imaginación. La metáfora de Banchs delata al escritor esencialmente visual, vale decir, que en la elaboración de su metáfora, el ojo aportó el elemento de mayor precio. No necesitamos espigar mucho :

El tesoro de Nybling
tenía ópalos finos
como uñas de sirenas.

A veces abandona el campo ideológico para darnos sensación de lo viviente :

...Traía crujiendo entre los brazos
todo un montón de ropa, blanca, como pedazos
de cisnes estrujados con las alas abiertas.

Muéstrase griego cuando usa la metáfora en son de reminiscencias de alguna escena que no es preferida :

Temblaba la llama
como un labio niño
cuando está riendo...

Finura tan igual á la estancia del idilio de Teócrito :

Allí Eunice, allí Mális, y Niquea
La de dulce primavera! mirada.

A la estrofa de Bión en «La Muerte de Adonis» :

Se obscurece su fúlgida pupila
Y de su labio opácase la rosa.

Por citar más. Si en ocasiones peca de arcaico, vencido por su afición romancesca, el autor se mantiene en toda la extensión de su obra, como un aticista de fluente decir. Construye con elegante sencillez y en forma sintética, expone, pinta el tipo y el paisaje. Nada más convincente que lo primero :

¿Es éste el alcázar donde el placer mora?
por favor nos diga la linda señora.

Da plena fe de lo segundo :

Era la abuela tan vieja, tan vieja,
que entre sus manos flacuchas y finas
ya no podía ni alzar la madeja ;
tanto era vieja la abuela del cuento.

De la lugubridad de un ambiente, procura sensación acabada el período :

Y luego nada más que mucha sombra,
y luego nada más que mucho frío,
y por el viento algún halcón sombrío
que ponía más sombra entre la sombra...

* * *

La psicología mórbida del sentimiento estético, creó en la literatura el género de lo macabro. La prosa y el verso se inflaron de imágenes propias de alucinaciones.

Dió pauta y tuvo imperio, Poe, escritor que fuera de duda padeció de alguna perturbación de la sensibilidad estética, que se tradujo en la nota lúgubre de su arte y en el concepto pesimista de la vida que orientó su filosofismo. Fué un necrólatra ó un luctífero, si se nos permiten los vocablos, esto es, un adorador de la muerte.

El ansia de fundar nuevas escuelas sembró de imitadores la literatura universal. Empero, no ha sido tan intensa la influencia de Poe; no es el escritor norteamericano, sino símbolo del movimiento nuevo, que diversificándose creó algunas de las formas de arte existentes en la actualidad. Y lo afirmamos puesto que la nota particularista que fué suya, nació al reparo de todas las inquietudes y nervosismos que engendra la civilización al centuplicar la vida nerviosa. Los escritores que le son afines, vieron en él á un modelo superior, no á un modelo único, ya que ellos mismos pudieron estar sometidos á idéntica perturbación del sentimiento estético por ser hijos del siglo.

Los versos de «El Cascabel del halcón» no descubren ninguna anomalía en el sentir estético. Si

vagabundea en el libro una leve tristeza, ella no ofrece caudal suficiente para generar el pesimismo común á casi todos los líricos.

El autor tiene clara idea de la conjugación del placer y del dolor en la vida; la vitalidad triunfa en su estancia sobre la protesta gemebunda del temperamento metafísico vencido en la jornada de la lucha diaria. Y es bueno recordar que los pesimistas son los derrotados, porque rehuyen de antemano la batalla. En arte, como en todo otro género de creación, son perturbadores, puesto que, representando la apatía, renuncian al esfuerzo audaz y al culto de la esperanza, fortificadora de la vida.

La cuerda del dolor ha vibrado en el poeta, sin el son extravagante.

Ni es escéptico. Tampoco adolece del grave mal del subjetivismo que empaña el verso de los líricos, impulsándolos á cantar sus pasiones y sus amoricones, las más veces, en menoscabo de asuntos que interesan al sentimiento colectivo. El subjetivismo puro en poesía es, en la actualidad, un lugar común cuando no se posee temperamento de muchos qui-lates.

Acerca de su técnica, poco hemos de decir en época de tendencia revolucionaria al respecto. Banchs imagina y ensaya las fórmulas de encastillamiento de la belleza; y por tal entendemos toda regla concebida para escribir versos. Nada, á nuestro parecer, hay tan monótono como el verso medido y consonantado con meticulosa regularidad; ello significa homofonía y homoritmia, vale decir, igualdad y repetición de sonidos. Cualquiera que fuere el género de poesía, la forma no constituye su esencia.

Empleamos la palabra forma en el significado que dan á ella los metrómanos y demás versistas, esto es, combinación de las palabras ó sílabas. No entendemos referirnos al estilo. La poesía es el modo de exteriorizar un sentimiento con el fin de originar

otro. Como todas las artes, tiende á despertar el eco psíquico, esto es, la simpatía, la atracción de lo semejante por lo semejante, según se la ha definido.

Tal es nuestro sentir y por corolario podríase afirmar entonces que ella depende de condiciones subjetivas—sentimiento estético, imaginación creadora,—y no de factores objetivos, entre los cuales puede contarse la aptitud para medir el verso y hallar el consonante.

La llamada música del verso se produce por la repetición de algunos sonidos en las sílabas finales de las estrofas. Es el procedimiento de la consonancia, en cuya rígida disciplina la escuela clásica veía todo el valor del poema. Banchs ha escrito versos aconsonantados :

Le cerraron los ojos azules,
le besaron las manos muy pálidas ;
las manitas con puños de tules
eran dos milagrosas crisálidas.

En la sala lejana lloraba
y lloraba la madre sus penas ;
el cabello muy rubio bajaba
á secar sus mejillas serenas.

A la madre le dice el chicuelo :
—Si la nena se ha muerto de veras,
¿me darán sus muñecas á mí?

Tesorito, luz mía, mi cielo :
nunca, nunca, luz mía, te mueras ;
te darán sus muñecas, sí, sí...

Si hubiésemos de preferir algunas de las composiciones que integran «El Cascabel del halcón», daríamos nuestro voto por «La Corola», «La Muerte del trovador», «Romance de morería», «Balada

del puñado de sol», «Caminemos», «Exultación», «Una sombra que pasa», «Inmóviles llamas», «A la luz de la lámpara», «Impresión fugaz», «An old engraving», «Una carreta pasa», «Vereda aldeana», «Baluceo de una lluvia ida», «La muerta», «Por la cuesta del monte», y algunas de sus baladas y cancioncillas, dentro del copioso material del libro.

En todas ellas, el autor es el vate de diáfano numen, que se adueña sin esfuerzo de la elegancia y de la delicadeza.

Realizará progresos puesto que, sin duda alguna, es un poeta perfectible.

FIN

FE DE ERRATAS

EL GRAN TRÁGICO ARGENTINO

- Pág. 27, línea 17—Dice: Dominado antes. Léase: Dominando etc.
- 27, nota, línea 3— • Cita tomada de sus *memorias inéditas*. Léase: Cita etc. *Memorias Inéditas*.
 - 30, línea 26 - • mayor honor. Léase: mayor horror.
 - 35, última línea • altruismo católico. Léase: ultraísmo etc.
 - 37, línea 27 - • propicios. Léase: propios.
 - 39, la línea 30 debe estar separada de la 29 por un espacio marcado por tres asteriscos.
 - 40, línea 25—Dice: indiosineracia. Léase: idiosineracia.
 - 41, » 20-- » la voluntad se rebajaba. Léase: se relajaba.
 - 42, » 2-- » mano militar. Léase: mando etc.
 - » líneas 3 y 25 » Juan Pablo Echagüe. Léase: Pascual Echagüe.
 - 44, línea 10-- « que se adoptó. Léase: que se adaptó.
 - 45, » 5-- » serenidad de mandato. Léase: severidad etc.
 - 55, « 11-- » dice él. Léase: dice de él.
 - 65, » 22-- » Jamallá. Léase: Famallá.
 - 70, » 12-- » ¿Quién como etc.? **Suprímense** los interrogantes.
 - 72, » 19-- » inicuio. Léase: inocuo
 - 73, nota, línea 21—Dice; Emilio Sebhart. Léase: Emilio Gebhart.
 - 75, línea 28—Dice: pone en mano. Léase: pone en su mano.
 - 78, » 3-- » se parecía á las almas. Léase: se parecía á las algas.
 - 79, » 10 - » acusación del fenómeno. Léase: causación del fenómeno.

LA ESPAÑA DEL CREDO Y DE LA CONQUISTA

- Pág. 85, línea 16 —Dice: cuando otros en pueblos. Léase: cuando en otros pueblos.
- 99, » 1-- » Los leños etc. Léase: «Los leños etc».
 - » » 27 - » que el paterno. Léase: que al paterno.
 - 101, » 12 - » en su Toledo. Léase: en Toledo.
 - 102, » 8-- » Etiología. Léase: Etología.
 - » » 17-- » la epidemia del sentimiento religioso patológico. Contóle etc. Léase: la epidemia del sentimiento religioso patológico, contóle etc.

- Pág. 106, línea 15—Dice: del gozo de verme. Léase: del gozo de verte.
 » 107, » 15— » quitarles hasta el último resto. Léase: quitálles etc.
 » 108, » 24— » Femenidad diáfana. Léase: Femenidad etc.
 » 118, » 19 » eufemismo del lenguaje. Léase: eufismo etc.

EL UNIPERSONALISMO POLITICO ARGENTINO

- Pág. 122, línea 19—Dice: digresión. Léase: digresión.
 » 124, » 4 - » contituyen. » constituyen.
 » 125, » 5— » En cabio. » en cambio.
 » 127, » 2 - » impulsaciones. Léase: impulsiones.
 » 130, » 17— » alimento económico. Léase: aislamiento etc.
 » 131, » 27— » no turbara su soledad. Léase: no se turbara etc.
 » 133, nota línea 10 - » Ha sido olvidada. Léase: Ha sido olvidado.
 » 135, línea 35— » Porvincias. Léase: Provincias.
 » 136, » 31— » el método para hacer triunfar. Léase: el método empleado etc.
 » 138, » 18 - » fracasen. Léase: fracasan.
 » 142, » 32— » confederado. Léase: confederada.
 » 143, » 25— » por los nombres. Léase: por los hombres.
 » 144, » 36 - » la legislación del trabajo; comprendiendo el contrato. Léase: la legislación del trabajo, comprendiendo etc.
 » 147, » 6 - » nos revela la prueba. Léase: nos releva de prueba.
 » 148, » 23— » 8º. Municipalidad colectiva. Léase: 8º. Municipalidad electiva.
 » » » 24 - » patronos. Léase: patrones.
 » 154, » 22 - » seudos. Léase: pseudos.
 155, » 10 - » El gobernador y sus adláteres impuso el can didato. Léase: El gobernador etc. impusieron etc.
 » » » 27 » en razón del nuevo volumen político por algunos parientes. Léase: en razón del nuevo volumen político adquirido etc.

LOS CENTAUROS

- Pág. 165, nota, línea 1—Dice: *Essais de morale de science et d'esthetique l'utile et le bau.* Léase: *Essais de morale, de science et d'esthétique. I' utile et le beau.*

- Pág. 167, penúltima línea -Dice: sensitismo. Léase: sensitivismo.
- » 168, línea 11—Dice: Sensitivo. Léase: sensitivismo.
 - » » » 15— » sus energías, » las energías.
 - » » » 27— » Carlos Baudelaire engendró á Poe. Léase: Carlos Baudelaire engendro de Poe.
 - 170. » 6— » obscuridad rebuscada, literatura de clave, de enigmas (1). Léase: obscuridad rebuscada. Literatura de clave, de enigmas (1).
 - » 171, » 11 - » producción. Léase: producción.
 - » 174, nota, línea 2—Dice: que compendian. Léase: que compendia.
 - » 182, línea 5 -Dice: cuando por obras. Léase: cuando por obra.
 - » 183, » 23— » otros recatones. Léase: otros retacones.
 - » 190, » 9— » «ast tambien, á semejanza de Quirón á Aquiles con medulas de leones según el mito, la abuela da de beber al nietezuelo sangre de condor, para alargarle la vida». (Pág. 42). Léase quitando las comillas.
 - » » » 17— » Incidentalmente se hace mención. Léase: Incidentalmente se ha hecho mención.
 - » 192, » 26 » No obstante, no hay prepotencia. Léase: No obstante, no hay armonía.
 - » » » 27 » Mantiene hegemonía. Léase: Mantiene prepotencia.
 - » 194. » 24 de lo subjetivo á objetivo. Léase: de lo subjetivo á lo objetivo.
 - » 195, » 2— » hace que Lugones. Léase: hace de Lugones.
 - » » » 15 » que referían al color. Léase: que se referían al color.
 - » » » 25 » estética irrealidad. Léase: estática irrealidad.
 - » 198. » 17— » yeguarizas. Léase: yeguarizas.

EL ESPIRITU DE NUESTRO PASADO Y EL IDEAL DEL PORVENIR

Pág. 202, línea 3--Dice: le prédica. Léase: la prédica.

- » 212, » 26— » eufemismo. » eufismo.
- » 213, » 33— » donde el aluvión ultramarino no es más denso. Léase: donde el aluvión ultramarino es más denso.



